

LIBRO LIBRE DEL TALLER GLOCAL

NATHAN WEINSTOCK

Szmul Zygielbojm



1895-1943

Polaco, socialista, judío, mártir



NATHAN WEINSTOCK

Szmul Zygielbojm

1895-1943

Polaco, socialista, judío, mártir

*Traducido y editado por Fausto Giudice
y Faber Cuervo*

Ediciones The Glocal Workshop/El Taller Glocal
Colección *erga omnes*

Octubre de 2025

Shmuel Zygielbojm, polaco, socialista, judío, mártir
Documentos seleccionados, presentados, traducidos al francés y anotados por Nathan Weinstock, colaborador científico del Institut d'Etudes du Judaïsme, Bruselas, 1996 y 1997.

Traducido al español por Fausto Giudice, revisado por Faber Cuervo

Ediciones The Glocal Workshop/L'Atelier Glocal, octubre de 2025

Palabras clave: Szmul Zygielbojm, Bund, Polonia, Shoah, Gueto de Varsovia, Nazismo, USA, Reino Unido, Historia del siglo XX, Movimientos obreros

Clasificación Dewey: 325 - 940.53 - 943.8

Imagen de portada: retrato de Szmul Zygielbojm por Pola Dwurnik, 2018, sobre la bandera del Bund

Colección "erga omnes"

La colección "erga omnes" recibe su nombre en honor de los esclavos rebeldes de la antigua Roma, liderados por Espartaco, cuyo lema en latín significa "para tod@s"

Índice

Sobre Szmul Zygielbojm (I)

Presentación.....	2
Relato de Szmul Zygielbojm sobre el inicio de la ocupación nazi de Varsovia.....	9
Relato sobre mi huida de la Polonia ocupada por los nazis	33
Notas.....	77

Sobre Szmul Zygielbojm (II)

Cartas de Zygielbojm a la representación en los USA del Bund polaco...	85
Cartas de despedida de S. ZYGIELBOJM.....	105
R. AINSZTEIN - El suicidio de Shmuel Zygielbojm visto bajo una nueva luz: Entrevista a Isaac Deutscher	112
Apéndice: documentos	121
Cronología	130
Notas.....	134

Sobre Szmul Zygielbojm (I):

testimonios, relatos autobiográficos, correspondencia

Le Monde Juif 1996/3 n° 158

Presentación

Szmul Mordko Zygielbojm nació en el seno de una familia pobre en el pueblo de Borovica (distrito de Chelm, gobernación de Lublin en la entonces Polonia rusa) en 1895. Su infancia transcurrió en un ambiente de extrema pobreza, con el hambre como compañera habitual.

Hasta los 10 años asistió a un *jéider* [escuela elemental judía]. Luego le pusieron a trabajar: primero en una fábrica, luego como ayudante de panadero. En 1907, a los 12 años, empezó a trabajar como aprendiz en Varsovia con un comerciante de guantes. Dormía en el taller, hacía todas las tareas y recibía palizas a menudo. Huyendo de este infierno, pasó algún tiempo vagando por las calles, sin sustento ni lugar donde vivir. Fue en la metrópoli polaca donde conoció la acción política y sindical.

Durante la Primera Guerra Mundial, trabajó como camarero en el hospital militar ruso de Chelm, donde conoció la cultura por su cuenta gracias al contacto con médicos rusos. Después se sumergió en una vida de militancia, ascendiendo rápidamente en las filas del partido socialista judío, el *Bund* y el sindicato, pero sin conseguir salir del marasmo: tras su matrimonio, el hogar se vio obligado a vivir en un sótano.

Convertido en un destacado dirigente y popular orador, en 1920 se trasladó a Varsovia y colaboró en la prensa bundista bajo el seudónimo de “Arthur”. En 1924 entró a formar parte del comité central del partido, donde fue reelegido constantemente. Pero fue sobre todo en el ámbito sindical donde dejó su impronta, al frente de la organización sindical conjunta judeo-polaca. Más tarde fue elegido concejal. Su vida fue una agitada serie de viajes a provincias en nombre del partido y del sindicato. En 1936 se trasladó a Lodz. Sin embargo, encontró tiempo para ampliar sus horizontes culturales: este ávido y asiduo lector era también un apasionado del teatro.

Tras la invasión nazi de 1939, se trasladó a Varsovia para evitar el avance de las tropas alemanas. Bajo la influencia del líder socialista polaco Miecyszlaw Nielzialkowki, trabajó duro para defender la capital, que el alto mando militar pretendía abandonar en manos del enemigo. *El Bund* y el Partido Socialista Polaco (PPS) colaboraron estrechamente en esta tarea. Como miembro del Comité de Defensa de la ciudad, Zygielbojm desempeñó un papel clave durante los 21 días que duró el asedio de Varsovia. Estuvo en el centro de la organización de los batallones de defensa judíos, desempeñó un papel fundamental en la organización de los suministros para la población judía, fue el enlace, por así decirlo, entre los trabajadores judíos y polacos de la capital y escribió llamamientos para la *Folkstsaytung* [*Diario del pueblo*] instando a la población a movilizarse para la defensa de la capital.

Miembro del comité clandestino del *Bund*, creado nada más comenzar la ocupación, Zygielbojm se presentó voluntario cuando los nazis exigieron una lista de doce rehenes, entre ellos dos judíos. Por suerte, logró escapar de las garras de la *Gestapo*, que lo buscaba

en Lodz.

Nombrado miembro del *Judenrat*, adoptó una postura valiente, oponiéndose a las órdenes de las fuerzas de ocupación. Su vida pendía de un hilo. Su partido decide organizar su salida clandestina al extranjero en enero de 1940. Nada más llegar a Bélgica, informa a la Internacional Socialista de las atrocidades cometidas por los alemanes en Polonia -es uno de los primeros testigos directos del infierno nazi- y, tras una breve estancia en Francia, viaja a Nueva York en septiembre de 1940. Allí emprendió una gira de conferencias bajo los auspicios del Comité Obrero Judío antes de establecerse en Nueva York como sastre (*operator*). Tras un breve periodo como redactor jefe de la publicación mensual socialista *Tsukunft*, fue delegado por su partido en Londres para representar al *Bund* en el Consejo Nacional Polaco (en el exilio).

Durante su estancia en Londres (de la primavera de 1942 a la primavera de 1943) luchó sin descanso para derribar el muro de silencio e indiferencia que rodeaba el destino de los judíos polacos, sobre el que disponía de información de primera mano procedente del *Bund* clandestino de Polonia. Incansable, multiplicó sus informes y comunicados de prensa, transmitió innumerables expedientes a la prensa y la radio, y presionó a todas las personalidades políticas.

Al mismo tiempo, fue uno de los primeros -si no el primero- en tomar la medida de la espantosa catástrofe que se había abatido sobre el judaísmo polaco, condenado a un metódico exterminio, en particular tras la gran “acción” del verano de 1942, que liquidó a casi todos los judíos de Varsovia.

Desmoralizado, desanimado, abatido, desesperanzado de lograr resultado alguno al comprobar que la conferencia angloamericana sobre refugiados celebrada en Bermudas (19-30 de abril de 1943) no preveía la más mínima medida concreta para ayudar a los judíos europeos, decidió quitarse la vida con la esperanza de que la noticia de su suicidio electrizará al menos a la opinión mundial y la concienciara de la urgente tarea de salvar a los últimos supervivientes de la Shoah.

Acabó con su vida el 12 de mayo de 1943.

Zygielbojm pertenecía a la generación más joven de líderes bundistas, que sin duda estaban mejor integrados en la realidad polaca que sus mayores. Este factor contribuyó sin duda a su creencia en una estrecha colaboración entre las poblaciones judía y polaca. Era un compromiso y una convicción que iban mucho más allá de la simple reafirmación ritual del “internacionalismo proletario”.

Probablemente, esta esperanza también se vio alimentada por factores biográficos. Cuando era niño, el propietario (no judío) de la casa familiar era un hombre de buen corazón que se mostraba comprensivo con sus inquilinos judíos que no podían pagar el alquiler. Más tarde, Zygielbojm se convirtió en una especie de protegido de la esposa del antiguo activista socialista Zygmunt Hering, que le dio clases de polaco.

Por último, el propio activismo de Zygielbojm formaba parte de la colaboración judeo-polaca, ya que dirigía un sindicato en el que participaban trabajadores organizados de ambas nacionalidades.

En su relato de su salida clandestina de la Polonia ocupada, Zygielbojm hace varias referencias a manifestaciones de solidaridad, al igual que otros activistas bundistas (me vienen a la mente Bernard Goldstein y “Wladka”). En este punto, su relato difiere notablemente de la experiencia de la mayoría de los cronistas de la vida judía en la Polonia ocupada.

A pesar de sus numerosas actividades profesionales y políticas, Zygielbojm fue un auténtico autodidacta. Nos legó una importante producción literaria que, además de sus escritos políticos, incluye un importante manuscrito sobre la historia del movimiento sindical judío. Aún no se ha realizado un inventario de esta obra. Incluye, en particular, su correspondencia con el *Bund* clandestino en la Polonia ocupada, así como sus informes al Consejo Nacional Polaco de Londres y al centro bundista de Nueva York. Algunos de sus escritos -en particular las cartas de despedida escritas la víspera de su suicidio, que constituyen su testamento espiritual- fueron recogidos en el *Zygielbojm-Bukh*, publicado por sus camaradas en la posguerra.

El nombre de Zygielbojm está sin duda grabado en nuestra memoria colectiva. Sin embargo, es como si sólo lo recordáramos como el autor de una carta de despedida al presidente y al Primer Ministro del gobierno polaco en el exilio, un conmovedor llamamiento dirigido -a través de ellos- a la opinión pública mundial. Pero hay algo unilateral y reduccionista en este enfoque. Porque, aunque Zygielbojm eligió unirse voluntariamente a sus hermanos en el abismo para protestar en voz alta contra la indiferencia mostrada por la opinión mundial hacia la *Shoah* en

curso, su vida no puede resumirse en esta tragedia final. Por el contrario, su trágico suicidio puede verse como el acto final de una lucha implacable y tenaz por salvar a los últimos supervivientes de la judería polaca. El objetivo de este dossier es precisamente devolver a Zygielbojm toda su “profundidad” humana, demasiado a menudo enmascarada por una percepción esquemática.

Por ello, el lector encontrará a continuación una selección de documentos de diversa índole: extractos de su relato de los primeros meses de la ocupación alemana en Varsovia, donde asistimos a la puesta en marcha del mecanismo nazi de humillación, marcaje, dominación y control policial, así como a las primeras manifestaciones de barbarie organizada, páginas seleccionadas de su relato de su paso clandestino a Occidente, el único documento autobiográfico real que nos ha legado, informes de actividades y telegramas al centro bundista de Nueva York, cartas de despedida, incluidas cartas a sus camaradas y familiares; y por último, con fines documentales, el estudio dedicado al suicidio de Zygielbojm por Reuben Ainsztein en el boletín de Yad Vashem de 1964 -inédito en francés- que reproduce los relatos personales de Isaac Deutscher y Adam Ciolkosz sobre los últimos días de Zygielbojm. Estos diversos textos han sido anotados para facilitar la identificación de las personas mencionadas y la secuencia cronológica en que se desarrollan los acontecimientos relatados.

En 1997 se cumplirá el centenario de la fundación del *Bund*. Me pareció que era el momento oportuno -sin ninguna preocupación partidista- para hacer una modesta contribución a esta conmemoración a través de esta colección.



NATHAN WEINSTOCK SOBRE SZMUL ZYGIELBOJM

Relato de Szmul Zygielbojm sobre el inicio de la ocupación nazi de Varsovia

Inicio

En Varsovia, como en otras ciudades polacas, la brutalidad nazi hacia los judíos comenzó en cuanto llegaron los alemanes (9). Pocos días después, la *Gestapo* se dispuso a “organizar” un Consejo de la *Kehilá* (10) en cada ciudad para aplicar sus decisiones relativas a la población judía. Pero en realidad, el Consejo de la *Kehilá* también asumió la importante y pesada responsabilidad de ayudar en la medida de lo posible a los judíos martirizados, humillados y hambrientos.

Tras la heroica defensa de la ciudad, por la que es famosa, los nazis firmaron un “tratado” con representantes de la ciudad de Varsovia (11). Según los términos de este «acuerdo», los alemanes prometieron distribuir inicialmente 160.000 raciones de sopa al día a la población hambrienta. Durante la primera semana, los camiones nazis recorrieron la ciudad distribuyendo sopa: no 160.000 raciones, como habían prometido, sino entre 40.000 y 50.000 raciones (12). No hay que pensar que los nazis las pagaron de su bolsillo. Al contrario, resultó ser un negocio extremadamente lucrativo para ellos. La sopa se preparaba con productos polacos, fruto de sus saqueos en Polonia. Pero eso no les bastaba. Al segundo día, los nazis fueron al ayuntamiento y exigieron que la administración entregara un millón de zlotys como «anticipo» para la distribución de sopa a los necesitados. Y la administración municipal de Varsovia tuvo que pagar.

El acuerdo estipulaba expresamente que la sopa se distribuiría a toda la población hambrienta de la ciudad, sin excepción. Desde el primer día, los nazis dejaron claro que los judíos quedarían excluidos. No obstante, miles y miles de judíos -hombres y mujeres por igual- se apresuraron a hacer cola, con sus pequeños recipientes en la mano, esperando conseguir una ración de sopa. ¿Quién sabe, pensaban, si no conseguirían un poco de sopa? Sin duda, los adultos habrían renunciado a hacer cola por sí mismos, pero en incontables miles de hogares judíos, los niños languidecían en un estado de postración extrema, agotados por el hambre. ¿Y qué no haría un padre o una madre por sus hijos? Sin embargo, los “benefactores” nazis “ echaron ” a los judíos, hombres y mujeres, que se encontraban entre la multitud que hacía cola para el reparto de sopa. También incitaron a los polacos contra ellos. Ordenaron a los polacos que excluyeran de sus filas a cualquier judío reconocido como tal *“porque los judíos llegan al extremo de robar a los polacos la cucharada de sopa que están a punto de llevarse a la boca”*. Es más, predicaban incansablemente a los polacos sobre el “paraíso” en que se convertiría Polonia una vez que -gracias a los nazis- se hubiera convertido finalmente en *“Judenrein” [limpio de judíos]*.

Al cabo de unos días, los “benefactores” nazis dejaron de distribuir sopa y ordenaron al Comité Municipal de Asistencia que se hiciera cargo de las necesidades de la población hambrienta (13).

En aquella época, Varsovia ya tenía una sección del partido nazi con su propio *“Führer”* -un tal Janowski- que había sido enviado allí desde Alemania. Este famoso Janowski convocó a los dirigentes del Comité Municipal de Asistencia General para decirles que, por orden de Hitler, iba a tomar el control de sus actividades. Añadió que exigía lealtad absoluta y respeto al siguiente principio: los judíos

quedarían excluidos de la asistencia general municipal. “*A los judíos, por los judíos*”: a los judíos les correspondía organizar su propia ayuda mutua.

Los representantes del Comité Municipal argumentaron que los fondos de asistencia se financiaban con las aportaciones de todos los ciudadanos, por lo que no podían hacer excepciones ni excluir a ningún grupo concreto de ciudadanos. El líder nazi de Varsovia se mantuvo firme.

Las discusiones en el seno del Comité de Asistencia Municipal sobre la distribución de la ayuda a los judíos se prolongaron durante días. A varios miembros del Comité les habría gustado que éste se disolviera de plano, en lugar de ceder a las exigencias antisemitas de los nazis, porque esta concesión habría significado abdicar de toda independencia desde el principio. Pero era impensable disolver el Comité, porque los alemanes calificaban de “sabotaje” el menor intento de un funcionario polaco de abandonar el puesto que había ocupado anteriormente. Y los nazis castigaban el “sabotaje” con la pena de muerte. Hay que añadir que en el Comité también había antisemitas polacos – “Endeks” y miembros del Ozon (14)- que no tenían inconveniente en resolver la cuestión judía siguiendo el método nazi.

En aquella época, un representante de los trabajadores judíos [Zygielbojm], que también era miembro del Consejo de la *Kehilá*, se reunía todos los días con el famoso alcalde de Varsovia, Stefan Starzynski, para darle una lista de las atrocidades cometidas por los alemanes contra los judíos y, a menudo, también de las ignominias perpetradas por los polacos contra la población judía. En aquella época, Starzynski seguía negociando oficialmente con los representantes del poder nazi y a menudo se posicionaba a favor

de los judíos. Esta vez, cuando los nazis exigieron que se excluyera a los judíos de la asistencia municipal, el representante de los trabajadores judíos en la *Kehilá* acudió de nuevo a ver al alcalde. Sin embargo, Starzynski, que se había comportado con valentía durante todo el periodo anterior, esta vez le dio la impresión de un hombre destrozado. No obstante, el alcalde prometió hacer todo lo posible (15).

Mientras tanto, los nazis convocaron a Starzynski a una “conferencia” sobre el mismo tema. Querían reorganizar toda la asistencia social municipal según el modelo nazi, y tenían especial interés en “demostrar” a la población polaca que los dirigentes polacos se habían unido al bando de Hitler por voluntad propia, adoptando los métodos nazis por voluntad propia.

Starzynski fue retenido por los nazis para esta “conferencia” durante muchas, muchas horas. No sabemos qué métodos utilizó la *Gestapo* para “trabajar” con él durante esta “conferencia”. El hecho es que a la mañana siguiente se colocó un cartel en la ciudad anunciando a la población el nuevo método de organización de la asistencia municipal que entraba en vigor. El cartel detallaba dónde inscribirse, dónde obtener productos, etc. El último párrafo decía lo siguiente:

“Sólo los habitantes de Varsovia con derecho a asistencia pueden acogerse a todas estas medidas. Los judíos están excluidos”. El cartel llevaba la firma del “Führer del Bienestar Nacionalsocialista”, Janowski, y la del alcalde Starzynski...

Pocos días después de que la *Gestapo* indujera a Starzynski a aceptar esta norma, fue detenido. A partir de entonces, nadie supo qué fue de él. Los nazis lo asesinaron rápidamente.

Inmediatamente después de estos sucesos, los nazis ordenaron a la administración de Varsovia que excluyera a los judíos de toda asistencia municipal, así como del derecho de acceso a hospitales, residencias de ancianos, orfanatos, viviendas municipales, etcétera.

Fue un golpe terrible para toda la población judía. Incluso bajo las políticas antisemitas de la anterior administración municipal polaca, cientos de las familias judías más indigentes seguían dependiendo, total o parcialmente, de la asistencia del servicio municipal de bienestar social para sobrevivir. Había una serie de establecimientos -hospitales, orfanatos, residencias de ancianos, establecimientos para enfermos mentales y organizaciones similares- que admitían a judíos y se hacían cargo, total o parcialmente, de su mantenimiento con la ayuda del municipio. Algunas instituciones judías pagaban al fondo municipal, que cubría parte de sus gastos de funcionamiento. Todas las formas de subvención se interrumpieron repentinamente. Se invitaba a la población judía necesitada y a las instituciones judías a dirigirse a la Comunidad Judía, que a su vez era responsable de su mantenimiento. Esto debía hacerse con la brutalidad y el sadismo típicos de los nazis.

Los desdichados acudieron a la *Kehilá*, donde a diario se producían escenas desgarradoras. Pero la propia *Kehilá* estaba totalmente trastornada. La *Gestapo* acababa de crear el *Judenrat* (16), que no sabía lo que podía hacer y lo que no. Y sobre todo: no tenía recursos de ningún tipo, ni medios financieros a su disposición.

Para explicar la situación de las *Kehillot*, es necesario explicar cómo se habían creado estos *Judenräte* y qué misión les había encomendado la *Gestapo*. Empezaremos por la *Kehilá* de Varsovia.

Diez días después de que los alemanes tomaran la capital, la *Gestapo* entró oficialmente en Varsovia. Algunos miembros de la *Gestapo* se presentaron en el edificio administrativo de la *Kehilá* de Varsovia, en el número 26 de la calle Grzybowska, declarando que habían venido en busca de armas. Exigieron que se abriera la caja fuerte y se llevaron 26.000 zlotys, que se habían preparado para pagar los sueldos mensuales de los empleados y profesores de la *Kehilá*.

Como el presidente de la *Kehilá*, Mayzel (17) -que había sido nombrado para este cargo por el Gobierno reaccionario polaco en contra de los deseos del Consejo electo de la *Kehilá*- no se encontraba en Varsovia, los hombres de la *Gestapo* ordenaron al Vicepresidente (Adam Czerniakow) (18) que se presentara en su oficina. Allí le interrogaron durante dos días para que diera nombres de judíos ricos e información sobre instituciones judías y dirigentes comunitarios. Durante este tiempo, también fue obligado a escuchar los sermones antisemitas de los nazis y sus desvaríos sobre “moralidad”. Finalmente, la *Gestapo* le informó de que lo iban a nombrar “*Aelteste*” [*Anciano*] de la Comunidad Judía. Se le ordenó que proporcionara una lista de veinticuatro judíos que serían nombrados miembros del “Consejo de Ancianos” y una segunda lista de veinticuatro suplentes. La única tarea de este Consejo sería cumplir las órdenes que le diera la *Gestapo* a través de él, Czerniaków, en su calidad de “*Aelteste*”.

La primera reunión del “Consejo” convocada de acuerdo con estas instrucciones tuvo lugar a mediados de octubre. Un oficial de la *Gestapo* llamado Mende (19) acudió a la reunión. Pronunció un discurso, mofándose de los presentes como si fueran criminales. Los miembros del “Consejo” tuvieron que permanecer de pie

durante su discurso. Dijo que el destino de los judíos y de la *Kehilá* estaba en manos de la *Gestapo*. La *Kehilá* no podía dirigirse a ninguna otra autoridad nazi. No se aceptaba la más mínima discusión: “*Con nosotros rige el Führer-Prinzip*”. Todo lo que ordenara la *Gestapo* debía llevarse a cabo inmediatamente y de forma ordenada, “*y no a la manera judía*”. Él, Mende, se encargaría de que los judíos cumplieran disciplinadamente todas las órdenes. De lo contrario....

Los miembros del “Consejo de Ancianos” recibieron tarjetas de identificación de la *Gestapo* con las siguientes palabras: “*La persona nombrada... (apellido y nombre) es miembro del Consejo de Ancianos de la Comunidad Judía de Varsovia y le he dado instrucciones para llevar a cabo tareas especiales. Sicherheitspolizei, Einsatzgruppe 4, o Gruppenführer (firma)*”.

¿Qué tareas "especiales" encomendó la *Gestapo* al Consejo de la *Kehilá*? En primer lugar, la *Kehilá* recibió la orden de realizar un censo de la población judía de Varsovia (20). Se trataba de un censo completo de la población judía, basado en un cuestionario debidamente cumplimentado y acompañado de todas las formalidades pertinentes. Los cuestionarios habían sido elaborados por la *Gestapo*. La *Gestapo* no sólo quería saber el número de judíos de Varsovia, sino también la ascendencia, el nivel de educación, la riqueza y la ocupación de cada judío. Cada judío de Varsovia tenía instrucciones de rellenar el formulario un día determinado y entregarlo al administrador de su vivienda, que debía entregar los formularios el día prescrito y en el punto de reunión que se había indicado especialmente para ello. A continuación, el día especificado, la *Kehilá* debía entregar a la *Gestapo* todos los datos y los resultados debidamente analizados.

Este censo judío fue objeto de un cartel en alemán, polaco e yiddish, firmado por la *Gestapo*. En aquella época, el lenguaje yiddish utilizado en los carteles de la Gestapo era evidente para los transeúntes y cubría todas las paredes de Varsovia, como una especie de broma demoníaca. Y esto no hacía sino intensificar el terror que se había apoderado de los judíos de la capital.

Durante todo el tiempo que duró el análisis de los datos del censo, el oficial de la Gestapo Mende visitó la *Kehilá* todos los días, ladrando órdenes, gritando, maldiciendo y profiriendo amenazas de muerte. A menudo le acompañaban sus colegas de la *Gestapo*, que se divertían a costa de los judíos.

Dado que los bandidos de la *Gestapo* se habían apoderado de todo el dinero en efectivo que poseía la *Kehilá* en su primera visita y que los depósitos bancarios de la *Kehilá*, así como todas las cuentas de los judíos, habían sido “bloqueados” de tal manera que la *Kehilá* no podía acceder a sus fondos, resultó extremadamente difícil obtener las cantidades necesarias para llevar a cabo el censo. Sólo con gran dificultad la *Gestapo* autorizó a la *Kehilá* a retirar la suma necesaria de su propia cuenta de depósito.

El censo mostró que 361.600 judíos vivían entonces en Varsovia. Esto ocurrió en noviembre de 1939, después de que decenas de miles de judíos huyeran a la parte del territorio polaco conquistada por los bolcheviques (21). Más tarde, estos judíos regresaron por miles, huyendo de la zona de ocupación bolchevique, y a ellos se añadieron cientos de miles de judíos expulsados por los nazis de las ciudades y pueblos del oeste de Polonia (22).

Durante todo el periodo del censo, la *Gestapo* dio a la *Kehilá* órdenes diarias de llevar a cabo nuevas “tareas”, cada una más deshonrosa que la anterior.

Anteriormente, el mencionado oficial de la *Gestapo* Mende había exigido a la comunidad judía que facilitara a los alemanes algunos edificios para organizar burdeles para los soldados alemanes. Según él, la escasez de establecimientos de este tipo hacía que los alemanes mantuvieran relaciones sexuales con todo tipo de mujeres. La *Gestapo* no quería que los alemanes tuvieran nada que ver con mujeres judías, así que necesitaba burdeles.

Al mismo tiempo, el “jefe de los servicios sanitarios” que había hecho una visita especial a la *Gestapo* -un tal “profesor Richter”- ordenó al servicio municipal que convocara a todos los médicos de Varsovia. Este “profesor” nazi dio a los médicos un discurso militar, que fueron obligados a escuchar de pie. Les dijo que tendrían que trabajar bajo sus órdenes. Aquellos que no cumplieran sus órdenes se enfrentarían a la pena de muerte. Les explicó su “plan de trabajo” para la situación sanitaria en Varsovia: organizaría lupanares modernos. Era difícil conseguir locales en la Varsovia destruida, pero la *Gestapo* sabría dónde encontrarlos...

En la devastada capital, atormentada por los horrores del hambre y las epidemias, el servicio de “sanidad” nazi había encontrado una misión en perfecta sintonía con la “cultura” nazi: casas de tolerancia, más y más casas de tolerancia...

La comunidad judía se negó a hacerlo. La *Gestapo* tuvo que reconocer que la Comunidad no estaba en condiciones de encontrar edificios en la ciudad en ruinas y abandonó su demanda.

Pero inmediatamente después de este asunto, la *Gestapo* impuso una nueva “tarea” a la *Kehilá*, que no fue menos vergonzosa que la primera.

A principios de noviembre, la *Gestapo* citó al presidente de la *Kehilá* en sus oficinas y le dijo que, dado que se había difundido un llamamiento patriótico polaco ilegal que condenaba la brutal ocupación de Polonia, la *Gestapo* exigía que la Comunidad Judía averiguara por él la identidad del autor del llamamiento...

Cuando la *Kehilá* señaló que desconocía el nombre del autor y que, de hecho, no podía saberlo, el mencionado oficial de la *Gestapo* Mende replicó: “*Trescientos sesenta mil judíos deben ser suficientes para descubrir tal cosa*”... Y ordenó que se convocara una sesión extraordinaria del Consejo para avisarle de esta tarea y darle 24 horas para llevarla a cabo...

Es comprensible que ni la *Kehilá* ni ninguno de los trescientos sesenta mil judíos de Varsovia comunicaran a la *Gestapo* la identidad del autor de la llamada. Era un intento de obligar a la comunidad judía a rebajarse a espiar para la *Gestapo*. Posteriormente se hicieron intentos similares en numerosas ocasiones, aunque la *Gestapo* sabía que los judíos no realizarían tareas serviles en nombre de los nazis. El objetivo de estas peticiones era humillar a los judíos y someterlos a un régimen de miedo constante.

En la última reunión de la administración de la *Kehilá* de Varsovia a la que asistí -y que de hecho fue tal que congeló de miedo a los participantes- llegó la *Gestapo* para hacer una exigencia a los judíos de Varsovia que era pura provocación.

Una vez más, el presidente de la Comunidad fue conducido a la *Gestapo* en plena noche. Allí tuvo que esperar toda la noche. Sólo por la mañana le dijeron lo siguiente: la *Gestapo* había descubierto la existencia de organizaciones patrióticas polacas clandestinas dirigidas por un judío llamado Kott (23). Buscaban a Kott, pero había desaparecido. La *Gestapo* exigió a los judíos de Varsovia que entregaran a Kott. Para asegurarse de que los judíos cumplían la orden, la *Gestapo* detuvo a 150 judíos. Pretendían retenerlos durante 48 horas. Si la *Kehilá* no entregaba a Kott antes de que expirara este plazo, los judíos arrestados serían fusilados y se tomarían 150 nuevos rehenes judíos, que serían retenidos durante otras 48 horas. Si el “criminal” seguía sin ser entregado al final de este segundo período de 48 horas, este segundo contingente de 150 judíos sería fusilado y 150 nuevos judíos serían arrestados, y así sucesivamente. Este proceso de detener y fusilar a un nuevo contingente de judíos cada 48 horas continuaría mientras los judíos no hubieran entregado a la *Gestapo* al famoso Kott que buscaba.

El presidente nos dio esta espantosa noticia en una reunión extraordinaria. En ella se nos explicó el propósito de las detenciones masivas efectuadas por la *Gestapo* el día anterior entre la intelectualidad judía de Varsovia.

Estábamos sentados, abatidos y con los nervios a flor de piel por este nuevo golpe que nos había asestado. Con los dientes apretados, intentamos controlar nuestras emociones para no dejarnos llevar, para hablar con calma, para pensar qué podíamos hacer y cómo podíamos frustrar este nuevo decreto sangriento.

Cuando salimos a la calle, las paredes ya estaban cubiertas de carteles de la *Gestapo* que anunciaban que buscaban a un judío

llamado Stanislaw Kott, culpable de bandidaje y otras fechorías. Prometían una sustanciosa recompensa a quien les ayudara a encontrarlo. En el centro del cartel se reproducía una foto del “criminal”: la efigie de un hombre joven, casi un niño.

La *Gestapo* tuvo cuidado de no decir a los polacos que buscaba al “judío Kott” porque era el líder de una organización patriótica polaca clandestina que luchaba contra los nazis. Al contrario: anunció que buscaba a un judío que era un criminal empedernido. Los agentes de la *Gestapo* recorrían el barrio judío en busca de médicos, abogados y otros miembros de la intelectualidad judía que pudieran detener. Estaban preparando el segundo contingente de 150 detenidos judíos que serían considerados responsables de la entrega de Kott. Las detenciones de judíos de Varsovia continuaron durante varias semanas seguidas. Es comprensible que ni la *Kehilá* de Varsovia ni ninguno de los judíos de Varsovia pensara -o pudiera pensar- en entregar -o incluso simplemente buscar- al “Stanislaw Kott” en cuestión (24).

El primer decreto sobre el gueto de Varsovia

Tres semanas después de que la *Gestapo* nombrara el “Consejo de Ancianos” de la Comunidad Judía de Varsovia, los miembros de este Consejo fueron convocados repentinamente a una reunión urgente.

Era sábado. Había una atmósfera indescriptible de nerviosismo extremo, terror y angustia mortal. A mediodía, miembros de la *Gestapo* irrumpieron ante el presidente de la *Kehilá*, exigiéndole que convocara una reunión extraordinaria del Consejo para las 4 de la madrugada (25). A las 4 de la mañana, sólo 16 de los 24 miembros del Consejo estaban presentes. Había sido imposible encontrar a

los demás durante las horas anteriores. Con presentimientos ominosos, nos sentamos en la sala de conferencias de la *Kehilá* judía de Varsovia. No era la primera vez que la *Gestapo* nos convocaba así de repente. Y cada vez era para informarnos de un decreto fatal, a menudo una tarea repugnante que teníamos que negarnos a llevar a cabo. Sabíamos que estábamos jugando con fuego y que, tarde o temprano, la *Gestapo* nos manipularía obligándonos a protestar y que esta protesta serviría de pretexto, no sólo para torturarnos o tal vez incluso fusilarnos, sino también para vengarse de todos los judíos de Varsovia.

Así que allí estábamos, sentados esperando en la habitación en penumbra. Ese mismo día acabábamos de conocer la noticia de que en Cracovia se había ordenado a los judíos llevar una “insignia de la vergüenza” especial: un brazalete blanco con una estrella de David azul en el brazo derecho. Por lo tanto, intentábamos adivinar si la citación de hoy no significaba que se había dictado una orden similar para Varsovia, que nos veríamos obligados a aplicar a nuestra vez.

También veíamos esta medida como una discriminación dolorosa y humillante, por lo que algunos de nosotros intentamos idear planes para oponernos a ella, si es que realmente se producía. Pero lo que la *Gestapo* nos tenía preparado resultó ser mucho más terrible de lo que podíamos imaginar.

De repente, a las 4.15 a.m., la puerta de la sala de conferencias se abrió con un estruendo y hombres de la *Gestapo* armados con fusiles, revólveres y fustas en las muñecas entraron corriendo en la sala. Eran ocho. Los hombres de la *Gestapo* se dispusieron a nuestro alrededor formando un arco, mirándonos en silencio, con rostros oscuros y malintencionados. Habían irrumpido tan

rápidamente que los dieciséis judíos sentados alrededor de la larga mesa de conferencias se levantaron uno a uno. Durante mucho tiempo se hizo un silencio doloroso y opresivo. Alrededor de la mesa había judíos viejos y barbudos, representantes de la comunidad ortodoxa de Varsovia; también había -también de pie, pero vestidos a la europea- representantes de los comerciantes judíos, algunos miembros de la intelectualidad judía, y entre ellos -todavía de pie- un viejo historiador judío de renombre [el profesor Meir Balaban] que era uno de los miembros del Consejo de la *Kehilá*; un representante de los trabajadores judíos también estaba entre los miembros del Consejo.

Los hombres de la *Gestapo* permanecieron de pie sin decir palabra, mientras en los labios de muchos de ellos se podía ver una sonrisa siniestra y astuta. Finalmente, uno de ellos gritó al público, como si se dirigiera a los reclutas en un cuartel:

- ¿*Están todos aquí?*

El presidente le entregó la lista de los miembros del Consejo y empezó a gritar sus nombres. Dio la casualidad de que el nombre del erudito viejo historiador encabezaba la lista y el anciano respondió tranquilamente “*Ja*”. El joven miliciano de la *Gestapo* gritó furioso: “*¡Hier*” [*Aquí*] *es la respuesta correcta!*” Y el anciano tuvo que gritar en voz alta: “*Hier*”. Después de él, todos aquellos cuyos nombres fueron llamados tuvieron que responder de la misma manera, como si fueran reclutas reunidos en un cuartel o criminales.

Tras pasar lista, los agentes de la *Gestapo* se retiraron con el presidente a su despacho para elaborar la lista de ausentes. Una vez más, tuvimos que esperar sentados durante quince minutos. Todavía no sabíamos de qué iba todo aquello, pero la escena que

acabábamos de presenciar no presagiaba nada bueno. Todos seguíamos profundamente impresionados. Y ahora el representante de los judíos religiosos volvía lentamente a su asiento, con la cara y la barba aún temblorosas por la conmoción. Uno de los comerciantes más estimados de Varsovia rompió de pronto el silencio: *“Es que no esperaba poder dormir hoy en mi propia cama. Miren: me había llevado un cepillo de dientes y una toalla...”* y sacó del bolsillo los dos objetos que acababa de mencionar y nos los mostró.

Tras 15 minutos de espera, la puerta se abrió de nuevo y entró un oficial de la *Gestapo*. Dijo lo siguiente: *“¡Escuchen con atención! El Consejo se compone de 24 miembros titulares y 24 suplentes. Sólo 16 de ellos están presentes aquí. Les doy media hora para reunir a todos los demás. Debe haber 48 judíos aquí. No puede haber discusión sobre esto. “Befehl ist Befehl” [Comando es comando].*

Salió el oficial de la *Gestapo*. El presidente del Consejo de la *Kehilá* volvió a la reunión y empezamos a pensar qué podíamos hacer. El representante de los trabajadores judíos propuso no hacer nada en absoluto, limitándose a decir que el presidente había cumplido la orden de la *Gestapo*, que había enviado invitaciones para la reunión a todos los interesados, pero que, como los miembros del Consejo de la *Kehilá* no podían permanecer confinados en sus casas durante todo un día, muchos de ellos no habían recibido la invitación y desconocían la celebración de la reunión extraordinaria.

Sin embargo, los demás miembros no estaban de acuerdo: *“Tengamos cuidado de no irritar demasiado a esos rufianes”*, dijeron. Por eso se aferraron a la propuesta de crear un contingente completo de miembros del “Consejo de Ancianos”, aunque eso supusiera sustituir a los que no se pudieran encontrar por reclutas improvisados.

Se convocó a todos los empleados de la comunidad judía que estaban presentes, y desde el interior del edificio se saludó a algunos judíos que pasaban por la sede de la *Kehilá*, así como a judíos que regentaban una funeraria no lejos del edificio comunitario.

El teniente de la *Gestapo* recibió una lista de los presentes, más de la mitad de los cuales eran judíos tomados al azar. No llevaba consigo la lista de los miembros del Consejo y aceptó la que le entregaron como correcta. A continuación, dio la orden de entrar en la gran sala de reuniones de la *Kehilá* y reunirse en filas separadas: los miembros efectivos del Consejo a un lado y los suplentes al otro.

Permanecimos allí un buen rato, esparcidos en esta formación, en la gran sala de reuniones de la *Kehilá*, esperando. Entonces se abrió la puerta e irrumpieron en la sala unos cincuenta miembros uniformados de la *Gestapo*, precedidos por un oficial: todos llevaban revólveres y fustas en las manos. Entre ellos había también dos hombres vestidos de paisano que hablaban polaco.

Permanecimos allí en silencio durante mucho tiempo. Las dos filas de judíos, dispuestas en fila india a lo largo de la sala semioscura, y en medio: el grupo de miembros de la *Gestapo*. Verdugos y víctimas se miraban en silencio, mientras generaciones de rabinos de Varsovia observaban desde las paredes. Algunos miembros de la *Gestapo* apoyaban las manos en las caderas y se balanceaban sobre las puntas de sus lustrosas botas, mirando a su alrededor con sonrisas burlonas y amenazadoras. Otros llevaban cámaras. A veces se veía el flash de una cámara: estaban fotografiando la escena. Permanecimos allí mucho tiempo, esperando conocer nuestro destino.

Finalmente, el oficial se dirigió a nosotros en tono imperioso: *”¡Judíos! ¡Escuchad con atención! Por razones muy concretas, la Kommandantur ha ordenado lo siguiente: todos los judíos de toda la ciudad de Varsovia deben abandonar sus hogares a más tardar el martes por la mañana y trasladarse a las calles que están destinadas a convertirse en un gueto para judíos”*.

Señaló un mapa de Varsovia en el que estaban marcadas con lápiz rojo las pocas calles destinadas a convertirse en un gueto judío.

“Para garantizar que la orden se cumpla puntualmente, los 24 miembros del Consejo han sido tomados como rehenes. Responderán por sus cabezas. Todos ustedes, miembros activos del Consejo, también responderán por sus propias cabezas. Pero, mientras tanto, no os encaramos porque tiene que haber alguien que cumpla nuestras órdenes”.

Inmediatamente después, los miembros de la *Gestapo* rodearon a los 24 judíos elegidos al azar y, tras dar la siguiente orden: *“Adelante, marchen”*, los sacaron de la habitación. Frente a la salida, en la planta baja, ya estaban aparcados los camiones en los que cargaban a los judíos. La mayoría de ellos ni siquiera sabía de qué se trataba ni qué se quería de ellos.

Después de que la *Gestapo* se marchara, todos nos quedamos allí, atónitos, durante bastante tiempo. El mapa de Varsovia seguía en manos del presidente. De repente, todos empezaron a hablar al mismo tiempo y a preguntarse qué pensaban que había que hacer. Muchos de ellos ya empezaban a formular propuestas prácticas sobre cómo llevar a cabo la orden que acababan de dar.

Las manecillas del reloj indicaban que eran casi las siete. Y, debido al toque de queda, sólo podíamos salir a la calle hasta las 7 de la tarde. Sólo nos quedaba dispersarnos, intentar dormir lo mejor

posible a pesar de la terrible preocupación que nos corroía, y reunirnos de nuevo a la mañana siguiente a las 8 para revisar la situación.

A la mañana siguiente, nos encontramos cansados, irritados y saliendo de una noche en vela.

La orden de crear el gueto debía cumplirse a más tardar el martes, es decir, en el plazo de dos días. Descubrimos que el número de judíos afectados por la orden de la *Gestapo* y que tendrían que abandonar sus anteriores hogares superaba los 80.000. Las autoridades nazis no habían emitido ninguna orden oficial al respecto. Esto significaba que la *Gestapo* estaba obligando a la propia *Kehilá* a crear un gueto para la población judía. ¿Había que hacerlo?

El representante de los trabajadores [Zygielbojm] propuso que la *Kehilá* se negara a obedecer esta orden: Vivíamos tiempos trágicos y peligrosos; no podíamos permitir que nos encerraran en un gueto sin hacer un intento de oponernos a ello. ¿Cómo justificaríamos nuestra actitud ante la población judía de hoy o ante nuestros hijos de mañana? Teníamos que ir juntos a la *Gestapo* y hacerles saber que no podíamos cumplir esa orden. Y dejar que la *Gestapo* hiciera con nosotros lo que quisiera.

Esta opinión fue apoyada por algunos miembros del Consejo. Sin embargo, la mayoría consideró que no podíamos seguir ese camino. Algunos plantearon la siguiente pregunta: ¿qué ocurriría si no aplicáramos nosotros mismos este edicto? Los soldados nazis irrumpirían en los hogares judíos y obligarían a los judíos a abandonar sus casas. ¿Qué harían con nuestras mujeres y niños?

Fue una sesión trágica. Muchos de los presentes lloraron. Se propuso enviar una delegación a la máxima autoridad alemana en la ciudad, al comandante alemán de la época, el general Neurath (26), para explicarle que era imposible llevar a cabo el plan, tanto formal como prácticamente. Simplemente no era posible encontrar suficientes viviendas en las pocas calles y callejones judíos, sobre todo porque muchos de los edificios habían sido destruidos por el fuego de la artillería.

Los miembros del Consejo se asustaron al oír esta propuesta porque la *Gestapo* había advertido en repetidas ocasiones que los judíos tenían prohibido dirigirse a cualquier autoridad que no fueran ellos mismos. Sin embargo, la situación era tan grave que el Consejo de la *Kehilá* aceptó la propuesta. Se nombró una delegación que se dirigió al comandante militar alemán.

A la mañana siguiente fuimos convocados de nuevo a una reunión, aunque ninguno de nosotros había estado en casa en ningún momento del día anterior. Mientras tanto, habían surgido disputas entre los miembros del Consejo sobre si debían o no tomarse medidas prácticas para cumplir la orden dada.

La delegación regresó e informó a los miembros reunidos a la mañana siguiente. Resultó que, aparte de la *Gestapo*, ninguno de los altos funcionarios alemanes sabía nada de todo el asunto. Se trataba de un asunto montado únicamente por miembros de la *Gestapo*. La delegación también había descrito la situación sanitaria de la ciudad al general alemán. Las epidemias hacían estragos. El establecimiento del gueto significaría que las epidemias se intensificarían y se extenderían de forma indescriptible. El general prometió a la delegación llegar a un acuerdo con la *Gestapo* y les

aconsejó no hacer nada mientras tanto, hasta que la *Kehilá* recibiera una nueva orden (27).

Mientras escuchábamos el informe de la delegación, llegó un delegado de la *Gestapo* y ordenó al presidente del Consejo de la *Kehilá* que se presentara ante la *Gestapo* a las cuatro de la tarde. Estaba claro que le esperaba un duro interrogatorio y no queríamos que fuera solo. Convencimos al Dr. Szoszkies (28) para que acompañara al presidente. Ambos nos contaron más tarde la espantosa escena que habían vivido en la *Gestapo*. Les había recibido un “*Obergruppenführer*” llamado Batz (29). Durante una hora entera había estado furioso, agitando una fusta sobre sus cabezas, golpeando la mesa y rompiendo tinteros. ¿Cómo se habían atrevido a acudir a otras autoridades? ¿No les había advertido que tenían prohibido dirigirse a nadie más que a él? ¿Que él decidiría si los judíos vivían o morían? Iba a fusilarlos, a exterminarlos.

Después de dar rienda suelta a su furia, se calmó un poco bajo el efecto mismo de su arrebato de cólera. Aumentó en algunas calles la superficie prevista para el gueto y prorrogó hasta el miércoles el plazo en que debía cumplirse la orden, declarando al respecto que emitiría una orden oficial sobre el asunto. Tras escuchar este informe, el Consejo de la *Kehilá* decidió prepararse para llevar a la práctica el decreto. Un comité creado especialmente para este fin comenzó a preparar listas de las calles que los judíos debían evacuar y de aquellas en las que debían reagruparse. Se organizó un cuerpo de unos centenares de jóvenes para ir de casa en casa a dar a la población la “buena nueva” y proporcionarles la información esencial.

Aunque no había periódicos ni radio, la noticia del decreto del gueto se extendió por la población judía a la velocidad del rayo, causando un pánico considerable. Miles de personas se reunieron frente al edificio de la *Kehilá* y exigieron que se les dijera exactamente adónde tenían que trasladarse, que se les ayudara a encontrar alojamiento y que se les protegiera para que los alemanes no saquearan sus escasas posesiones mientras tenían que cruzar las calles de Varsovia para ir de una casa a otra. Cada día que pasaba aumentaba el nerviosismo de los judíos, así como el número de judíos que sitiaban el edificio de la *Kehilá*. Miles de personas, sobre todo gente adinerada, no querían esperar más y se lanzaron a las calles judías en busca de alojamiento.

Mientras tanto, continuaba el conflicto que había estallado entre los miembros de la administración de la *Kehilá* sobre si cumplir o no la orden dada. El representante de los trabajadores se oponía obstinadamente. Argumentaba que, desde la reunión con Batz, la *Gestapo* no había proclamado públicamente la orden que había dado. Sólo había dicho que iba a hacerlo. Entonces llegó el penúltimo día del plazo para ejecutar el decreto. La tensión nerviosa era máxima. Desde el amanecer, una considerable masa de judíos se había reunido frente al edificio de la *Kehilá*, esperando noticias. Delegaciones de la administración de la *Kehilá* seguían acudiendo a diversos altos cargos de la *Gestapo* para intentar negociar: conseguir la ampliación del gueto para incluir una calle más y luego otra. Porque la *Gestapo* había excluido de su orden de reagrupamiento calles tan puramente judías como Panska, Szliska y otras similares.

Hacia el mediodía, el nerviosismo de la multitud de judíos congregados en la calle alcanzó tal intensidad que parecía que el

edificio iba a derrumbarse. Fue entonces cuando el representante de los trabajadores decidió correr un gran riesgo. Llevando consigo al Sr. Szoszkas, se ofreció a arengar a la multitud para calmarla. Después de que Szoszkas informara al público de la situación, el representante de los trabajadores salió a la calle y pronunció un discurso ante la multitud de más de diez mil judíos allí reunida (30). Intentó levantarles el ánimo, tranquilizarlos e infundirles valor apelando a su sentido de la dignidad. Les instó a permanecer en sus casas hasta que fueran expulsados por la violencia: nadie debía aceptar el confinamiento voluntario en un gueto.

Inmediatamente después de este discurso, se celebró otra reunión del Consejo de la *Kehilá* en un ambiente de auténtica tragedia. Unos 400 jóvenes estaban reunidos en la sala principal, a punto de ser enviados a los hogares judíos para informar a los habitantes de la creación del gueto. Durante la reunión del Consejo de la *Kehilá*, el representante de los trabajadores judíos utilizó todo su poder de persuasión para convencer a los asistentes de que mostraran su negativa a obedecer la orden nazi. Temiendo que las masas judías sufrieran una desgracia aún mayor si los judíos no aceptaban cumplir ellos mismos la orden, la mayoría de la administración de la *Kehilá* se negó a seguir su punto de vista. Decidió enviar a los jóvenes a hogares judíos. En ese momento, el representante de los trabajadores hizo una declaración que conmocionó a todos los presentes:

“Acabáis de tomar una decisión histórica” - declaró - “de la decisión que habéis adoptado se deduce que mi capacidad de persuasión era insuficiente para convencerlos de que no la acatarais. Pero, por lo que a mí respecta, no tengo fuerza moral para participar en la ejecución de su decisión. Estoy convencido de que no merecería seguir viviendo si se impusiera el establecimiento de un gueto

sin que yo hubiera arriesgado mi vida para oponerme a ello. Por lo tanto, declaro que renuncio a mi mandato. Sé que el presidente tiene el deber de comunicar inmediatamente esta renuncia a la Gestapo y soy perfectamente consciente de las consecuencias que pueden derivarse para mí. Pero no puedo hacer otra cosa”.

Esta declaración fue una bomba. Nadie se lo esperaba. A la mañana siguiente, el presidente de la *Kehilá* fue a ver a un alto funcionario de la *Gestapo* y le dijeron que el funcionario nazi Batz mencionado anteriormente -el autor del siniestro decreto- había sido convocado repentinamente a Berlín. El alto funcionario de la *Gestapo* le dijo que aplazaba el edicto una semana más. Al final de esa semana, la *Gestapo* informó a la *Kehilá* de que la orden de crear el gueto se había aplazado “*varios meses*”.

El decreto por el que se establecía el gueto de Varsovia en la forma descrita anteriormente no fue renovado. Sin embargo, se creó un gueto de facto de judíos de Varsovia, independientemente de cualquier orden oficial de segregarlos.

Redadas de judíos destinados a trabajos forzados, asaltos durante los cuales eran robados en la calle, expulsiones de sus hogares, obligación de llevar un distintivo judío: el resultado de todos estos abusos fue que a los judíos les resultaba difícil circular o vivir en calles no judías. De hecho, cada judío era más llamativo. En las calles cristianas, los ladrones nazis esperaban encontrar judíos más ricos y registraban cada hogar judío más meticulosamente. Por eso muchos judíos se trasladaron de las calles cristianas para reunirse con parientes y amigos en las calles judías. En estos tiempos difíciles y momentos amargos, los judíos buscaban apoyarse mutuamente, mostrarse solidarios. Pero aparte de eso, los alemanes se aprovecharon de las epidemias de tifus en el densamente poblado barrio judío. Pusieron en cuarentena las calles judías con el pretexto

de que eran zonas peligrosas, infestadas de epidemias. Ya en octubre de 1939, la “*Sanitar-Macht*” [Autoridad sanitaria] de Hitler ordenó sellar las salidas del barrio judío con alambre de espino. Una buena mañana, calles judías como Sienna, Zlota y Pruszná fueron atrincheradas de este modo.

En diciembre, la *Kehilá* se vio obligada a colocar treinta y cuatro inscripciones con la leyenda “*¡Atención! Zona epidémica*”. Estos carteles, clavados en tablas de madera, se expusieron en las treinta y cuatro calles que conducían al barrio judío. Junto a estos carteles, las autoridades militares alemanas habían colocado advertencias a los soldados alemanes para que no frecuentaran estas “calles infestadas”.

Nada de esto impidió que miembros de la *Gestapo* u otros alemanes se pasaran el día saqueando el barrio judío. Con el pretexto de combatir la epidemia, a menudo se cerraban calles judías enteras y no se permitía a nadie salir de su casa durante quince días.

Sólo más tarde -en abril o mayo de 1940- se dio la orden de precintar completamente las treinta y cuatro salidas que daban acceso al barrio judío, para que los judíos abandonaran lo menos posible sus calles para dirigirse a las calles cristianas. Así se creó un gueto de facto incluso antes de que se estableciera oficial y plenamente (31).

Relato sobre mi huida de la Polonia ocupada por los nazis

... Al otro lado de la calle estaba aparcado un carruaje solitario (32).

La esquelética yegua gris dormitaba en esta mañana helada. En el asiento, envuelto en un chal para protegerse del frío, estaba sentado el cochero. En la penumbra del amanecer, su silueta, envuelta en una verdadera montaña de bufandas y harapos destacaba y parecía absolutamente enorme. Era uno de los nuestros, un hombre en quien confiábamos plenamente, y se había acordado de antemano que nos esperaba aquí. En cuanto me paré en la puerta, me indicó con su fusta que todo estaba “en orden”, sin siquiera mirar en mi dirección. Esto significaba que podía subir al carruaje. Tras subir rápidamente al carruaje, cuya cubierta se había levantado, me agaché en una esquina. Íbamos dando tumbos por las calles cubiertas de nieve. Desde mi asiento, me despedí de cada casa, de cada ruina. Cada rincón de Varsovia simbolizaba un momento de mi vida. Cada piedra, cada ruina me evocaba y recordaba constantemente los días decisivos que había vivido, y las esperanzas y decepciones siempre renovadas. Apenas podía separarme de ellas, como si hubieran sido personas vivas.

Aquí y allá, un alemán vestido con uniforme azul se cruzaba con nosotros mientras sus pasos golpeaban el pavimento: la *Gestapo*. Mientras los observaba de reojo, me preguntaba: ¿me estaba despidiendo también de ellos? ¿No iba a caer de nuevo en sus manos?

Las ruinas de la calle Marszałkowska pasaban lentamente ante nosotros. Entre los escombros, destacaban algunas casas aisladas, aún intactas, que sobresalían como los pocos dientes que le quedaban a un anciano en la mandíbula. Pasamos junto a las ruinas de la estación principal incendiada (la estación “vienes”) por la callejuela Jerozolimskie. Frente a los escombros -todo lo que quedaba de la nueva estación que acababa de construirse en Varsovia antes del estallido de la guerra- mi carruaje se detuvo. Era enero de 1940...

En la estación

La estación era un hervidero de actividad y hacía un frío que pelaba. Estaba llena de gente vestida de campesina. Abarrotada de paquetes y bultos, la gente se agolpaba frente a la única taquilla que vendía billetes de tren. Los soldados alemanes, vestidos con largas pellizas, patrullaban con los fusiles colgados al hombro y las bayonetas caladas, moviéndose entre la multitud y escrutando cada rostro. Por su parte, los campesinos polacos miraban oblicuamente a los alemanes y hablaban en voz baja.

Un pequeño número de judíos, que llevaban una tira de tela amarilla y un “brazalete judío” (33), rozaban cautelosamente las paredes, acurrucándose en las esquinas del vestíbulo de la estación. Intentaban hacerse invisibles, esconderse de los alemanes.

La estación provisional consistía en una sala a medio construir. Las paredes estaban sin terminar, con barras metálicas y vigas desnudas que sobresalían de los muros. En medio del vestíbulo de la estación, una escalera conducía a los andenes descubiertos del sótano, desde donde debían partir los trenes.

El edificio estaba sumido en la penumbra y hacía un frío terrible, como en un tanatorio. La gente parecía sumida en la desesperación y en una tristeza infinita. Su bullicio era contenido, lúgubre: como un funeral.

Vi a Stanislaw, mi camarada polaco, en el lugar acordado. Estaba de pie, apoyado en la barandilla de la escalera que bajaba a los muelles. Mis maletas estaban a sus pies. Pasé a su lado como si fuéramos desconocidos. Al pasar junto a él, me puso discretamente el billete de tren en la mano. Me detuve al otro lado de la rampa. Teníamos que afectar a ser extraños el uno para el otro, como pasajeros que no se conocen. Su trabajo consistía en vigilarme desde la distancia y acudir en mi ayuda si era necesario. Y, si me pasaba algo por el camino, avisar a mis amigos. También llevaba mis pertenencias y el dinero para el viaje, pues ya sabíamos que robaban a judíos por el camino. En aquella época ya había trenes que iban directamente de Varsovia a Berlín, pero los billetes de tren para Alemania aún no se vendían en Varsovia, sólo hasta la frontera del “*Reich*”. Y en aquella época, la nueva frontera del *Reich* alemán estaba en Lawicz, justo detrás de Varsovia. Allí tenía que sacar los billetes para el resto del viaje. Pero como al llegar a la frontera sólo podía llevar conmigo un máximo de 10 marcos -una suma totalmente insuficiente incluso para comprar un billete a Berlín-, corría el riesgo de acabar en Alemania sin dinero ni billetes para el resto del viaje. Así pues, mi plan era ir primero a Cracovia, donde ya se podían comprar billetes directos a Berlín y quizá incluso más allá, hasta la frontera holandesa.

Varsovia estaba unida a Cracovia por un tren expreso. Pero sólo se podía subir a él si se tenía un permiso especial de los ferrocarriles alemanes. Esos permisos no se expedían a los judíos: se les obligaba

a viajar en ómnibus, e incluso entonces sólo se les admitía si llevaban un “certificado” expedido por el servicio municipal que certificara que el titular estaba libre de piojos (mi camarada polaco me había proporcionado un documento de ese tipo).

Ahora estaba allí, con todos los papeles necesarios, esperando el tren que debía salir a las 9 de la mañana. Pero pasó una hora, luego otra... y seguíamos sin ver llegar ningún tren. Stanislaw fue varias veces a la oficina de información, intentando averiguar qué pasaba; y cuando volvía, pretendiendo hablar con otros pasajeros, decía en voz alta que nadie entendía lo que pasaba y que nadie era capaz de dar información sobre la hora de llegada del tren. De este modo, me transmitió la información.

Mientras tanto, un número cada vez mayor de pasajeros se agolpaba en el vestíbulo de la estación. A las 11 de la noche, ya se habían congregado allí varios centenares de personas. En el exterior, el sol brillaba a pesar del frío: la temperatura es de 3,5°C. En el interior de la explanada de la estación, la gente saltaba o daba vueltas tratando de entrar en calor. En su desolación, el vestíbulo ofrecía el extraño espectáculo de cientos de personas bailando en el acto, con rostros que mostraban una tristeza o un espanto inusitados. Las manos alzadas, que giraban y que casi todos los presentes se llevaban a la boca, estaban hinchadas y enrojecidas por el frío -parecían remolachas-, pero nadie se iba. Todos esperaban el tren, y nadie sabía cuándo saldría.

En un momento dado vimos llegar a un nuevo grupo de alemanes con fusiles al hombro. La arrogancia y malicia de los recién llegados se podía ver en sus rostros sonrojados mientras miraban a su alrededor. En cuanto llegaron, empezaron a dar órdenes en todas direcciones a todos los desafortunados que esperaban en la estación

y a perseguirlos de un sitio a otro. Expulsaron a todos los judíos de la cola que se había formado en la taquilla. Luego se lanzaron a la caza de los judíos que se encontraban en el vestíbulo de la estación. Entre estos últimos, los que no llevaban equipaje de ningún tipo lograron escapar a costa de un miedo mortal: los agarraron por el cuello, los arrastraron hasta la entrada del edificio y los echaron a patadas. En cuanto a los que llevaban paquetes y maletas, fueron llevados a otra habitación y luego devueltos despojados de sus paquetes, con la ropa desabrochada, presas del pánico, con la cara marcada de moratones marrones y azules. Entonces, agarrando a los judíos por el cuello, los alemanes los arrastraban hasta la salida y los arrojaban a la calle.

Un pánico silencioso se apoderó de los judíos en el vestíbulo de la estación. Algunos intentaron liberarse, pero la mayoría fueron acorralados cerca de la salida. Otros se retiraron a los bordes del edificio, tratando de esconderse detrás de los hombros de un no judío, pero se delataron a sí mismos por sus miradas, que mostraban la expresión angustiada de la caza cazada (34). Algunas personas vestidas de paisano que podían confundirse con polacos también participaron en la caza de judíos. Los pasajeros polacos que estaban cerca de mí gruñían a “*esas especies prusianas*” que trataban a los hombres como animales. Ahora miraban fijamente a los hombres de paisano y no podían contener su asombro ni su furia. La persona más cercana a mí, una mujer polaca con abrigo de campesina gritó a uno de los civiles:

-“ ¡Tú! ¡Tú no eres alemán! ¿Qué tienes que ver con ellos?”

Pero tras lanzarle una mirada furibunda, respondió en alemán:

-“ ¡Cállate, cerda polaca!”

Traduje su respuesta a mi vecina y vi que se sentía algo aliviada al comprobar que no era un polaco.

Estaba tan absorto por lo que ocurría a mi alrededor, tan presa de un sentimiento de cólera y amargura, que había llegado a olvidar que yo mismo corría el riesgo de ser expulsado del vestíbulo de la estación, lo que habría echado por tierra mis planes de marcharme. Pero mi compañero no me quitaba ojo. Con aire indiferente, cruzó el vestíbulo y -habiéndose detenido a mi lado como por casualidad- con un rápido movimiento me cubrió el brazo con el abrigo de invierno que llevaba en la mano, ocultando así el brazalete judío que yo llevaba. Luego, con un guiño imperceptible, volvió lentamente a su asiento.

A partir de ese momento, asumí personalmente la responsabilidad de mi seguridad. Cuidé de que el abrigo que llevaba sobre el brazo no se deslizara y dejara al descubierto mi brazalete con la estrella de David, e intenté adoptar la apariencia de un hombre libre de toda preocupación y perfectamente relajado. Los alemanes se me cruzaron varias veces, mirándome directamente a los ojos, pero cada vez fingía estar inmerso en una conversación con mi vecina polaca. A juzgar por su atuendo, parecía una campesina, pero reconocí el tono de su conversación como el de una mujer de ciudad. En el curso de nuestra conversación, no me dijo si se había dado cuenta de que yo era judío, pero en un momento dado dijo de repente en voz baja:

-“ *Cúbrase bien, señor, que viene un perro por detrás...*”, señalando mi brazo derecho adornado con el “brazalete judío”. Cada vez que pasaba un alemán y yo salía ileso, miraba en dirección a Stanislaw. Y él me saludaba discretamente: “*No pasa nada, no pasa nada*”.

La guardia alemana fue relevada. Los soldados recién llegados se pusieron a “poner orden” a su manera. Empezaron a comprobar que todo el mundo tuviera su billete. De entre la masa compacta, seleccionaron a los pasajeros que aún no tenían billete para el viaje, echándolos directamente fuera del vestíbulo de la estación. En cuanto a los que tenían documentos de viaje, seleccionaron de su grupo al puñado de judíos que hasta entonces habían logrado escapar a la cacería anterior y empezaron a empujarlos de vuelta hacia el sótano, hacia el andén abierto. Aquí, arriba, hacía un poco más de calor y los esbirros alemanes no tenían ninguna intención de conceder esta “comodidad” a los judíos. Me repugnaba que me obligaran a ocultar mi identidad de este modo y yo también bajé a los muelles. Stanislaw me siguió a distancia. Pero, para mi sorpresa, mi vecino polaco también se puso a mi lado. Me di la vuelta y vi a algunos otros polacos que bajaban en silencio con los judíos, con la cara vuelta hacia dentro, enfrentándose al frío implacable que nos azotaba. Al parecer, mi vecina había adivinado lo que yo pensaba. Cuando llegamos abajo, exclamó con una sonrisa:

- *“Todos somos seres humanos, los demás, y todos iguales... ¿Verdad?”.*

En esta atmósfera aterradora, estas sencillas palabras de solidaridad humana fueron un gran consuelo para mí.

Los muelles estaban descubiertos y expuestos a la calle por todos lados. El frío era insoportable. Todos corríamos de un lado a otro del andén para no morir congelados. Mientras tanto, las horas pasaban, una tras otra, interminablemente. El sol empezó a retirarse. Una creciente oscuridad invadía la zona. Y seguíamos sin ver venir ningún tren.

Aquel día, el primero de mi viaje, que resultó tan insoportable - porque sufría el frío, la privación de alimentos y, sobre todo, la atmósfera inhumana creada por el sadismo nazi-, no auguraba nada bueno para lo que vendría después. ¿Quién me iba a decir cuántos días y noches iba a estar a merced de los nazis en los trenes, en las carreteras y dentro de las ciudades que ocupaban?

Por fin, a las cinco de la tarde, cuando todos estábamos muertos de frío, oímos un jadeo espasmódico que rasgó la oscuridad. Cientos de personas se precipitaron del vestíbulo al andén subterráneo. “*Ya viene el tren*”, oímos gritar desde todas partes. El andén estaba abarrotado, una gran masa oscura de gente atestada de paquetes y bultos que se empujaban para acercarse a los raíles y poder apretujarse en los vagones.

El tren llegó jadeando dolorosamente. Estaba formado por una serie de vagones de carga oscuros y unos cuantos compartimentos viejos de cuarta clase. En un solo movimiento, todo el mundo se precipitó hacia las puertas. El resultado fue un aterrador traqueteo y un alboroto provocado por el público comprimido en la oscuridad. Estaba claro que no todos cabrían en los pocos vagones. Pero para todos y cada uno de nosotros era vital abrírnos paso. Después de un agotador día de espera, nadie quería quedarse de pie en el andén esperando el tren. Los alemanes empezaron a gritar desaforadamente, a dar órdenes y a golpear a la gente en la cabeza con las culatas de sus fusiles. En la oscuridad se oían aún más gritos. Y entonces uno de los alemanes empezó a golpear en la cabeza con la culata de su fusil a una mujer polaca que llevaba a un niño de la mano porque no había entendido sus órdenes y no había ido en la dirección correcta. La mujer se desplomó, arrastrando al niño con ella, y ambos se salvaron por poco de ser atropellados. La escena

provocó protestas e insultos de todos los presentes. Me vi arrastrado por la masa de gente, apretujada hasta el extremo, hasta la entrada del vagón, que me pareció que ya estaba lleno hasta los topos. Detrás de mí, Stanislaw me empujaba, me llevaba en volandas por así decirlo. Cuando estaba frente a la puerta, a la altura del vagón, a punto de subir el escalón que conducía al interior del compartimento, oí de pronto una orden de los soldados alemanes:

- *“¡Juden, heraus!”*

Los alemanes se abrían paso entre la masa de gente, llevando linternas en las manos y mirando fijamente las caras y los brazos de los pasajeros, buscando “brazaletes judíos”. Y cada vez que veían a un judío, lo arrastraban fuera de la fila y lo golpeaban con las culatas de sus fusiles y sus botas. Los judíos, que ya habían sido torturados durante todo el día, no podían aguantar más y ya no podían controlar sus nervios. Sus gritos y gemidos desgarradores resonaban en el oscuro muelle.

Estaba pensando, preguntándome qué debía hacer. Pero Stanislaw, que estaba detrás de mí, no me dio tiempo a pensar mucho. Me arrancó el “brazalete judío” del brazo y se lo metió en el bolsillo. Pronto el resplandor de una linterna iluminó mi cara. Contuve la respiración. Un puño nazi me agarró el hombro y un par de ojos claros y bestiales me escrutaron la cara. Mantuve la mirada sin pestañear. Después de bajar el farol, el nazi me miró el brazo derecho y siguió su camino...

Finalmente, me vi empujado hacia el interior de un vagón y me quedé allí, como un clavo clavado en una pared, en medio de una masa humana compacta. Era literalmente imposible mover un miembro. Pronto fue incluso imposible respirar.

Durante mucho tiempo, el tren se adentró en la noche y permaneció en el andén con su cargamento de seres humanos acurrucados, apretados unos contra otros. Desde fuera aún se oían los gritos de los demonios nazis y sus órdenes: “*Juden, herunter!*” Mientras el convoy permaneció atascado en su lugar, me expuse al riesgo de ser arrojado del tren.

El tren se pone en marcha

Finalmente, sin embargo, el tren partió, perezosamente, con gemidos dolorosos. Era la primera etapa de mi viaje por el infierno nazi. Para nosotros, el tren oscuro, con unos pocos vagones llenos de pasajeros, arrastrándose por una noche helada que te cortaba la cara, era un auténtico tren de la Inquisición.

Aunque fuera hacía un frío que pelaba y los vagones no tenían calefacción, el calor era sofocante. El aire estaba tan encerrado que se diría que se podía cortar con un cuchillo. Estábamos tan apretados que la masa compacta de pasajeros era incapaz del más mínimo movimiento. Durante la primera hora de viaje, algunas personas de mi compartimento se desmayaron a causa del calor y el hedor. A cada momento se oían gritos en la oscuridad desde otro rincón del compartimento, pidiendo ayuda, suplicando una gota de agua para alguien que se había desmayado. Una mujer que no había podido recobrar el conocimiento por ningún medio fue arrastrada con gran dificultad fuera de la masa compacta de pasajeros apretujados; fue llevada hasta la puerta, literalmente llevada por encima de las cabezas de los pasajeros, que habían levantado los brazos en el aire para poder impulsar el cuerpo desmayado de uno a otro.

Después de la pesada y agotadora jornada que había tenido, sin haber podido comer nada prácticamente desde el amanecer, también sentí en varias ocasiones que estaba a punto de desmayarme por el cansancio y también por el hacinamiento.

Por eso todos nos alegramos de volver al tren: al menos se movía. Es cierto que íbamos despacio, pero de un modo u otro acabaríamos en algún sitio y nuestra tortura llegaría a su fin. Eso es lo que pensaban y decían la mayoría de los pasajeros. Y cuando oí esto, me dije: ¿llegaría al final de mi viaje?

Al principio, la masa de pasajeros apretujada en el vagón a oscuras callaba en el silencio denso e inquietante, como sofocada por la rabia y la amargura de la atmósfera ambiente y las imágenes que pasaban por el vagón. Después, poco a poco, empezamos a hablar entre nosotros, en voz baja, con medias palabras, con palabras alusivas y sugerentes: era imposible mirar a la otra persona a la cara en la oscuridad y no sabías con quién estabas tratando. Así que había que tener cuidado.

Así que sólo se respondió a las preguntas con cautela y reticencia:

- “*¿Adónde va?*”

- “*¿Con quién se va a reunir?*”

La mayor parte de la charla estaba cuidadosamente redactada en términos “neutros”: sobre la helada, que sólo Dios sabía cuánto duraría, cuando era imposible conseguir carbón para la calefacción; sobre el hambre, y el alto coste del pan. Y a medida que la gente charlaba de esta manera, poco a poco empezaron a dar detalles sobre sí mismos, hasta que empezamos a conversar libremente, olvidando las precauciones que había que tomar.

Fue entonces cuando los corazones empezaron a desbordarse. En la oscuridad, oí una voz gruesa y ronca que contaba con un pronunciado acento campesino cómo él, el campesino, había tenido que entregar con sus propias manos su vaca y su ternero: en otras palabras, todo lo que quedaba de su patrimonio después de que todo el pueblo hubiera sido arrasado y destruido por el fuego durante los días de la guerra. Su anciana madre y su hijo, un discapacitado de 13 años, habían ardido junto con su choza. No pudo salvarlos, como había hecho con su vaca y su ternero, llevándolos al bosque. Ahora también le habían arrebatado sus últimos bienes.

- *“¿Y cómo se espera que un ser humano viva en estas condiciones? ¿Qué se supone que va a comer cuando todo se ha quemado, cuando apenas queda pan y le han quitado la vaca? ¿Cómo se puede vivir en un mundo así?”* - fue el grito de angustia que el campesino lanzó al mundo.

- *“¿Qué sentido tiene hablar de vacas y comida?”*, gritó desde algún lugar una voz femenina estridente, marcada por una nota de desesperación.

- *“Cuando la vida es incierta, cuando tú mismo te ves reducido a un estado peor que el de una bestia. Los hitlerianos arrancaron a mi hijo de casa y lo arrastraron al bosque con otros jóvenes. Más tarde, oímos el sonido de disparos en el bosque y... mi hijo no volvió. Acababa de volver del frente, sólo quería descansar un poco, mi hijo, mi único hijo...”* - y los sollozos histéricos de la mujer llenaron el oscuro vagón.

Por un momento, permanecemos en silencio; era como si escucháramos con fervor los lamentos de la madre desesperada. Entonces, de repente, se oyó otra voz -una voz de hombre: *“Y lo que se está haciendo con los judíos, ¿no es un crimen contra Dios?”*

-“¡Deja de hablar!” - exclamó alguien-. *“Ya lo sabemos todo. Todo el mundo lo ve cada día en sus casas, y si hablamos de ello nada bueno saldrá”*.

La multitud permaneció en silencio, como asustada por esta advertencia, mientras todos rumiaban sus pensamientos en la oscuridad. Sólo el rítmico sonido de las ruedas de los vagones y el doloroso jadeo de la locomotora rompían el silencio. Pero al cabo de un rato, alguien gritó de repente en la oscuridad -no, gritó una pregunta en su lugar- como si se dirigiera al mundo entero:

- *“¿Y cuánto tiempo más durará esto? Y dínos cuándo acabará por fin, cuándo”*.

A pesar de la oscuridad, se notaba que todos habían girado la cabeza en dirección a la voz y se obligaban a permanecer en silencio, como si esperaran una respuesta procedente de algún lugar.

Exclamó una voz femenina:

-*“De vuelta a casa, el cura nos dijo que los alemanes quemaron nuestro claustro...”*

Pero la mujer no pudo decir nada más, porque en ese mismo momento, tras una sacudida hacia delante y otra hacia atrás, el tren se detuvo de golpe. Nos preguntamos unos a otros: ¿Qué está pasando? ¿A qué estación hemos llegado? Pero a través de la puerta abierta sólo veíamos el blanco de los campos nevados iluminando la oscuridad de la noche. Nos habíamos detenido en medio de un campo. Al parecer, la vieja y gastada locomotora que tiraba del tren se había quedado sin fuerzas para seguir arrastrando los vagones atestados de gente. Vimos pasar junto a nuestro convoy a gente con linternas en las manos y oímos voces que hablaban en alemán y polaco. Las personas más cercanas a la puerta intentaron asomarse. Uno de ellos incluso saltó para ver qué pasaba. De repente, todos contuvimos la respiración. A lo lejos se oían gritos, muchos gritos:

gente llorando, lamentándose, suplicando; otra gente gritando, dando órdenes, maldiciendo e invocando. Yo estaba muy preocupado. Estaba seguro de que lo que ocurría en la oscuridad de los campos tenía algo que ver conmigo y con los míos. Pronto corrió la noticia por nuestro compartimento de que los judíos estaban siendo expulsados de los vagones. Había demasiados pasajeros, la locomotora no podía tirar del tren, así que los judíos eran arrojados a los campos en plena noche, con un tiempo glacial.

Pronto los gritos se acercaron a nuestro carruaje. Unas siluetas se apostaron cerca de la puerta y, alzando sus linternas por encima de sus cabezas, iluminaron nuestro carruaje. De sus bocas salió la orden:

- *“¡Alle Juden heraus!”*

Nadie en el vagón dijo una palabra. Todos contuvieron la respiración y esperaron a ver qué ocurría. Entonces, alguien del grupo gritó enfadado:

- *“Judíos malditos, ¿no habéis oído lo que se os ha dicho? ¡Bajad!”*

De nuevo, nadie en el vagón se movió. Uno de los miembros del grupo, blandiendo su linterna hacia delante, intentó entrar a la fuerza en el compartimento, empujando a todos. Entonces se oyó una voz desde el vagón:

- *“Aquí no hay ni un solo judío, son todos nuestros...”*

La voz hablaba en polaco. La reconocí. Era mi compañero polaco que acababa de hablar. Había dicho la palabra “judío”, pero no en polaco: había intentado repetirla en alemán. Y sonaba algo así como: *“Juda nit do”*. El alemán se abrió paso entre los que tenía delante, se inclinó hacia uno de sus acólitos y le preguntó qué

significaban las palabras en polaco. El otro tradujo las palabras al alemán. Fingió pensar un momento y supe que mi destino pendía de un hilo. El alemán se volvió de nuevo hacia los pasajeros del vagón en tono amenazador:

- *“¡Judíos, no intentéis engañarme! ¡Salid de aquí por vuestra propia voluntad! Si tengo que extraditaros de aquí por la fuerza, ¡será peor!”*

Ahora se alzaron algunas voces desde el vagón, asegurándonos que realmente no había judíos allí. Desde fuera, alguien se unió y susurró algo que no pude oír. El alemán saltó del estribo y se unió a la conversación. Y así, mientras charlaban, el grupo se alejó lentamente de nuestro vagón.

De los otros vagones seguían llegando gritos y llantos. De repente, oímos un silbido. Y, cogiéndonos totalmente desprevenidos, el tren partió lentamente. Exhaustos y atormentados, seguimos nuestro camino. Se hizo el silencio en el vagón y nadie dijo una palabra.

Tras casi cinco horas de carretera, llegamos a Koluszki. Normalmente, el trayecto hasta esta ciudad dura una hora y media. Durante el trayecto, asistimos a algunas escenas e incidentes similares a los descritos anteriormente. Sin embargo, fue en Koluszki donde nos esperaba el verdadero infierno. Esta era la frontera oficial del “*Reich*” cuando se viajaba hacia Lodz. Todos los pasajeros que viajaban a esta ciudad tenían que bajar de los vagones y eran sometidos a una inspección individual absolutamente despiadada. Los nazis aprovechaban la ocasión para maltratar a los judíos que intentaban llegar a Lodz; los golpeaban y los despojaban de sus pertenencias; es más, después de desvestirlos, los dejaban desnudos como gusanos. Fue entonces cuando los judíos fueron conducidos a Varsovia, ya que “no tenían derecho a pisar el suelo “sagrado” de Lodz, que los alemanes consideraban que pertenecía al

“*Reich*” (35). Los judíos, que fueron simplemente robados y perseguidos hacia Varsovia, aun así, salieron indemnes, ya que muchos judíos fueron arrestados en Koluszki. Fueron enviados a campos de concentración y muchos de ellos nunca volvieron con sus familias. Cada día, cientos de tragedias judías se sucedían en la estación de Koluszki.

Ya había oído hablar mucho de estas tragedias de Koluszki. Ahora, por azares del destino, tuve que presenciarlas yo mismo, y casi fui víctima de ellas. Cuando nos detuvimos en Koluszki, muchos pasajeros bajaron de los vagones. Nuestro compartimento quedó vacío. Inmediatamente se abrieron las puertas y un grupo de alemanes de uniforme entró corriendo en el vagón, iluminándolo metódicamente con antorchas eléctricas y lámparas de parafina. Preguntaron si todos los pasajeros que viajaban a Lodz habían abandonado ya el vagón. Cuando les respondieron que sí, iluminaron uno por uno los rostros de cada pasajero, mirándoles directamente a los ojos, y exigieron ver sus billetes. Una vez completado este procedimiento, ordenaron a todos los judíos que bajaran del vagón, independientemente de su destino. Nadie se acercó. Algunos de los alemanes estaban de pie junto a la puerta y tres de ellos comenzaron a mirar fijamente a los pasajeros después de encender sus lámparas en sus caras. Sacaron a tres judíos del vagón: dos hombres y una mujer. De los dos hombres, uno era joven y vestía a la europea, mientras que el otro era mayor y llevaba un gran gorro de piel de oveja. Cuando los alemanes pasaron junto a mí, arrastrándolo tras ellos, me di cuenta, a la luz de sus lámparas, de que el desgraciado tenía barba, que había intentado ocultar levantándose el cuello del abrigo. Y, curiosamente, tanto el anciano

judío como la mujer bajaron del carruaje en silencio, y su actitud estaba marcada por cierta dignidad. Fue el joven quien no pudo resistir la prueba. Cuando los alemanes lo agarraron y lo arrastraron fuera del vagón, se volvió medio loco de miedo y empezó a gritar, a llorar y a suplicar a los alemanes en un tono tan desgarrador que se podía decir que se estaba muriendo literalmente de miedo. Y así era.

Los tres alemanes también me miraron fijamente y se fijaron mucho en mis facciones. Yo les miré con ojos asombrados, como preguntándome qué podían querer de mí. No sé si fue esta actitud u otra razón la que les despistó, pero al parecer los alemanes me tomaron por un “ario” y me dejaron en paz.

Después, nos quedamos media hora en la estación y, observando el andén iluminado desde el interior del compartimento, presencié decenas de escenas, cada una de ellas suficiente para enviarte un escalofrío por las arterias. Durante los últimos meses en Varsovia, había estado expuesto a un montón de escenas y acontecimientos dolorosos, ejemplos de sadismo y crueldad. Cuando salí de mi desdichado país, tuve que presenciar una vez más una ración concentrada de inhumanidad y humillación bestial infligida a docenas de judíos, hombres y mujeres, que habían sido apresados aquí en la estación como en una trampa. Vi cómo los sacaban a patadas de la sala de inspección, desnudos, desde donde luego los arrojaban al andén cubierto de nieve mientras sus pertenencias eran arrojadas detrás de ellos. Vi la sangre que corría por los rostros de los que salían de aquella pequeña sala. Y aquí les esperaban de nuevo los alemanes para honrarles con más palizas, burlas y humillaciones. También vi a otros, aún más desafortunados: los que

no fueron expulsados de la habitación, sino conducidos fuera sin ser liberados. ¿Debo hacer un relato detallado?

Estaba tan seguro de que aquí, en Koluszki, la suerte me sonreiría y podría continuar mi viaje sin obstáculos que me senté junto a Stanislaw y charlamos juntos en voz baja. Unos minutos antes de la salida del tren, un alemán solitario entró en nuestro vagón de forma bastante inesperada y empezó a controlar de nuevo a todos los pasajeros con mucha energía. “*Juden, raus!*” - repetía sin cesar cada vez que miraba a un pasajero directamente a los ojos. Una vez más, contuve la respiración, esperando conocer mi destino. La pequeña linterna se acercó más a mí. Y ahora me iluminaba la cara. Antes de que tuviera tiempo de levantar la vista y pensar qué hacer, el alemán me agarró violentamente del brazo, gritando con furia “*Verfluchter Jude, verstehst du nicht Deutsch?*” [*Maldito judío, ¿no entiendes alemán?*], y, agarrándome por el brazo, me arrojó directamente fuera del vagón. Me desplomé a pesar de mi gran tamaño. Por un momento me quedé tumbado, intentando calmarme y reflexionar sobre la nueva situación en la que me había visto envuelto. Me enderecé y volví al vagón. Un alemán vino hacia mí y esperaba que me cogiera y me arrastrara a la sala de investigación, como habían hecho con tantos otros judíos. Pero, para mi asombro, el alemán pasó de mí y me dejó en paz, aunque me miró. Instintivamente, me miré el brazo derecho y me di cuenta de que no llevaba el “brazalete judío”. Había olvidado que mi camarada polaco ya me lo había arrancado al subir al tren en Varsovia.

Esto me dio más confianza y me atreví a adelantar a un nuevo grupo de alemanes que avanzaban en mi dirección. Para engañar a los alemanes, tuve incluso la osadía de preguntar a uno de ellos si éste era el tren que partía hacia Czestochowa. Subí el

escalón del vagón más cercano y me volví: desde lejos, sin mirarme siquiera y fingiendo que no tenía nada que ver conmigo, Stanislaw caminaba lentamente en mi dirección, llevando mis maletas. Apenas tuvo tiempo de entrar en el vagón cuando el tren ya estaba en marcha.

Cracovia

La distancia relativamente corta desde el túnel hasta Cracovia nos llevó más de cuatro horas. El vagón, con sus pocos vagones viejos y obsoletos de cuarta clase que databan de la época de los austriacos, iba abarrotado hasta un punto inimaginable. En el tramo del viaje anterior a la llegada a la estación de Cracovia no hubo excesos antijudíos particulares. En el vagón se había reunido un número bastante grande de judíos que llevaban “brazaletes judíos” blancos recién lavados y planchados con una estrella de David azul, porque llevar “brazaletes judíos” sucios o arrugados conllevaba penas muy severas ya entonces. Los polacos del vagón se comportaban de forma sencilla y humana con los judíos, hasta el punto de que los brazaletes que llevaban los judíos ya no les causaban la menor impresión y ni siquiera les llamaban la atención. De vez en cuando, los controladores alemanes del tren entraban en el compartimento, pero no atacaban a los judíos a la manera habitual de los nazis.

Sin embargo, fue precisamente en este tramo del viaje cuando tuvimos que soportar otra situación angustiosa. Uno de los pasajeros polacos -un joven alto y atlético- empezó a despotricar contra los judíos al típico estilo nazi. El individuo en cuestión se jactaba en voz alta y sin pudor de ser un militante activo y activista del Partido Campesino Witos, y reclamaba nuestra atención. También se jactaba de estar en contacto con el segundo líder del partido campesino, Rataj, que en aquel momento estaba detenido por la Gestapo (36). Este individuo,

animado por un odio bestial, explicaba que la tarea principal era exterminar a los judíos, que los judíos eran serpientes, etc. Se jactaba, sonriendo, de ser el líder del Partido Campesino. Se jactó sonriendo de que el día anterior había metido un puro encendido en el bolsillo de un judío. «*Espero que el judío se quemé*», exclamó, riendo con satisfacción al pensar en esta maravillosa actuación.

Los demás pasajeros polacos escucharon su discurso en silencio. Muchos de los campesinos que estaban a mi lado, a los que se dirigía directamente, asentían con la cabeza a la manera campesina, sin decir una palabra. Yo me contenía con todas mis fuerzas para no explotar y provocar un escándalo aquí mismo, en el compartimento. En voz baja, seguí haciendo observaciones a mis vecinos polacos más cercanos sobre el Hitler polaco y lo que estaba diciendo. Noté que el rostro de Stanislaw también estaba agitado y que era capaz de dejar estallar su ira en cualquier momento. Nos miramos y dejamos claro que, dada nuestra situación, nos convenía no involucrarnos en la discusión. Pero yo seguía en un estado de angustiosa expectación: ¿aceptarían en silencio los pasajeros polacos esos comentarios repugnantes? ¿Ninguno de ellos sería capaz de tomárselo al pie de la letra y responder adecuadamente? Cuanto más duraba el silencio, más libremente hablaba el individuo, y más opresiva y dolorosa se hacía la espera. Sentí que no podría contenerme hasta el final. Finalmente, en tono tranquilo y con cándida malicia campechana, un simple campesino alargó impasible el dedo índice hacia el individuo y, en medio de su discurso, le hizo la siguiente pregunta:

- *“¿Y dónde aprendiste a hablar tan bien en alemán?”*

El individuo hablaba en polaco. Al calificar su discurso de “alemán”, se refería al contenido de Hitler. Con un guiño pícaro, el

campesino había acentuado deliberadamente la palabra “*nie-mecku*”, es decir, “*alemán*”, y todos en el vagón, comprendiendo perfectamente la ironía de lo que decía, estallaron en una enorme carcajada. Me di cuenta de que no era yo el único aliviado por la pregunta del campesino, sino que todos los pasajeros lo estaban. La gente hablaba ahora con más libertad, comentando y criticando las palabras de Hitler. La palabra “*kanarek*” (37) se oía a menudo en la acalorada conversación. Este era el nombre que los polacos daban a un gendarme o espía. Al principio, el propio hombre intentó decir algo, pero como ya no quedaba nadie para escucharle, lo único que pudo hacer fue reclinarsse en su asiento, con cara de desaliento, y permaneció en silencio durante el resto del viaje.

* * *

Llegamos a Cracovia en medio de una terrible tormenta de nieve. En el andén que conducía al vestíbulo de la estación, unos alemanes de uniforme sacaban a todos los judíos de entre la multitud y les ordenaban agruparse por separado, en una fila determinada. Los judíos eran sometidos a una inspección especial en una sala donde los gendarmes alemanes los registraban, ayudándose después de inspeccionar su equipaje. Antes de entrar en la estación de Cracovia, me puse mi “brazalete judío”. No quería arriesgarme a que me detuvieran en la estación si un alemán me descubría como judío. Por eso tuve que unirme a la cola formada por los judíos. La cola avanzaba lentamente. Al parecer, registraban a todos los judíos: lenta y meticulosamente. Pasó al menos media hora hasta que llegué a la puerta de la sala donde se realizaba la inspección. Cuando llegué al grupo de alemanes, uno de los cuales registraba personalmente a cada judío mientras los otros dos volcaban el contenido de sus paquetes y maletas, decidí poner a prueba por primera vez el

documento de la *Gestapo* que llevaba. Me dirigí al alemán de más edad y le mostré mi documento:

- “*Me voy a Holanda.*”

Examinó el documento sellado con la esvástica y llamó a un superior que estaba en otra habitación. El superior miró el documento y me ordenó que me marchara: “*Le registrarán a fondo en la frontera*”, dijo.

Mi guía y yo subimos a un trineo y recorrimos las calles de Cracovia. La nieve compacta y húmeda nos azotaba la cara. Un viento frío y cortante soplaba desde todos los lados. Era como si nuestro trineo y nosotros fuéramos elevados por los aires. Llevaba conmigo las direcciones de algunos amigos y conocidos. Pero cuando llegué, no encontré a nadie. Cuando llegué a la primera casa, donde vivía un amigo mío, la encontré vacía y una nota con una esvástica colgada en la puerta, anunciando que todo el edificio había sido requisado por los alemanes. Cuando llegué a la segunda dirección, me di cuenta de que las personas a las que buscaba se habían ido a alguna parte en cuanto estalló la guerra y que nadie sabía dónde estaban ahora. En una tercera dirección me dijeron que mis amigos se habían mudado poco antes, pero que su nuevo hogar era desconocido. Me lo dijeron en un tono tan peculiar que supuse que la gente sabía perfectamente dónde se habían “mudado” mis amigos, pero que era mejor no decírselo a extraños...

Así que fuimos de una dirección a otra. Y allá donde íbamos había otra decepción. Se mostraban muy reacios a responder a nuestras preguntas; también nos cerraban la puerta en las narices sin dignarse siquiera a contestarnos: bajo la ocupación nazi, a la gente no le gustaba responder a las preguntas de un extraño sobre una persona concreta...

Me resigné a renunciar a la búsqueda de mis conocidos y pedí que me llevaran a un hotel judío. Pero en cuanto llegué al mostrador del hotel, el judío que dirigía el lugar empezó a agitarme las manos y a decirme que me marchara. En la oscuridad, vi unas siluetas con uniforme alemán en la habitación. Una joven de la recepción se acercó y nos dijo rápidamente que la policía alemana acababa de ocupar toda una planta del hotel y que era mejor no alquilar una habitación allí y marcharse inmediatamente.

Finalmente, tras varios intentos fallidos más de encontrar una habitación de hotel, llamé a la puerta de un conocido lejano con el que nunca había estado y cuya dirección tuve que buscar durante mucho tiempo porque no la recordaba con precisión. La persona que conocía vivía en el populoso barrio judío de Cracovia, conocido como “Kasimiersz”. Allí, una sencilla anciana judía, cuyo rostro delataba dolor y sufrimiento en muchos sentidos, me acogió cálida y amistosamente en cuanto le dije quién era. Ya era hora de buscar refugio. Estaba oscureciendo, yo estaba agotado y me moría de frío. Supongo que después de tres días y tres noches de espantoso vagabundeo y casi tres días y tres noches de ayuno absoluto mi situación podía leerse en mi rostro porque la mujer, a la que veía por primera vez en mi vida, ni siquiera quiso escuchar de dónde venía o qué venía a hacer, sino que, antes que nada, se afanó en la cocina para prepararme un vaso de té hirviendo. Y, con calor maternal, sacó un poco de pan y me pidió que “comiera algo” mientras esperaba: porque tenía que esperar un rato a que su marido y toda la familia llegaran a casa para poder comer algo cocinado. Por consideración hacia mí, la mujer mostró la misma hospitalidad con el “no judío” que me acompañaba. Me tragué el pan y el sucedáneo de té hirviendo sin azúcar como si fueran los mejores

platos. De hecho, me lo tragué de un tirón y me quemé con el sucedáneo de té hirviendo. Luego empezamos a charlar. La mujer estaba fuera de sí cuando se enteró de que yo había venido de Varsovia y quería continuar mi viaje. No hizo preguntas, pero sabía que iba a ser un viaje muy largo. Se dio cuenta de que yo miraba con asombro las habitaciones de la casa, que parecían curiosamente desiertas y vacías. Y enseguida empezó a contarme que ella y su familia habían sido víctimas del terrible pogromo que había tenido lugar en el barrio judío durante cuatro días, por instigación oficial de los alemanes, durante los cuales todas las viviendas habían sido saqueadas. Me contó las atrocidades que había vivido mientras todo el barrio permanecía acordonado durante cuatro días, período durante el cual ningún judío podía salir de su casa. El saqueo organizado de la casa donde vivía había durado doce horas. “*Y ahora mira*”, dijo, señalando su casa: las camas despojadas de almohadas, sábanas y demás ropa de cama, los alemanes se lo habían llevado todo. Los armarios estaban vacíos: los alemanes se lo habían llevado todo. Las paredes estaban desnudas, pero los restos de cuadros y gobelinos indicaban que habían sido despojadas de los adornos que colgaban de ellas. Los aparadores de la cocina habían sido vaciados de toda la cubertería de plata y la preciosa vajilla que antes había allí. Los alemanes se habían llevado todo y habían robado todo el dinero y los objetos preciosos que había en la casa o que se llevaban. Ni una sola casa o habitación judía había quedado intacta. “*Pero*”, continuó la mujer, con lágrimas en los ojos, “*lo peor era el miedo, el miedo mortal. Durante doce horas, las mujeres y los niños se vieron obligados a permanecer de pie con la cara pegada a la pared en los callejones, y todo el tiempo, los hombres se vieron obligados a permanecer de pie en los patios, también con la cara pegada a la pared, mientras detrás de ellos, los fusiles disparaban constantemente sobre sus cabezas... Era precisamente ese miedo...*”

para soportarlo, había que ser más fuerte que el acero y no todo el mundo era capaz de mostrar esa fuerza...”

La mujer, agotada, se dejó caer en una silla y empezó a sollozar a gritos, perdida en su dolor: relatarnos estos hechos le hizo revivir una vez más el horror y el dolor de aquellos días atroces.

Pasamos la velada sentados frente a una ventana cubierta con una sábana, alrededor de la mesa familiar, y hablamos en voz baja pero cordialmente de la desgracia que se abatía sobre los judíos y de la situación en general. El hombre -el padre de la familia- era un judío de barba canosa; una persona tranquila, inteligente y de conversación agradable. Mi llegada había creado una pequeña sensación en la familia y los había reanimado un poco. Por otra parte, fue una sorpresa para mí saber que la gente se había enterado de mi comportamiento en Varsovia y sabía que había puesto mi vida en peligro, aunque no supieran que era un miembro lejano de su familia. Durante todo ese tiempo, Stanislaw estuvo sentado a la mesa con nosotros. No entendía ni una palabra de lo que decíamos, pero seguía el movimiento de nuestros labios y de vez en cuando veía que se le humedecían los ojos. Gracias a su presencia, de vez en cuando continuábamos nuestra conversación en polaco. Mi pariente estaba asombrado de la lealtad que el polaco mostraba hacia mí y se mostraba especialmente cariñoso con este buen “Goy”.

Nos conmovió especialmente la amargura del ama de casa por no poder prepararnos ropa de cama adecuada. Envueltos en nuestros abrigos, pasamos la noche en camas improvisadas hechas con sillas y tablas, pero mucho más cómodos de lo que habríamos dormido en las camas más confortables en otras circunstancias (...)

Cómo me dejé arrancar de mi ciudad de Varsovia

En una mañana helada, llegué a Berlín, tras desembarcar en el vestíbulo de la estación de Silesia (38), agotado, medio confuso, sin saber exactamente qué debía hacer a continuación.

Todavía podía sentir en mi cabeza y en mis miembros las vicisitudes sufridas en los últimos meses, esos miles de visiones del horror que nunca más podrán borrarse de mi memoria y que privan para siempre de descanso al ser humano que las ha presenciado. Pero lo que sentí más intensamente fue la fatiga de los últimos días. Mis nervios y mi voluntad estaban al límite al saber que había emprendido un viaje lleno de riesgos -casi del orden de lo fantástico- para escapar de una muerte segura o bien de un campo de concentración nazi y de un interrogatorio por parte de la *Gestapo*, que es aún peor que la muerte. La angustia que me producían esas imágenes y la tensión que me producía pensar en lo que debía hacer ahora que me encontraba en el centro mismo del imperio nazi me hicieron sentir por un momento sumergido en el mundo de lo imaginario, hasta el punto de casi perder la conciencia de lo que ocurría a mi alrededor.

Como si estuviera inmerso en una niebla, registré las siluetas humanas que pasaban a mi lado. Voces humanas, palabras, resonaban en mis oídos, pero no penetraban en mi conciencia. Alguien me empujó, otro se disculpó: "*Verzeihung*"; un rostro rubicundo enmarcado por bigotes cortos se acercó mucho al mío. Poco a poco conseguí recomponerme, salir de mi estupor y recobrar el sentido de la realidad. Miré a mi alrededor y vi que me dirigían miradas curiosas. Pasaban a mi lado hombres con el uniforme gris azulado de las SA y el negro de los comandos *Totenkopf*, las SS de Himmler. También pasaron hombres con uniformes de la *Reichswehr*, con el pecho tachonado de medallas.

Algunos de los oficiales llevaban monóculos y caminaban con la cabeza alta, con un paso tan arrogante que me recordaban a los héroes de las viejas operetas.

El rostro rubicundo volvió a acercarse al mío. Pertenecía a un portero de la estación.

- “¿Había algo a su servicio?” – “No, gracias”.

En el vestíbulo de la estación no había nada del ajetreo y el bullicio de las estaciones de las grandes ciudades. La luz oscura se filtraba por las largas ventanas tapadas con pintura negra (para evitar que la luz brillara en el exterior por la noche), sumiendo la sala en la penumbra. Había relativamente poca gente en la sala y muy pocos civiles. Los civiles que se encontraban en la estación no mostraban ninguna de las exaltaciones que suelen asociarse a los viajeros. Permanecían en silencio y caminaban como de mala gana. Una fila de porteros de la estación se alineaba en la pared cercana a la puerta principal. Sus rostros eran delgados y tristes, y permanecían en silencio como si asistieran a un funeral. En las paredes, los carteles de guerra gritaban su mensaje, ilustrados con dibujos “pacíficos” de enormes soldados prusianos con grandes botas, caminando a grandes zancadas sobre casas y pueblos soleados, decorados con esvásticas y esvásticas de nuevo, que brotaban bajo sus pies... Un mensaje pacífico del mundo luminoso que el soldado prusiano del casco de acero con la esvástica ofrecía a su pueblo. Y, sin embargo, esas mismas imágenes evocaban en mi mente adormecida e “irreal” el espectáculo de las ruinas a las que ese soldado prusiano había reducido las ciudades de mi país. Y en mi imaginación veía esas mismas imágenes de escombros y desolación en todas partes, en todo el mundo, en todos los lugares donde el soldado prusiano golpeaba con sus botas. En todas las paredes, los carteles seguían

asaltándome, todos coronados por la siguiente inscripción en letras gigantes: *¡Warnung!* Advertían a los lectores que pudieran tener la tentación de hablar, aconsejándoles que estuvieran atentos para frustrar las maniobras de los espías; un sinfín de instrucciones indicaban el comportamiento que había que adoptar en caso de ataque aéreo.

Los pasajeros del tren en el que había llegado a Berlín ya se habían dispersado. La estación casi se había vaciado y sólo circulaban grupos de soldados con sus equipos. Me lanzaban miradas intrigadas. Tras echar un vistazo a mi alrededor, pronto me di cuenta por mí mismo de la impresión que tenía que dar a los demás. Me vi allí de pie, con una maleta en cada mano, vistiendo un abrigo de invierno gris con cuello de piel amarillo; imaginé el aspecto que debía de tener mi cara de agotamiento y falta de sueño, y de repente me di cuenta de que no podía estar así, que no me parecía a ninguna de las personas que me rodeaban aquí, por lo que mi aspecto estaba destinado a atraer la atención general. Una vez más, tuve una idea clara del peligro que corría. Haciendo acopio de mi fuerza de voluntad, me sacudí el cansancio y me puse en alerta. Al girar la cabeza, me doy cuenta instintivamente de que en un rincón del vestíbulo, entre los gigantescos tableros que muestran los horarios de los trenes, hay un individuo vestido de paisano que, mientras finge estar absorto en la lectura de los horarios de los trenes, me mira fijamente.

Me puse la cabeza en seguida y me dirigí con confianza a la oficina de información. Allí pregunté, en el mejor alemán que pude, cuándo salía el primer tren a Hannover. Un alemán de cierta edad, vestido de uniforme, pero con cara amable, me contestó que tendría que esperar hasta la noche. En un descuido, como si le preguntara por

curiosidad, cuando ya me había dado la vuelta y pretendía marcharme, le pregunté si ese tren iba directo a Bentheim (la última estación alemana antes de la frontera holandesa) y me informó de que no era así: el tren en cuestión ni siquiera iba directo a Hannover y tendría que hacer transbordo en algún lugar por el camino.

Adoptando un aire relajado, me dirigí a la consigna donde deposité mis dos maletas. Despreocupado por el peso de mi equipaje, miré a mi alrededor con fingida bonhomía. Apenas había dado unos pasos, me di cuenta de que la persona vestida de paisano había ido a la consigna, echando un vistazo a mis maletas mientras charlaba con el empleado que había pegado etiquetas en mi equipaje.

Me di cuenta de que en el mismo momento en que daba mis primeros pasos en el *Reich* alemán, podía quedar atrapado. Mis nervios se tensaron como las cuerdas de un instrumento musical. Sentía que no podía dar un paso o arriesgarme a hacer algo sin pensarlo antes. Después de poner estudiadamente una cara adecuada, caminé a paso ligero hasta el quiosco. Compré un paquete de cigarrillos y empecé a estudiar los periódicos. Con un gesto tranquilo, saqué un “*Völkischer Beobachter*”. Un soldado alemán que también acababa de comprar cigarrillos leía el periódico por encima de mi hombro. Señalando un titular descarado sobre barcos británicos hundidos, dijo fraternalmente:

- “*Bueno, eso se lo merecen los ingleses...*”

Y en el mismo tono, le contesté:

- “*Sí, tienen lo que se merecen...*”

Y los dos sonreímos, mirándonos a los ojos por un momento, como buenos “*Volksgenossen*” [*camaradas nacionales*].

Sentí que alguien a mi izquierda me miraba fijamente. Me di la vuelta y vi al mismo civil de antes. Ahora estaba de pie, aparentemente absorto contemplando las tarjetas de felicitación. En voz alta y sin pudor, le pregunté al soldado si se iba de permiso. Cuando me lo confirmó con evidente satisfacción, le pregunté también en qué dirección viajaba.

- „*¿Vielleicht fahren wir zusammen, Kamerad?*“
[*¿Tal vez viajamos juntos, camarada?*]

- No. Desafortunadamente, él estaba en otro destino. “*Schade*” [*Lástima*]. Y saqué un cigarrillo del paquete que acababa de comprar. El civil a mi izquierda acababa de prender una cerilla para encender su cigarrillo. Me volví hacia él y le dije confidencialmente: “*¿Sería tan amable? Hoy en día hay que ser endiabladamente aborrador*”. Vi algo parecido a una sonrisa en sus ojos penetrantes y me ofreció cortésmente fuego. Mientras chupaba con el cigarrillo la llama de la cerilla que tenía en la mano, me preguntó despreocupadamente: “*¿Va a algún destino lejano?*” – “*Oh, no muy lejos de aquí*”, respondí, despreocupado: - “*A Hannover*”. Aspiré el humo del cigarrillo y añadí con una mirada cómplice: “*Obligaciones familiares*”.

Echó un rápido vistazo a mi grueso abrigo con cuello de piel y luego me interrogó, como si su pregunta no tuviera ninguna intención concreta:

“*¿Probablemente vienes de las tierras frías?*”
- “*Ja, vom Osten*” - respondí, asintiendo hacia el este.
- “*¿Ost-Preussen?*” - añadió, dirigiéndome una mirada inquisitiva.

Asentí de forma equívoca, haciendo una señal que podía interpretarse tanto como asentimiento como negación. Luego me volví con calma hacia mis dos interlocutores:

- "*Grüß Gott, es hora de irse*".

- "*Heil Hitler!*", respondieron ambos, levantando los brazos.

Con un paso que intenté mantener medido, salí del vestíbulo de la estación. La calle de Berlín se fundió con el blanco de la nieve. Me sumergí en un frío luminoso. A lo lejos, un policía alemán de enorme tamaño y sorprendentemente gordo, de pie con su uniforme verde, me miró. Me quedé parado un momento, preguntándome qué camino debía tomar. Miré discretamente hacia la sala de espera para comprobar si el preocupante civil seguía pisándome los talones. Vi que había pasado la explanada de la estación con el soldado y se dirigía hacia el restaurante. Respiré con más libertad y empecé mi primer paseo por las calles nazis de Berlín. Me acosaban siniestros presentimientos y apenas podía creer que se produjera el milagro: que lograra escapar de aquel horrible país. Lo que me sucedió después resultó a veces incluso peor de lo que había temido, pero el milagro se produjo.

* * *

Paseaba por las calles de Berlín con la expresión bonachona de un hombre corriente de clase media. Pensando de nuevo en todos los detalles de mis planes, repasé el curso de mi peligrosa empresa desde el principio: se había hecho imposible permanecer más tiempo en Varsovia. Desde hacía varias semanas, la *Gestapo* jugaba conmigo al gato y al ratón. Ya no podía seguir con mis actividades y, debido a mi situación específica, me era imposible esconderme. Mi destino parecía pender de una espada de Damocles que estaba a punto de caer sobre mi cabeza en cualquier momento. Todos mis amigos intuían que estaba jugando con fuego, que mis días -mis horas tal vez- ya estaban contados... Me instaron a huir lo antes posible.

Pasé mucho tiempo planeando mi escapada. Habíamos ideado varios planes, algunos de ellos francamente fantásticos. Como puedes imaginar, habíamos preparado para mí el pasaporte de alguien que era turco de nacimiento, pero que se había nacionalizado argentino y cuya residencia permanente estaba en la dependencia holandesa de Curazao. El pasaporte había sido expedido por el consulado argentino en París. En el documento, las fechas de nacimiento habían sido magistralmente alteradas para que coincidieran con mis datos personales y se había colocado mi foto. El nombre era tan extraño y largo que ni siquiera lo recuerdo. Es posible que este pasaporte, que me habría librado de mi identidad judía y me habría convertido en argentino, me hubiera permitido abandonar tranquila y cómodamente los países bajo dominación nazi, pero rechazamos este plan: Un turco, que resultaba ser ciudadano argentino, que había vivido en París, cuya residencia permanente estaba en una isla holandesa y que no sabía hablar ni turco, ni español, ni holandés, ni siquiera francés: he aquí, pensé, un tipo de turco que sería, como mínimo, un turco sospechoso. No quería correr ese riesgo “turco”. También había razones morales por las que no podía salir de Polonia con una identidad falsa: por una razón muy concreta, al hacerlo, era probable que pusiera en peligro a docenas, quizá incluso cientos, de personas. Así que decidí no marcharme hasta haber conseguido crear siquiera una apariencia de legalidad para mi viaje, es decir, salir de Polonia con mi propia identidad para que en alguna oficina alemana quedara constancia de que había abandonado el país legalmente. No era fácil organizar algo así. Incluso parecía imposible. Sabíamos que la corrupción reinaba en los servicios de ocupación alemanes en Varsovia y que incluso era posible conseguir muchas cosas de ciertos funcionarios de la *Gestapo*: por dinero en efectivo. Pero había que tener los

contactos necesarios para acceder a ellos. Y eso es exactamente lo que nosotros no teníamos.

Con el reducido número de camaradas que estaban al corriente de todo el asunto relativo a mi huida, consideramos diversos planes. Sopesamos y examinamos las posibilidades que ofrecía cada plan y los rechazamos uno tras otro. Incluso urdimos el extraño plan de fingir formalmente mi muerte. Como en Varsovia había muchos muertos en aquella época, se habría enterrado a un tercero con mi identidad, luego se habría organizado un funeral para “mí” y mi “muerte” se habría inscrito en todos los registros pertinentes. Entonces habría podido huir del país, con la conciencia tranquila, bajo una identidad falsa. Al principio, me gustó este plan e incluso empezamos a organizar los preparativos para llevar a cabo este improbable proyecto. Pero más tarde me pareció demasiado surrealista y demasiado “bueno” para ponerlo realmente en práctica. Demasiada gente nos conocía y habría bastado con que alguien me reconociera en algún lugar después de mi “funeral” para que se difundiera la sensacional noticia de que el difunto andaba por ahí en perfecto estado de salud, noticia que habría sido comunicada a la *Gestapo*, con el resultado de que este “excelente plan” habría conducido no sólo a mi propia muerte, sino posiblemente también a la de otros. Por eso rechazamos este plan y pasamos mucho tiempo intentando conseguir nuestro objetivo por otros medios.

Mientras tanto, las semanas pasaban preocupadas y doloridas, mientras yo temía a cada momento -de día y de noche- los violentos golpes en la puerta que anunciaban la llegada de los hombres de los casquetes, dispuestos a apoderarse de mi cuerpo y de mi alma, y cuya sola visión bastaba para helarme la sangre en las arterias.

Durante esos días, Mania, mi valerosa esposa, y Artur, nuestro hijo de 9 años, hicieron todo lo posible para facilitarme la vida. Cada mañana salía de casa para realizar tareas que no hacían sino intensificar el peligro mortal al que estaba expuesto (39). Mania siempre me acompañaba hasta la puerta con una sonrisa alentadora. Pero esta muestra de valentía quedaba desmentida por la mirada extrañamente impotente de sus ojos y la voz atonal con la que murmuraba, en un tono apenas audible:

- *“Ten cuidado...”*

Y Artek, que estaba tumbado en la cama con la manta subida hasta la barbilla, disfrutando del aliento caliente que salía de su boca en la habitación sin calefacción, solía mirarme largamente con sus ojos grandes e inteligentes antes de irme:

- *“Papá, no vuelvas tarde a casa. Papá, es tan triste...”*

Ninguno de los dos me preguntó adónde iba. Mania, porque conocía nuestro negocio, y Artek porque le había advertido desde el principio:

- *“Hoy en día, no se puede pedir nada y no se puede contestar a nadie. ¿Lo entiendes, hijo?”*

Y desde su rostro pequeño, pálido, antinaturalmente serio, que enmarcaba sus grandes ojos, que parecían enormes, murmuró:

- *“Sí, papá, entiendo...”*

Él cumplió su promesa con la mayor seriedad, orgullo y lealtad. Se sintió plenamente implicado en el trágico juego de los adultos.

Cuando llegaba a casa por la noche, abriendo la puerta unos instantes antes del toque de queda, Mania dejaba caer de sus manos la camisa que estaba remendando a la luz claroscuro de la vela de

sebo, y yo notaba una especie de alivio en su rostro mientras una especie de flojera relajaba su cuerpo, todo rígido por la ansiedad y la expectación. Parecían moribundos privados de fuerzas mientras respondían a mi beso, forzando una sonrisa apenas perceptible en sus lívidos labios. Artek dejó caer el libro en el que había estado inmerso, con la cabeza inclinada casi hasta la vela que iluminaba la mesa, y, bailando a mi alrededor, me agarró las manos heladas:

- *“Ah, papá, por fin estás aquí, hoy jugaremos a un juego nuevo, ¿no?”*

Y, con todo su pequeño cuerpo nervioso, respiró alegría.

Por lo general, me calentaba un poco más tarde aferrándome a un vaso de té pálido y comiendo la comida que Mania había conseguido mediante algún truco de prestidigitación. Luego escuchaba su informe del día. En voz baja y alusiva, para que el pequeño no nos entendiera, me dijo quiénes de mis amigos habían estado allí hoy y qué habían entregado. Luego me indicó dónde había guardado lo que mis amigos me habían traído.

Mientras tanto, Artek parecía absorto en lo que hacía: era como si no oyera ni entendiera nada. Pero a menudo me sorprendía la mirada escrutadora de sus ojos brillantes cuando nos miraba de vez en cuando. Y luego, un poco avergonzado, bajaba los ojos cada vez que me encontraba con su mirada, como si le hubieran pillado in fraganti cometiendo una fechoría... Más tarde, cumpliendo escrupulosamente nuestro acuerdo, se tumbaba en la cama con la cara vuelta hacia la pared y se hacía el dormido mientras yo seguía trabajando varias horas en mi mesa. Sabía que escuchaba con todo su ser el susurro de los papeles que yo manejaba y el crujido de la pluma que sostenía en la mano para escribir y que, al igual que su madre, permanecía inmóvil, conteniendo la respiración y aguzando

el oído: ¿no oímos llamar a la puerta? ¿No iban a venir a detenerme en medio de mi trabajo clandestino?

Y así un día se alargaba y alargaba. Todos los días la *Gestapo* arrestaba a docenas de personas, incluidos muchos de mis amigos. Es más, cada día algún otro de mis amigos era citado en la oficina de la *Gestapo* “para charlar”. Y casi nadie volvía a casa después de tal “discusión”. Hoy puedo ver en mi imaginación los rostros de muchísimos amigos y camaradas que fueron arrestados durante aquellos días, ya fuera en sus casas o durante tales “conferencias”. Algunos de ellos hacía tiempo que habían renunciado al fantasma, martirizados por las sofisticadas torturas de la *Gestapo*.

Durante este periodo, yo mismo me encontraba en una pendiente resbaladiza. Cada día alguien me seguía paso a paso. A menudo reconocía a la persona que me había seguido el día anterior o el anterior. A veces era alguien vestido como un campesino polaco; en ocasiones era una persona vestida como un habitante normal de la ciudad, o incluso disfrazada de callejero. “¿Qué clase de juego estamos jugando aquí?”, me preguntaba. ¿Por qué no me cogen sin más? Ya me habían dicho hace tiempo que me convocarían a una “discusión”. Entonces, ¿a qué estaban esperando? Mis camaradas y yo supusimos que, antes de detenerme, querían que les pusiera sobre la pista de toda la organización, el grupo clandestino que intentaban descubrir y del que culpaban a la población judía. Exigieron que el “*Judenrat*” entregara a los líderes de las organizaciones patrióticas polacas clandestinas.

En la calle, me pasaba horas haciendo maniobras destinadas a perder a la persona indeseable que me seguía, antes de dirigirme a las personas que necesitaba ver. A menudo perdía todo el día

porque no conseguía alejarme de la persona que me había seguido y asegurarme de que me perdía de vista. A menudo no respondía al saludo de un amigo en la calle para no levantar sospechas. Era una vida extraña, con la insoportable sensación de ser un condenado al que sólo se le permitía correr libre para divertirse. Pero ¿por cuánto tiempo? El condenado no sabe cuándo rodará su cabeza: ¿en cinco minutos, en dos horas o al día siguiente? Vivir en esas condiciones crea un tipo de sufrimiento muy especial. A menudo pensaba que mis nervios iban a ceder, que no soportarían seguir así, y tenía que reprimir con todas mis fuerzas el deseo de lanzarme contra los que me seguían o de exigirles que pusieran fin a sus travesuras. Que me detengan, que hagan conmigo lo que quieran, pero que dejen de perseguirme.

Pero aún peor era el temor constante de que yo condujera involuntariamente a los espías a las direcciones que buscaban y que causara daño a camaradas a los que me sentía cercano o incluso a desconocidos, o incluso a personas inocentes. Tenía la impresión de que era absolutamente prudente, de que era completamente indetectable cuando iba a casa de alguien. Sin embargo, un día ocurrió un incidente que echó por tierra mi certeza: había ido a ver a mi camarada el Dr. B. que, aunque militaba activamente en el Partido Socialista Polaco, no era una de las figuras que salían a la luz y que resultaba muy familiar al gran público. Durante la defensa de Varsovia no había desempeñado ningún papel público y en la actualidad sólo mantenía una relación muy distante con nuestro trabajo clandestino. Por eso esperaba -¿quién sabe? - “sobrevivir” como ciudadano legal y ajeno a la vida política. Con nuestra ayuda, se había organizado para aparecer como uno de los dirigentes de la institución oficial de asistencia social que se encargaba de buscar

alojamiento a los miles de desgraciados que se habían quedado sin hogar a causa de la mortífera *Blitzkrieg* y de las deportaciones no menos mortíferas que los alemanes llevaban a cabo sin cesar. Las actividades de la institución se desarrollaban a plena luz del día. Cientos de personas se encontraban en la institución todo el tiempo, esperando que se les diera refugio. Por eso utilizábamos al Dr. B. como punto de contacto en casos especiales. De hecho, era muy sencillo simplemente ocupar un lugar en la cola formada por las personas sin hogar, para que él nos transmitiera cualquier información o instrucción que un tercero le hubiera comunicado previamente de la misma manera.

En aquel momento, quería transmitir a mis camaradas una información importante a través de él. Tras haber tomado previamente las precauciones habituales, me dirigí a la institución, donde ocupé mi lugar en la cola. Se fijó en mí y me invitó a pasar a su despacho. Con el pretexto de rellenar una solicitud de vivienda, hablamos durante diez minutos sobre los temas que teníamos que tratar. Se suponía que al día siguiente me daría la respuesta que yo esperaba de mis compañeros. Pero al día siguiente no se presentó a trabajar. La *Gestapo* lo detuvo al amanecer y hasta hoy no sabemos dónde están sus huesos (40).

Naturalmente, podía consolarme con la idea de que esta detención podía tener otras causas y nada que ver con la visita que le había hecho. Al fin y al cabo, había estado en su casa de forma similar en varias ocasiones anteriores. Pero el hecho de que no pudiera estar seguro en absoluto de que no le hubieran detenido por mi culpa me quitó la poca tranquilidad que me quedaba. Ya no sentía ninguna emoción en el juego del gato y el ratón que jugaban conmigo los soplones que me seguían por las calles; y ya no obtenía la

satisfacción de frustrar su sombra que solía obtener: porque ahora ya no tenía la certeza de que realmente estaba consiguiendo engañarlos. El mundo asfixiante en el que me encontraba me parecía aún más asfixiante. Era como si hubiera llevado una soga al cuello, apretándola cada vez más. Y ahora, con todas las sospechas en mi mente, deseaba cada vez más escapar de esta situación. Todo me gritaba: *“¡Vete, vete lo antes posible, antes de que te estrangulen definitivamente!”* Ahora sentía, como por instinto, que se acercaba el momento crítico en que la trampilla en la que me encontraba iba a cerrarse sobre mí.

Fue precisamente en ese momento cuando conseguimos establecer el contacto que tanto tiempo llevábamos deseando con los funcionarios corruptos de la *Gestapo*: a cambio de cierta suma de dinero, unos polacos influyentes se comprometieron a obtener de la *Gestapo* un permiso para salir del país, redactado a mi nombre. El procedimiento era el siguiente: el funcionario comprado debía entregar para su firma el documento que llevaba mi nombre, junto con un fajo de documentos perfectamente normales. Especulábamos que el funcionario superior firmaría automáticamente. Por eso corría cierto riesgo: que el alto funcionario se diera cuenta de la maniobra y empezara a hacer preguntas sobre la persona en cuyo favor se le pedía que expidiera un permiso de salida del país, o que exigiera que se presentara la solicitud y el expediente de la persona en cuestión. Los que se encargaron de organizar este caso me habían llamado la atención sobre este peligro y me preguntaron si estaba dispuesto a correr el riesgo. Asumí el riesgo y la estrategia funcionó: obtuve el documento.

Al mismo tiempo, también había un judío holandés que estaba en contacto con el consulado holandés y que, con cautela, intentaba ganar algo de dinero a través de esta conexión, haciendo que se expidieran visados holandeses a determinadas personas. Gracias a este judío, entré en contacto con un periodista holandés que había venido a estudiar la situación en Varsovia, así como con el cónsul holandés. El cónsul me prometió un visado. Este visado no ofrecía la menor certeza de que realmente se me permitiera pisar suelo holandés. Sabíamos que los gobiernos extranjeros habían adoptado ahora una actitud extremadamente estricta y cautelosa respecto a la admisión de extranjeros en sus países, y que un auténtico visado holandés tenía que estar amparado por la confirmación previa del gobierno de La Haya. Sin embargo, este visado me ofrecía una cierta oportunidad y esta oportunidad era mi única salvación porque, de todos modos, no tenía otra alternativa.

Tenía un pasaporte antiguo que había caducado hacía mucho tiempo. Falsificarlo escribiendo una prórroga en la página correspondiente no fue especialmente difícil a ojos de los especialistas en la materia. El pasaporte también tenía un visado neerlandés.

Ideamos un plan que era el más sencillo y peligroso de todos: viajaría con mi propio nombre a través de la Alemania de Hitler para intentar llegar a Europa Occidental. No me quedaba otra opción. A pesar de los peligros de la empresa, calculamos que, con un poco de suerte, el proyecto podría tener éxito: contábamos con el caos reinante en los servicios de ocupación alemanes y esta especulación resultó ser fundada. Predijimos que mientras la *Gestapo* me buscaría en Varsovia, en Berlín no sabrían que me buscaban. Y esta predicción también se cumplió.

Además, ¿qué tenía que temer realmente? Que me detuvieran en Varsovia o en Berlín era lo mismo. Pero mientras que en Varsovia mi detención parecía inevitable, el viaje aún me ofrecía alguna posibilidad de salvación.

Todos los preparativos del proyecto habían concluido. A pesar de las peores dificultades, todos los trámites habían concluido. Ahora no tenía tiempo para pensar ni darle vueltas. Era el momento de actuar.

La víspera, mis compañeros más cercanos -que conocían todo el proyecto- se despidieron de mí de una manera conmovedora y cálida: estábamos reunidos en una habitación cerrada con llave. Las ventanas estaban ocultas por cortinas para que ninguna mirada indeseada nos descubriera. El primer compañero sacó una botella de alcohol del bolsillo, el segundo desenrolló un paquete que envolvía un arenque. Un tercero -el propietario del piso en el que nos alojábamos- nos sorprendió con una comida cocinada que había preparado. Era el plato más sencillo, pero para nosotros, en plena Varsovia hitleriana, parecía comida de lujo, digna de una mesa real. El ambiente era alegre, como si estuviéramos en una auténtica tertulia bundista, aunque bajamos la voz para que no nos oyeran desde fuera. Un extraño que nos hubiera visto en ese momento se habría convencido de que éramos una compañía despreocupada y feliz. Nada hacía pensar que fuéramos personas amenazadas por todas partes por aquellos perros de la *Gestapo*, personas que arriesgaban su vida cada día y se exponían a un peligro mortal todos los días.

Al hacerlo, no olvidamos repasar por última vez todos los detalles del trabajo a realizar, la lucha a librar in situ y todas las tareas que

mis camaradas me confiaban -si tenía la suerte de salir ileso- para llevar a cabo “allá”, en el mundo libre representado con fantásticos colores.

El casero, una de las personas más audaces que conozco (41), me abrazó y, mirándome a los ojos con afecto fraternal, me dijo:

- *“Así que mañana al amanecer partirás. Eres un hombre afortunado. Estoy seguro de que tendrás éxito en tu empeño... Pero recuerda, no nos olvidas...”*

Al amanecer del día siguiente, mientras hacía las maletas, no dejaba de pensar en aquellos últimos adioses con mis camaradas más cercanos: ¿volvería a verlos alguna vez? ¿Los volvería a ver? ¿Llegaría alguna vez a esa otra parte del mundo, todavía libre, e informaría de su obstinado heroísmo, de su devoción silenciosa pero infinita? Una a una, recordé las siluetas de cada uno de aquellos queridos y entrañables amigos con los que había trabajado y luchado durante décadas.

El amanecer era gris e invernal. Mania y yo íbamos a toda prisa por el estrecho y oscuro dormitorio. No habíamos encendido ninguna luz por miedo a llamar la atención de los vecinos y para no despertar a nuestro hijo, que estaba tumbado en la cama. Sólo se filtraba un hilillo de luz por la ventana, así que todo se nos escapaba de las manos. Mania trató de mantener la calma e incluso encontró fuerzas suficientes para esbozar una sonrisa que la hacía parecer despreocupada. Intentaba calmarme y Dios sabe lo que le costó ese esfuerzo. Pero incluso en la penumbra podía ver la expresión de sus ojos: y anulaba todos sus esfuerzos, contradecía la sonrisa y la afectación despreocupada. Cada vez que le daba la espalda, sentía que interrumpía lo que estaba haciendo y se quedaba absolutamente quieta. Estaba seguro de que se quedaba allí, sin moverse, soportando su sufrimiento en silencio. Me contuve para no

”sorprenderla”, congelada en ese dolor silencioso. Pero entonces me di la vuelta y vi a Mania de pie, con el rostro inexpresivo, como petrificada, los dedos entrelazados agarrándose el pecho, mirándome con los ojos muy abiertos, como si quisiera absorber todos mis movimientos. Su mirada me impactó: expresaba un dolor infinito y un terror demencial. Cuando se dio cuenta de que la miraba, lanzó un grito silencioso de espanto y enseguida reanudó su orden con la misma calma de antes. Tratando de ocultar sus sentimientos, comenzó a sermonearme en un tono racional e impersonal:

- *“No te quedes ahí mirándome... ¿Crees que tienes tiempo para quedarte ahí como una estatua? Pronto iremos a por ti...”*

Esta vez, sin embargo, no pudo controlar su voz ronca y llena de lágrimas. Oímos unos suaves golpes en la puerta. Era la señal acordada con el camarada polaco que debía llevarme a la frontera del *Gobierno General* (de los territorios polacos ocupados). Abrimos la puerta en silencio. Nos susurró que la calle estaba “despejada” y que ninguno de los sabuesos del enemigo estaba cerca de la puerta.

Notas

1. También se utiliza la grafía Zygelbojm. Sin embargo, la grafía que figura en el membrete londinense del dirigente bundista es *Zygielbojm*. Quisiera dar las gracias al Sr. Leo Greenbaum, archivero del YIVO (Nueva York), que amablemente me facilitó diversos documentos de la colección Zygielbojm de los archivos *del Bund*.

2. Para esta información me remito principalmente al prefacio de Sh. Hertz al volumen conmemorativo titulado *Zygielbojm-Bukh* publicado

por *Unzer Tsayt*, Nueva York 1948 (págs. 11-40) y al artículo bajo el título Zygielbojm en el *Leksikon fun der nayer yidisher literatur*, vol. III, Nueva York 1960. Se pueden encontrar más detalles en Aviva Ravel, *Faithful unto Death*, Montreal 1980, una biografía de Zygielbojm que contiene amplios extractos de sus escritos y que he podido consultar gracias a la amabilidad de Henri Minczeles.

3. *Jéider*: escuela judía tradicional de Europa del Este.

4. Véase Bernard K. Johnpoll, *The Politics of Futility*, Ithaca 1967, pp. 227-228.

5. Cf. Hertz, *loc. cit.*

6. Zygmunt Hering: suegro del líder comunista polaco Walecki y cuñado del activista comunista Jerzy Hering.

7. Bernard Goldstein, *Cinq années dans le ghetto de Varsovie* (Bruselas 1962) y “Wladka” (F. Peltel-Miedzyrzech, *Fun bayde zaytn geto-moyer* (Nueva York 1948)). Pero podríamos citar muchos otros testimonios bundistas similares. Por ejemplo, los recuerdos de “Marissa” (Bronka Faynmesser) en el número especial de *Unzer Tsayt* conmemorativo del trigésimo aniversario del partido (nº 3-4 de 1947, pp. 139-141).

8. Este estudio, cuyo manuscrito completo está depositado en los archivos *del Bund* en el YIVO, fue publicado en parte en el vol. IV (Nueva York 1972) del *Geshikhte fun Bund* (pp. 197-217). Un resumen de estos capítulos apareció en el vol. III de la serie *Yidn de la Algemayne Entsiklopedye* publicada por el Fondo Dubnov (Nueva York 1942, col. 673-687), lo que es prueba suficiente de su calidad. El mismo resumen se reimprimió en el *Zygielbojm-Bukh* (pp. 85-103).

9. Los dos capítulos siguientes forman parte del relato de primera mano de *Zygielbojm* sobre la ocupación nazi de Varsovia, publicado como folletín en el diario yiddish neoyorquino *Forverts*, y se han reproducido en las pp. 116-136 de *Zygielbojm-Bukh* (aunque el primero apareció allí bajo el título “*Der onhayb*”, *El comienzo*).

10. *Kehilá (h)* (plural: *kehillot*): nombre de la organización de la comunidad judía local cuyo principal objetivo era satisfacer las necesidades religiosas de la comunidad. Al principio, el *Bund* participó en las elecciones de *kehillot*, pero el partido decidió en 1931 retirarse de este campo de actividad tras un debate interno en el que Zygielbojm desempeñó un papel importante (cf. Johnpoll, *op. cit.*, pp. 178-180).

11. Este es el tratado de capitulación que sella la rendición de la capital polaca (28 de septiembre de 1939).

12. Esta distribución de alimentos fue planificada por una organización nazi, la *Nazional-Sozialistische Wohlfahrt* (véase Israel Gutman, *The Jews of Warsaw, 1939-1943*, Bloomington-Indianapolis 1989, p. 8).

13. Se trata del Centro Metropolitano de Bienestar Mutuo (*Stoleczny Komitet Samopomocy Społecznej*), conocido por sus siglas SKSS.

14. *Endeks*: Partidarios del Partido Nacional Democrático (ND), el partido más antiguo de la derecha polaca, fundado en 1897. Durante la segunda mitad de los años 30, este partido endureció su antisemitismo tradicional y adoptó las teorías raciales nazis. *Ozon*: nombre de un partido político gubernamental con un programa fascista (el Campo de Unión Nacional, abreviado OZN), dirigido por Adam Koc, cuya línea antisemita se intensificó durante su colaboración con la ONR-Falange, un movimiento aún más radical en su adhesión al fascismo, cuyo líder era Bolesław Piasecki (cf. Pawel Korzec, *Juifs en Pologne*, París 1980, pp. 32, 36-39, 243-248 y 258-259).

15. Stefan Starzynski, alcalde de Varsovia durante la invasión nazi. Es razonable preguntarse si Zygielbojm no estaba embelleciendo su papel: Starzynski, de hecho, se negó a admitir judíos en la dirección de la Guardia Civil, un cuerpo de policía sustituto creado en la capital polaca en el momento en que los alemanes estaban a las puertas de Varsovia (véase Gutman, *op. cit.*, p. 6 y las fuentes citadas por este autor, así como *Journal de Czerniakow* en *Les Temps Modernes*, mayo de 1992, p. 5 con la fecha del 15 de septiembre de 1939).

16. *Judenrat* (plur.: *Judenräte*): institución judía cuya creación fue ordenada por los nazis en cada comunidad judía de Polonia (carta de Heydrich de 21 de septiembre de 1939 a los jefes de *los Einsatzgruppen* sobre “el problema judío en las zonas ocupadas”, cuyo contenido fue precisado por las instrucciones de Frank relativas a los *Judenräte* de 28 de noviembre de 1939). Los *Judenräte* debían actuar como canal de comunicación entre la autoridad ocupante y la población judía. Pero aunque los *Judenräte* se crearon para comunicar las órdenes alemanas a través de sus líderes, no obstante representaban -al menos inicialmente- la perpetuación de la autoadministración de las *kehillot* anterior a la guerra bajo un nuevo nombre. Es esencial tener en cuenta esta doble naturaleza inicial de los *Judenräte*, estructuras tradicionales rebautizadas y gradualmente instrumentalizadas por los nazis, antes de emitir un juicio sobre su controvertido papel (cf. Gutman, *op. cit.*, pp. 14-15 y 36-39).

17. Maurycy Mayzel (1872-1940), presidente de la *Kehilá* de Varsovia, huyó de la ciudad durante el asedio.

18. Adam Czerniakow (1880-1942), ingeniero, director de la Escuela Técnica Profesional, sucedió a Mayzel como presidente de la *Kehilá*. Se suicidó cuando comenzó la gran “*Aktion*” el 22 de julio de 1942, porque se negó a participar en la deportación de la población judía.

19. Gerhardt Mende, adjunto del *Hauptsturmführer* Karl Georg Brandt de la sección judía de la *Gestapo* (Dept. IV-B) en Varsovia, desempeñó un papel clave en la liquidación de los judíos de Varsovia.

20. La obligación de realizar el censo y los problemas causados por los costes de su elaboración son mencionados varias veces por Czerniakow en su *Diario* (los días 12, 14, 16, 21 y 30 de octubre y 2 y 20 de noviembre).

21. Este éxodo masivo y espontáneo -descrito en particular por Landau y Czerniakow (para este último, véase su *Diario*, especialmente las fechas del 5 y 7 de septiembre de 1939)- implicó tanto a la población

judía como a la no judía. Aquellos que se habían distinguido en el pasado en la lucha contra el nazismo tenían, obviamente, motivos para temer lo que los alemanes pudieran hacerles. Y. Trunk describe su viaje nocturno -cargado con el equipaje apresuradamente reunido- a través de una Varsovia fantasmal e irreal, sumida en una oscuridad total porque todas las luces habían sido apagadas, huyendo de la ciudad por consejo de Henryk Erlich, que le había telefoneado el primer día de las hostilidades para instarle a buscar refugio en su calidad de presidente del Yiddish Pen-Club (en *Poyln*, vol. 7, Nueva York 1953, p. 266).

22. Más de 7.000 personas, en su mayoría judíos, se habían registrado ante las autoridades alemanas en Lwow en mayo de 1940 para ser repatriados a la zona de Polonia ocupada por los nazis, una iniciativa que revela tanto la magnitud del sufrimiento padecido bajo el régimen de ocupación estalinista como la ignorancia de los planes genocidas de los nazis (cf. Jan T. Gross, *Revolution from Abroad*, Princeton 1988, pp. 202-207).

23. Nacido en una familia de judíos conversos al cristianismo, Andrzej Kott era el jefe del “destacamento de combate” del movimiento de resistencia PLAN, del que también fue fundador. No tenía ningún vínculo con la comunidad judía. Tras su detención por los alemanes, Kott logró escapar (cf. Gutman, *op. cit.*, p. 33).

24. Otros cronistas y diaristas del gueto mencionan el “asunto Kott” (cf. Gutman, *op. cit.*, p. 33). Sin embargo, a diferencia de Zygielbojm, Landau y Ringelblum, Czerniakow no menciona que los alemanes culparan al *Judenrat* de su captura. Landau, por su parte, también menciona el cartel alemán en sus notas del 20 de junio.

25. Sobre estos acontecimientos, véase el diario de Czerniakow del 4 de noviembre de 1939 (*op. cit.*, p. 21).

26. Era el General von Neuman-Neurode, el comandante alemán del lugar.

27. En este caso, el *Judenrat* había conseguido, no sin peligro, enfrentar a la *Wehrmacht* con las SS. Sobre las tensiones entre estos dos componentes del aparato estatal del Tercer *Reich* al comienzo de la ocupación, véase Gutman (*op. cit.*, pp. 12 y 48-49).

28. Chaïm (Henryk) Szoszk(i)es, conocido periodista. Consiguió salir de Polonia en 1940 con destino a Estados Unidos, donde publicó *Bleter fun a geto-togbukh* (Nueva York, 1944).

29. Dr. Rudolf Batz, *Standartenführer-SS*.

30. En su *Diario*, Czerniakow (*op. cit.*, pp. 22 y ss.) informa de que cientos de personas acudieron a su casa el 5 de noviembre de 1939, que al día siguiente se reunieron “*multitudes*” (¿en la sede del *Judenrat*?) y que la multitud irrumpió en su estudio el 7 de noviembre.

31. El decreto oficial por el que se anunciaba la creación del gueto de Varsovia estaba fechado el 2 de octubre de 1940 y se dio a conocer al público mediante anuncios emitidos por megafonía el 12 de octubre (con anterioridad, la zona de residencia de los judíos había sido descrita, ya en marzo de 1940, como una zona infestada de epidemias, *Seuchensperrgebiet*). El internamiento entró en vigor el 16 de noviembre de 1940, fecha en la que todas las salidas del gueto fueron bloqueadas definitivamente por guardias alemanes y polacos (Gutman, *op. cit.*, pp. 48-61).

32. El siguiente texto es una traducción de las páginas 198-219 y 231-246 del relato inacabado de Zygielbojm sobre su huida del gueto y su viaje a través de la Alemania nazi, tal y como se publicó en el *Zygielbojm-Bukh* con el título *Mayn opfor fun natsi-okupirtn Poyln* (Mi salida de la Polonia ocupada por los nazis), páginas 199-316. El manuscrito original de 161 páginas se conserva en el YIVO como parte del archivo *Bund* (documento ME-42, carpeta 34 de la colección Scherer). Extractos de este texto habían aparecido anteriormente en el volumen colectivo *Geto in flamen* (Nueva York 1944, pp. 140-155) bajo el título *Mayn rayze durkhn natsishn gehenum* (Mi viaje por el infierno

nazi).

33. El uso de un brazalete blanco de al menos 10 cm de ancho, con una estrella de David en relieve, se impuso a todos los judíos indiscriminadamente a partir de los 10 años de edad -sin incluir a los que se habían convertido al cristianismo- mediante una orden del Gobernador General Dr. Hans Frank fechada el 23 de noviembre de 1939. La medida entró en vigor el 1 de diciembre de 1939. En Varsovia, el gobernador, Dr. Ludwig Fischer, emitió posteriormente una orden similar, pero sólo obligaba a llevar el brazalete a los niños mayores de 12 años. La introducción de esta medida de marcado, que fue universalmente condenada por la intelectualidad polaca, condujo rápidamente a la segregación estructural de la minoría judía, incluso antes de que se estableciera el gueto (véase Gutman, *op. cit.*, pp. 29-31). Sin embargo, Gutman no menciona la imposición -¿generalizada? - de que los judíos de Varsovia tuvieran que llevar un triángulo amarillo en la espalda, otra medida humillante destinada a reducir a los judíos a la condición de parias. Esta práctica está atestiguada, por ejemplo, por el reportaje publicado en *L'Illustration* (París) el 24 de febrero de 1940 ("*La Pologne occupée sous la botte allemande*", pp. 198-199, fotografías nº 48.571 y 48.572). No creo que el uso del triángulo amarillo haya sido nunca objeto de un estudio detallado.

34. Por supuesto, sólo aquellos judíos que tenían "buena apariencia" (es decir, que no tenían el "tipo semítico") y que hablaban polaco sin rastro de acento podían plantearse sellar su identidad o, más tarde, refugiarse en el bando "ario". Sin embargo, los delatores a menudo conseguían detectar la identidad judía de un transeúnte basándose en indicios que provenían de la falta de confianza en sí mismo provocada por la angustia causada por una vida de bestia cazada (cf. el análisis de Michaël Borwicz en *Ariske papirn*, Buenos-Aires 1955, vol. I, Cap. V, pp. I, Cap. V, pp. 92-119).

35. Lodz, rebautizada *Litzmannstadt*, formaba parte de los territorios polacos anexionados por el *Reich*, a diferencia de los territorios que componían el “Gobierno General”.

36. Maciej Rataj, candidato fracasado a la presidencia de la Dieta en 1922, era dirigente del PIAST (*Polskie Stronnictwo Ludowe*, Derecha Campesina), un partido relativamente hostil a la población judía dirigido por Wincenty Witos que, como presidente del Gobierno, organizó una purga sistemática de funcionarios judíos (véase Daniel Tallet, *Histoire des Juifs en Pologne*, París 1992, p. 262). En 1931, junto con otros partidos, el PIAST creó el Partido Popular (SL). Cabe señalar que el Partido Popular se unió a la organización de ayuda a los judíos *Zegota* en la clandestinidad cuando se fundó en 1942.

37. *Kanarek*: literalmente “canario”, un pájaro que canta.

38. Estación de Silesia (*Schlesischer Bahnhof*). Es la actual *Ostbahnhof* de Berlín, situada en el sur de la capital alemana, cerca del río Spree, en Friedrichshain. Se inauguró en 1842 y entonces se llamaba *Frankfurter Bahnhof* porque servía de enlace con Fráncfort del Oder. El edificio descrito por Zygielbojm se construyó en 1867-1868 en lugar de la anterior estación de “Fráncfort”, y sufrió graves daños durante la Segunda Guerra Mundial.

39. Zygielbojm se había separado de su primera esposa, Golda Sperling, fabricante de guantes, con la que tuvo dos hijos: un varón, Yosef Layb, y una niña, Rifka. Manya (su apellido de soltera era Rosen), artista dramática, fue su segunda esposa y le dio un hijo, Artur (“Artek”) Tuvya. Sólo Yosef Layb, el hijo mayor de Zygielbojm, sobrevivió al Holocausto (Hertz, *op. cit.*, p. 17 y nota en la página 23).

40. El editor del *Zygielbojm-Bukh* precisa que el abogado al que se refiere es Stanislaw Benk(i)el, militante del Partido Socialista Polaco (PPS) detenido por los alemanes en enero de 1940 junto con unas 200 personas (entre ellas más de un centenar de intelectuales judíos) en “represalia” por la huida de A. Kott (véase la nota 23). Benkel aparece

citado varias veces en la crónica de Ionas Turkov, *C'était ainsi*, París 1995 (pp. 35, 63, 71 y 79).

41. El editor del *Zygielbojm-Bukh* nos informa de que el autor se refiere aquí a Bernard Goldstein, miembro del comité de Varsovia del *Bund*, así como del comité central clandestino del partido durante la ocupación. El propio Goldstein nos dejó un relato de su vida en el gueto de Varsovia (véase más arriba, nota 7). Como Zygielbojm escribió su relato poco después de su llegada a Occidente, podemos suponer que ocultó deliberadamente las identidades de sus camaradas en la Polonia ocupada por exceso de precaución.

Sobre Szmul Zygielbojm (II)

Revue d'Histoire de la Shoah 1997/1 N° 159

Ediciones Centre de Documentation Juive Contemporaine

- Cartas de Zygielbojm a la representación en los USA del Bund polaco
- Cartas de despedida de S. ZYGIELBOJM
- R. AINSZTEIN (Londres) - El suicidio de Szmul Zygielbojm visto bajo una nueva luz: Entrevista con Isaac Deutscher

Cartas de Zygielbojm a la representación en los USA del Bund polaco [1]

“Los alemanes lanzaron salvas de artillería e incendiaron sistemáticamente bloques de pisos, volándolos con explosivos o bombardeándolos. El gueto fue rodeado por gendarmes, incluidas las salidas de las alcantarillas. Los refugiados que huían del infierno del Gueto eran capturados y ejecutados en el acto. Mientras la Organización Judía de Combate, cuyos días de valor llegaban a su fin, seguía activa en el Gueto, los restos de las comunidades judías que aún quedaban en las provincias eran totalmente liquidados. El mundo de la libertad y la justicia permanece en silencio y no hace nada”.

(Extracto del último SOS enviado al extranjero por las organizaciones judías polacas el 11 de mayo de 1943) [\[2\]](#).

Sabemos que las noticias del metódico exterminio de los judíos europeos por los nazis -que comenzó en el verano de 1941- no habían tardado en filtrarse gradualmente a Occidente a través de diversos canales. A veces recibidas con incredulidad, o al menos con circunspección, estas informaciones se referían a masacres a

gran escala, pero no daban por sí mismas una idea precisa de la magnitud y la naturaleza de la aniquilación en curso, es decir, de su carácter genocida.

Es cierto que el domingo 24 de agosto de 1941, Radio Moscú transmitió -en tres idiomas- el discurso de David Bergelson que, con sorprendente precocidad, lanzó un grito de alarma a los judíos del mundo entero: *“Si, para todos los pueblos oprimidos, el hitlerismo es sinónimo de esclavitud, persecución y guerra, para nosotros, los judíos, significa el exterminio total”*. Pero la respuesta limitada a esta emisión, dirigida únicamente a la población judía e ignorada por la inmensa mayoría de sus destinatarios, y cuyo contenido los soviéticos se abstuvieron de transmitir en su prensa o sólo lo hicieron con extrema parsimonia en relación con los Aliados, explica sin duda por qué su impacto parece haberse limitado al movimiento comunista en la resistencia judía [3].

Es razonable suponer que, a más tardar a principios de la primavera de 1942, el gobierno polaco en Londres debía de disponer de información detallada sobre las masacres. Sin embargo, no hay garantías de que se percibiera la naturaleza genocida de estas atrocidades.

Por eso es tan importante el informe enviado por el *Bund* al gobierno polaco en Londres a principios de mayo de 1942. Fue un documento crucial sobre la *Shoah* en curso porque contenía un lúcido análisis y demostraba una perfecta comprensión del fenómeno. El informe comienza con la observación de que los alemanes *“emprendieron el exterminio físico de la población judía en suelo polaco”* (*“Niemcy przystąpili do fizycznego wytępienia ludności żydowskiej na terenach ziem polskich”*) [4]. Históricamente, este informe puede considerarse el primer análisis que revela la esencia de la

monstruosidad del genocidio en curso (véase más adelante, Apéndice 1). Es cierto que este documento había sido precedido por una larga exposición, también del Bund y fechada el 16 de marzo, sobre las masacres y gaseamientos a gran escala en Polonia occidental. Sin embargo, no se sabe cuándo llegó a su destino este primer análisis. Por tanto, fue el informe de mayo de 1942 el que reveló la aplicación sistemática del exterminio de los judíos.

Edward Raczynski, embajador polaco en Londres durante la guerra y ministro de Asuntos Exteriores del gobierno polaco en el exilio, confirma que éste fue un momento decisivo. Afirma explícitamente: *“Fue Szmul Zygielbojm el primero que me trajo la noticia de que había comenzado la masacre masiva de la población judía en Polonia. Al principio me negué a creerle, pues el crimen me parecía demasiado atroz para ser cierto. Sin embargo, pronto fue confirmado por otras fuentes”* [5]. No cabe duda de que la “noticia” a la que se refiere el ministro Raczynski es, efectivamente, el informe del Bund de mayo de 1942.

Este documento estimaba que 700.000 judíos ya habían sido asesinados en Polonia y describía el funcionamiento de las cámaras de gas móviles de Chelmno, al tiempo que predecía la inminente liquidación del gueto de Varsovia. La BBC emitió extractos de este documento el 2 de junio. Por su parte, el *Daily Telegraph* reprodujo el contenido en sus ediciones del 25 y 30 de junio. Sin embargo, la noticia no se difundió en Estados Unidos hasta agosto.

La importancia de esta información no pasó desapercibida para las autoridades polacas en Londres. Se debatió el 10 de junio en el Consejo Nacional Polaco -el órgano que sustituyó al parlamento en el exilio- y esta asamblea lanzó un llamamiento a todos los parlamentos aliados, sin mencionar por su nombre el exterminio de los judíos. En cuanto al gobierno polaco en Londres, envió una

nota sobre la amenaza de exterminio que se cernía sobre la judería europea a Anthony Drexel, embajador de Estados Unidos ante los gobiernos en el exilio en Londres [\[6\]](#).

El general Sikorski, primer ministro polaco [\[7\]](#), comunicó la noticia a los gobiernos aliados el 10 de junio de 1942 en un despacho en el que afirmaba que “*el exterminio de la población judía está adquiriendo proporciones inimaginables*”. Acababa de subrayar el día anterior, durante una emisión de la BBC, que la población judía polaca estaba condenada a la aniquilación, aunque parecía restar importancia a la información en la medida en que no sólo omitía toda mención a las cámaras de gas móviles de Chelmno, sino que sólo se refería a la masacre de “*decenas de miles*” de judíos [\[8\]](#). El Consejo Nacional Polaco repitió su comunicación a los gobiernos aliados el 8 de julio de 1942 [\[9\]](#). Al día siguiente, el viceprimer ministro polaco Mikolajczyk celebró una conferencia de prensa conjunta con el ministro británico de Información, Brendan Bracken, para transmitir información sobre el *exterminio* “*al por mayor*” de judíos polacos. Participaron Zygielbojm y Szwarcbart, Stronski y dos miembros del Consejo Nacional Polaco [\[10\]](#).

El propio Zygielbojm transmitió a la prensa el 25 de junio el documento del *Bund* en su totalidad. El otro representante judío en el Consejo Nacional Polaco - el Dr. Ignacy Szwarcbart - también se hizo eco de la información recibida. Sin embargo, temiendo que las cifras hubieran sido exageradas, expresó algunas reservas [\[11\]](#).

Desesperado, Zygielbojm escribió a Nowogrudzki (en Nueva York) el 13 de julio, preguntándole qué podía hacer en la práctica para alertar a la opinión mundial de la necesidad de una intervención concreta. Retomó este tema el 29 de ese mes de forma escueta pero extraordinariamente expresiva: “*Nuestras manos están*

petrificadas y nuestros corazones helados. ¿Qué podemos hacer?” [12]. Se encontró solo en Londres, donde intentó crear él mismo un círculo de simpatizantes del *Bund*. Hasta el 29 de enero de 1943 no se le unió Leon Olar. Mientras tanto, sin estructuras de apoyo ni siquiera un secretariado, tuvo que representar a su partido y garantizar la difusión de mensajes e instrucciones en un país que desconocía y cuyo idioma apenas hablaba.

Bajo el efecto acumulativo de estas medidas -pero quizá sobre todo a raíz de los artículos del *Daily Telegraph*- se produjo una sucesión de nuevas reacciones: Intervenciones radiofónicas de Arthur Greenwood, líder del grupo parlamentario laborista, y del cardenal Hinsley (incansable opositor al antisemitismo nazi incluso antes del estallido de la guerra), así como del primer ministro holandés, mientras Zygielbojm volvía a la carga. *The Times*, *Evening Standard*, *News Chronicle* y *Scotsman* informaron sobre la conferencia de prensa de Szwarcbart en el Congreso Judío Mundial el 29 de junio. Hay que decir, sin embargo, que estos breves ecos en los diarios apenas parecían estar a la altura del acontecimiento. Y cuando el Consejo Nacional Polaco renovó su grito de alarma el 8 de julio -como hemos visto- refiriéndose a planes concretos de exterminio de judíos y no judíos, fue recibido con educada indiferencia [13].

La concienciación pública tomó forma al otro lado del Atlántico con una movilización pública (*reunión en el Madison Square Garden el 21 de julio*) que fue mucho más allá de los círculos comunitarios habituales.

En una carta a un corresponsal no identificado fechada el 29 de julio - la gran “*Aktion*” para aniquilar a la población judía de Varsovia acababa de comenzar el 22 de julio - Zygielbojm informaba de “*noticias cada vez más monstruosas*” (“*wiedomosciami <...>*”

bardziej potworne”) procedentes de Polonia [14]. Dos días antes, Szwarcbart había sido informado por el ministro polaco del Interior, Mikołajczyk, del inicio de la deportación de los judíos de Varsovia [15]. Esta información fue enviada el mismo día -27 de julio- a la Agencia Telegráfica Judía. El *Manchester Guardian* le dio seguimiento al día siguiente.

En cualquier caso, está claro que Zygielbojm comprendía perfectamente la importancia de la información que había recibido: como afirmó en sus discursos del 22 de agosto y del 1 de septiembre, en Varsovia se estaba llevando a cabo el exterminio planificado de todo un pueblo [16]. Sin embargo, esta información precisa y documentada, procedente de fuentes fiables (las noticias enviadas al Bund y las recogidas por la Resistencia polaca se cotejaban con la información enviada por los puestos diplomáticos, obtenida de los funcionarios de la Cruz Roja o transmitida por las nunciaturas), chocó con la total incredulidad de los servicios británicos, convencidos de que se encontraban ante una burda maniobra de propaganda. En consecuencia, el gobierno polaco revisó deliberadamente a la baja sus estimaciones sobre la magnitud del proceso de aniquilación en curso, ya que había aprendido del carácter contraproducente de la información transmitida sobre el genocidio. Sin embargo, no había necesidad de exagerar: en noviembre de 1942 ya habían sido aniquilados unos 3 millones de judíos [17].

El 8 de agosto de 1942, Gerhardt Riegner, representante del Congreso Judío Mundial en Ginebra, envió un telegrama al rabino Stephen Wise en Nueva York, refiriéndose a un “*alarmante informe*” que acababa de recibir sobre el exterminio masivo. Sin embargo, el destinatario no se enteró hasta el 28 de ese mes [18], ya que las

autoridades usamericanas estaban haciendo todo lo posible por filtrar la información sobre el tema.

Cuando Zygielbojm repitió la cifra inicial de 700.000 judíos exterminados a sangre fría en Polonia durante una reunión celebrada el 2 de septiembre en Caxton Hall, junto a Herbert Morrison y Jan Masaryk [19] (para entonces, el número de muertos del Holocausto en Polonia ya había superado el millón y medio y el gueto de Varsovia había sido prácticamente liquidado), sus oyentes no encontraron creíbles sus palabras. Les daba la impresión de estar sobreexcitado y tendían a achacar sus “exageraciones” al exceso de trabajo [20].

El 2 de octubre, Zygielbojm recibió un radiograma en el que se anunciaba que 300.000 judíos de Varsovia habían sido exterminados y que el mismo destino aguardaba a los supervivientes. Casi dos meses después, un emisario de la Resistencia polaca, Jan Karski, llegó a Londres. Llevaba un mensaje de Leon Feiner (líder del Bund clandestino en el bando “ario”) y de un dirigente sionista (que podía ser Adolf Berman o Menachem Kirschenbaum). Estos portavoces del judaísmo polaco le dieron instrucciones para que instara a los líderes judíos del mundo libre a exigir medidas extraordinarias capaces de sacudir al mundo hasta sus cimientos, en vista de la continua empresa genocida. Según informó Zygielbojm, las palabras que Karski le transmitió en nombre del Bund clandestino fueron extremadamente duras: *“Berżowski me pidió que te transmitiera lo siguiente, Zygielbojm, y a todos los judíos: díles que por el momento, aquí, sentimos odio hacia todos los que se han salvado refugiándose allí porque no nos están salvando..... No están haciendo lo suficiente. Sabemos que aquí, en el mundo libre y humanitario, no podemos creer en nuestro destino. Así que dejemos que hagan algo para obligar al mundo*

a creerlo... Todos estamos muriendo, así que dejemos que mueran allí también. Que bloqueen los despachos de Churchill y los demás, que declaren una huelga de hambre que continuarán hasta que se crea y hasta que se adopten medidas para ayudar a los que aún sobreviven. Sabemos muy bien que ninguna acción política, ninguna protesta, ninguna promesa de que los culpables serán castigados después de la guerra tendrá el menor efecto sobre los alemanes. (...)". En sus memorias, Karski cuenta que se reunió con Zygielbojm en noviembre de 1942, aunque Zygielbojm sitúa la fecha del encuentro en el 2 de diciembre [\[21\]](#).

Por su parte, un alto funcionario de la Cruz Roja Internacional, el Dr. Carl Burckhardt, informó al cónsul usamericano en Ginebra de que se había enterado por dos fuentes diferentes en Berlín de la existencia de un plan para el exterminio metódico de los judíos [\[22\]](#).

También es cierto que por esas fechas Zygielbojm recibió un informe según el cual quedaban 40.000 supervivientes en el gueto de Varsovia. Se refirió a ello en un mensaje de radio de la BBC del 27 de noviembre de 1942 [\[23\]](#). También es posible que se refiriera a información comunicada directamente por el *Bund* clandestino. También podría ser que estuviera transmitiendo el contenido de un informe extremadamente preciso sobre la liquidación de la judería polaca, en Varsovia en particular, enviado por el Comité Nacional Judío al gobierno polaco en Londres y fechado el 15 de noviembre de 1942 [\[24\]](#). En él se subrayaba que sólo quedaba con vida el 10% de los 375.000 judíos de Varsovia.

28 de noviembre de 1942

Tras el discurso del Viceprimer Ministro Mikolaczyk [\[25\]](#) ante el Consejo Nacional Polaco [\[26\]](#) sobre las masacres de judíos, presenté tres propuestas:

1. *Que el Consejo Nacional exija al gobierno que insista para que todos los gobiernos aliados, y en particular América e Inglaterra, elaboren inmediatamente un plan detallado de medidas especiales de represalia contra Alemania, que obligue a esta última a poner fin a las masacres perpetradas contra los judíos [27].*
2. *Que el gobierno tome la iniciativa de lanzar panfletos a gran escala en suelo alemán, desde aviones, que contengan descripciones detalladas, escritas en alemán, de las masacres perpetradas contra los judíos.*
3. *Que el Gobierno tome medidas para convocar muy pronto una conferencia especial de todos los Gobiernos aliados, que emita, en nombre de todos los pueblos en lucha, una sonora proclama y una enérgica advertencia dirigida al pueblo alemán y a su Gobierno [28].*

Ayer tuve una reunión con Raczyński [29]. Empezamos hablando de la situación del país y de las tres propuestas políticas. Me dijo que la propuesta sobre las represalias ya se había hecho en más de una ocasión, pero que Inglaterra la rechazaba categóricamente [30]. Le dije que ahora nos encontrábamos ante hechos sin precedentes, ante una situación nueva, y que había que plantear de nuevo esta exigencia. Ha concertado una cita para una reunión especial con el ministro británico de Asuntos Exteriores, Eden [31], que se celebrará el lunes (mañana), y discutirá con él mis tres propuestas. En cuanto a las Conferencias Aliadas, hasta ahora se han celebrado sin la participación de Estados Unidos ni de Inglaterra, porque estos países no deseaban participar oficialmente. Estas conferencias, conocidas como “Conferencias de Santiago”, reunían por tanto únicamente a los países ocupados. Insistí en que ahora debían pedir a América, Inglaterra y Rusia que participaran en la conferencia que yo exigía que se convocara.

En su edición del 4 de diciembre de 1942, *el New York Times* anunció que dos tercios de los 3.500.000 judíos polacos ya habían sido masacrados, añadiendo más detalles a la información dada el día anterior. El 7 de diciembre, el Consejo Nacional Polaco adoptó una resolución instando al gobierno polaco a tomar medidas inmediatas contra el exterminio de los judíos, iniciativa que el gobierno polaco siguió con un llamamiento al Consejo de los Aliados fechado el 17 de diciembre (seguido de peticiones concretas del ministro de Asuntos Exteriores Raczynski al día siguiente) y una nota al papa Pío XII fechada el 18 de diciembre, pidiéndole que interviniera [\[32\]](#).

De hecho, el 9 de diciembre, Raczynski envió un largo mensaje a Eden, transmitiéndole la información *“completamente autenticada”* recibida de Polonia en las últimas semanas, y subrayando que las autoridades alemanas se proponían *“sistemática y deliberadamente el exterminio total de la población judía en Polonia y de los muchos miles de judíos que las autoridades alemanas habían deportado a Polonia”* [\[33\]](#). Al día siguiente, envió a los gobiernos aliados un memorándum sobre los planes genocidas nazis, de vital importancia: fue este documento el que dio lugar a la Declaración Aliada de 17 de diciembre de 1942 en la que se denunciaba el genocidio, de la que hablaremos más adelante. No se puede exagerar el carácter sin precedentes de esta medida porque, como señala D. Engel, era la primera vez que un gobierno aliado se pronunciaba en favor de las víctimas judías de la opresión nazi. Y es mérito de Polonia que fuera su gobierno el que tomara la iniciativa de esta medida sin precedentes [\[34\]](#).

En un discurso radiofónico del 13 de diciembre, Zygielbojm repitió en la BBC la cifra de 30.000 a 35.000 supervivientes del gueto de Varsovia [\[35\]](#), cifra corroborada por un mensaje del 15 de diciembre que anunciaba que en Varsovia sólo quedaban 40.000

judíos. Mencionó la posibilidad de convertirse en portavoz de una comunidad fantasma. A raíz de los informes sobre la negativa de la Resistencia polaca a suministrar armas a las organizaciones clandestinas del gueto, su confianza en el gobierno y el pueblo polacos se había visto gravemente afectada [\[36\]](#).

17 de diciembre de 1942

Tuve reuniones especiales con el redactor político del Times de Londres, el redactor jefe adjunto de Reuters, el corresponsal en Londres del New York Times y el director de la radio británica.

Mis conversaciones condujeron a la publicación por The Times de Londres en tres días consecutivos de extractos muy importantes de nuestro informe y de un importante editorial el domingo. La agencia Reuters distribuyó a la prensa un importante resumen del comunicado. Se telegrafió un largo despacho al New York Times. El Daily Telegraph reprodujo las propuestas que yo había hecho al Consejo Nacional Polaco, acompañadas de una declaración aprobatoria del propio periódico. En la radio británica, la información sobre las masacres empezó a difundirse a cuentagotas, pero sólo durante las emisiones destinadas a la Europa continental y no durante las destinadas a Inglaterra

Gracias al Partido Laborista, me pusieron en contacto directo con el Ministerio de Asuntos Exteriores británico. En tres ocasiones me reuní con una persona especialmente asignada a esta tarea por el Foreign Office, especialista en asuntos polacos.

El lunes por la tarde volví a reunirme con Raczyński, que me informó de su reunión con Eden. Sugerí a Raczyński que transmitiera inmediatamente toda la información al Gobierno en una nota oficial y exigiera que tomaran medidas.

En los círculos gubernamentales polacos ya han tenido que abandonar -aunque a regañadientes- la tendencia anterior que consistía en no dejar claro a la

opinión mundial que los judíos sufrían más en Polonia que los propios polacos. Ahora han aceptado tratar la cuestión como una cuestión de acción para evitar el exterminio de la población judía [37].

En los círculos gubernamentales británicos no se dio crédito a esta información. La radio británica recibió instrucciones secretas de no hacer mayor propaganda sobre todo este asunto. Hablé con el representante del Ministro de Asuntos Exteriores británico. Lo negó, pero esa misma tarde un amigo mío -que forma parte del personal interno de la radio británica- me dijo que había asistido personalmente a una reunión de personal esa misma tarde en la que se había leído la instrucción del Ministerio de Asuntos Exteriores británico de ser extremadamente cuidadosos a la hora de transmitir noticias de Polonia y de no emitir demasiado.

Después de una semana de acciones, discusiones, comunicación de documentos -tanto por parte del gobierno polaco como a través de mí- y también de acciones de otros círculos, aquí y en Estados Unidos, la situación ha cambiado hasta el punto de que el gobierno británico da ahora crédito a los hechos, principalmente en lo que se refiere a Varsovia. La primera conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de los nueve gobiernos de los países ocupados se celebró también sobre este tema (los representantes de las tres grandes potencias asistieron como observadores). El experto británico en asuntos polacos me mostró el informe que había entregado a Eden, en el que afirmaba que la masacre de todos los judíos en Varsovia había sido oficialmente probada y que el exterminio en todas las demás ciudades era con toda probabilidad cierto, aunque no oficialmente probado. Inmediatamente surgió la cuestión de si el gobierno debía hacer una declaración.

Una semana después de recibir el consejo negativo de la radiotelevisión británica, le siguió una recomendación no secreta en sentido contrario, que mi amigo me permitió leer.

Es algo así: hasta ahora, Hitler ha utilizado con éxito el antisemitismo para lograr sus objetivos. Ahora podemos utilizar su antisemitismo contra él. Por eso hay que dar amplia publicidad a las masacres perpetradas contra los judíos en Polonia.

Fue entonces cuando el director de la BBC me invitó a otra entrevista. Discutió conmigo qué partes de nuestro informe [38] y qué partes de las noticias emitidas por el gobierno polaco debían recibir más atención en la radio. Me ofreció dar un discurso de seis minutos en inglés: en mi calidad de representante directo de los asesinados. Eso fue lo que ocurrió el 11 de diciembre. Di mi discurso el 13 de diciembre (domingo) a las 10 de la mañana [39]. Por lo que me contaron mis conocidos ingleses, causó una fuerte impresión. A lo largo del día se repitieron extractos en todos los programas.

La Junta de Diputados [40] convocó una Conferencia de Emergencia de varias personas, a la que fui invitado. Asistí. Se discutió un plan para declarar un ayuno y el Gran Rabino [41] esbozó su plan para declarar una semana de luto. Tomé la palabra y expliqué, basándome en nuestro informe, lo que estaba ocurriendo con los judíos en Polonia. Dije que el ayuno debía ser visto como una manera puramente formal de despachar el tema, para que pudieran reanudarse los negocios como de costumbre y las festividades habituales. Que no tendría ninguna influencia sobre Hitler, ni sobre los británicos, ni siquiera sobre los judíos. Su deber -dije- es tomar iniciativas que realmente sacudan al mundo y al Gobierno británico hasta sus cimientos y les obliguen a adoptar medidas realmente eficaces para salvar a los judíos, algo parecido a lo que habrían hecho los judíos de Varsovia si la situación hubiera sido al revés. ¡Que cincuenta mil judíos londinenses organicen una manifestación bloqueando Downing Street! [42]. ¡Que su clamor dirigido al cielo sea tal que sacuda al mundo y altere la tranquilidad de los políticos que están en condiciones de hacer algo! Ahora es el momento final. El pueblo judío está siendo exterminado.

He aceptado una invitación del Departamento de Propaganda del Partido Laborista para participar en una serie de reuniones que la clase obrera inglesa está celebrando por todo el país sobre el tema de las masacres perpetradas contra los judíos. En muchas ocasiones ya he hecho presentaciones ante los sindicatos británicos y las organizaciones locales del Partido Laborista. En los primeros días de enero se celebrarán dos reuniones de este tipo: la primera en un suburbio de Londres, la segunda, para mineros, en una región minera.

También me han informado de que el Pen-Club polaco está intentando celebrar una reunión especial de los Pen-Clubs ingleses y de otros países, en la que yo intervendré.

El 17 de diciembre de 1942, en una declaración firmada por Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS y los gobiernos de los países ocupados, las Naciones Unidas denunciaron el genocidio perpetrado por los alemanes. Condenaba específicamente la intención del gobierno alemán de exterminar al pueblo judío en Europa, estigmatizaba esta política bestial de exterminio a sangre fría y anunciaba que los autores de estos crímenes serían castigados [\[43\]](#).

En Nochebuena, el Papa Pío XII hizo una alusión muy discreta en su mensaje del 24 de diciembre, en el que no dejó de señalar que el contenido casi sibilino iba dirigido a condenar el genocidio del que fueron víctimas los judíos, aunque no mencionó ni el genocidio ni a los judíos por su nombre [\[44\]](#).

27 de diciembre de 1942

Todo eso de que “me he cansado” y “estoy al límite de mis fuerzas” no tiene sentido. Cada vez trabajo más y estoy más activo. No puedo evitar que la prensa judía guarde silencio sobre mis actividades... No tengo tiempo ni ocasión de

dedicar tiempo a promocionarme, ni estoy de humor para hacerlo. En cuanto a mi última acción, le he enviado una serie de documentos.

No sé qué habrás oído de todo esto. Puede que haya cometido un error y no te haya telegrafiado los informes que hice al “Consejo Nacional Polaco” [\[45\]](#). Fueron fielmente reproducidos en el comunicado de la Agencia Telegráfica Judía. No quería creer que incluso en este caso nuestra querida prensa judía los pasaría por alto en silencio. Pero, ¿quién es capaz de evaluar el verdadero valor de los dignatarios judíos y sus capacidades? Esta semana pronuncié un discurso muy ácido y desagradable ante el Consejo Nacional Polaco sobre la situación y los sentimientos en el país. Hice una serie de acusaciones precisas contra los factores responsables de la situación en Polonia.

1º de enero de 1943

Nuestras acciones y protestas no tienen ningún valor práctico. Todo mi cuerpo se estremece cuando me doy cuenta de que, en julio, cuando armábamos tanto alboroto -yo aquí y tú allá- por las masacres en Polonia Oriental que habían tenido lugar en primavera, y cuando creíamos que cumplíamos con nuestro deber y hacíamos todo lo posible por salvar a los judíos de nuevas masacres, fue precisamente entonces cuando continuaron los grandes exterminios de Varsovia y de toda Polonia Central. No estoy en condiciones de hacer nada para salvar a una sola persona, ni siquiera a un niño judío, de una muerte horrible. ¿Y cómo puedo seguir con mis actividades cotidianas, ir a reuniones, seguir pidiendo la palabra -cosas que antes eran tan importantes pero que ahora han perdido todo su significado-, cómo puedo seguir aceptando elogios y críticas... como representante de los desaparecidos?

Esto no tiene nada que ver con lo que he escrito más arriba. Al contrario: es porque la situación general de los judíos polacos es tan trágica, y quizás incluso peor de lo que he descrito, que es tanto más urgente hacer todos los esfuerzos

posibles para salvar al puñado de supervivientes que todavía pueden salvarse. Y que esto es posible y necesario lo demuestran las peticiones hechas en su nombre por Bereżowski [46]. No me perdono no haberle insistido antes lo suficiente para que les proporcione más y más dinero. Asegurémonos de no tener que reprocharnos nada en el futuro.

He enviado una copia del memorándum que se entregó a Wendell Willkie [47] en Kubichev en el que se habla mucho de Henryk y Viktor [48]. Le envió una resolución que acaba de aprobar sobre este tema la Conferencia del Partido Cooperativo en Londres [49]. La conferencia se celebró el 29 de noviembre y asistieron 158 delegados de 90 ramas cooperativas de Londres. La resolución fue aprobada casi por unanimidad (en contra de los votos de unos pocos comunistas).

Durante todo este período estuve tan abatido y deprimido que olvidé enviártela antes. Te envió copias de mi carta al Primer Ministro, el general Sikorski [50], y de su respuesta sobre el trato que reciben los judíos en el ejército polaco en Rusia.

En una carta fechada el 4 de enero de 1943, Zygielbojm mencionaba las peticiones de ayuda en metálico que había recibido de Polonia a través de Lisboa y se preguntaba si estas peticiones eran de estafadores [50]. El 29 de enero, un diputado - Lucyan Blit - acudió por fin a echarle una mano. Un recibo de febrero mostraba que los fondos (20.000 dólares) habían sido transferidos a Feiner por su intermediario [51]. El 14 de febrero, en una carta a Nowogrudzki, Zygielbojm expresó su extrema angustia y preguntó si Emmanuel Scherer, un ejecutivo bundista afincado en Nueva York, podía ocupar su lugar [52]. En una carta a Esther Iwinska fechada el 19 de febrero, se quejaba de no tener noticias de sus familiares, pero se había enterado de que Mania y su hijo menor habían sobrevivido a la deportación del personal y los niños del

sanatorio Medem [53].

El 12 de marzo recibió un despacho fechado el 7 de febrero de Orzech y Feiner en el que se le informaba del inicio de la segunda *Aktion*, un intento de liquidar a los supervivientes del gueto entre el 18 y el 22 de enero de 1943, así como de la resistencia judía opuesta por la Organización Judía de Combate. Los autores del despacho vaticinaban la inminente eliminación de los últimos supervivientes del gueto y rogaban a Zygielbojm que se dirigiera al Papa y a los Aliados para pedirles que tomaran medidas extraordinarias contra los alemanes residentes en sus países para acudir en su ayuda [54].

He aquí el contenido de este llamamiento tal como Zygielbojm lo reprodujo para Emanuel Nowogrudzki, representante del Bund en Nueva York (véase más adelante, Apéndice 2). La censura le obligó a omitir el pasaje relativo a las represalias previstas contra los ciudadanos del *Reich*:

“RECIBIDO HOY UN DESPACHO FECHADO EL 7 DE FEBRERO DE JANCZYN Y BEREZOWSKI, CUYO CONTENIDO ES EL SIGUIENTE. COMIENZO DE LA CITA. EN ENERO LOS ALEMANES EMPEZARON A LIQUIDAR LOS RESTOS DEL GUETO DE VARSOVIA IMPIDIENDO QUE LOS JUDIOS SE RESISTIERAN. DECENAS DE ALEMANES Y VARIOS CENTENARES DE JUDIOS ASESINADOS ENTRE ELLOS MERMELSTEIN CHOLODENKO GITERMAN STOP DESPUES DE TRES DIAS LOS ALEMANES PUSIERON FIN A SU ACCION DEPORTANDO A SEIS MIL JUDIOS STOP EN TODA POLONIA LA LIQUIDACION CONTINUA STOP LA LIQUIDACION DE LOS SUPERVIVIENTES DE VARSOVIA

ESTA PREVISTA PARA MEDIADOS DE FEBRERO STOP
ALERTEN AL MUNDO STOP ACUDEN AL PAPA PARA UNA
INTERVENCION OFICIAL Y A LOS ALIADOS PARA QUE
TOMEN MEDIDAS EXTRAORDINARIAS CONTRA LOS
ALEMANES EN LOS PAISES ALIADOS STOP
E STAMOS
CIENTOS DE
ESTÁN
AMENAZADOS DE ANIQUILACIÓN INMEDIATA SÓLO
USTED PUEDE SALVARNOS STOP SU
RESPONSABILIDAD ANTE LA HISTORIA ESTÁ
COMPROMETIDA. FIN DE LA CITA.

Szmul Zygielbojm

El 14 de marzo, Zygielbojm envió otro telegrama a Nueva York, informando de un mensaje recibido de Polonia en el que se solicitaba ayuda inmediata y la provisión de medios para salvar, si era posible, a los compañeros cuyas vidas corrían peligro. Su amargura -que claramente se hacía eco de la de sus compañeros de la resistencia polaca- se expresaba en la siguiente frase: “*Su indiferencia en estos asuntos asombra*” [\[56\]](#).

Al día siguiente, Szwarcbart se reunió -probablemente por segunda vez- con Karski, el emisario de la resistencia polaca que, como hemos visto, llevaba mensajes personales de los líderes clandestinos de la comunidad judía, entre ellos Leon Feiner, del Bund. No se ha conservado rastro de ningún encuentro que Karski pudiera haber tenido con Zygielbojm en esa fecha y el emisario de la Resistencia polaca no menciona haberse reunido con Zygielbojm después de noviembre de 1942 [\[57\]](#).

El 16 de marzo, Zygielbojm envió un cablegrama en respuesta a la petición de Feiner. Tras discutir el asunto con el ministro Raczynski, éste se comprometió a apoyar firmemente la idea de dirigirse al Papa en nombre del Gobierno. Zygielbojm había pedido a sus compañeros de Nueva York la aprobación explícita de una iniciativa conjunta que él y Szwarcbart emprenderían con el gobierno sobre este tema para subrayar que la propuesta procedía de la judería polaca en su conjunto [58].

7 de abril de 1943

Ayer (17 de abril) [59], formulé ante el Consejo Nacional cinco propuestas relativas a las masacres que continúan en el país. Adjunto una copia de estas resoluciones. También adjunto un extracto del Manchester Guardian que contiene un extracto del llamamiento que hice durante mi discurso sobre el presupuesto. Sin duda habrán leído en la prensa las noticias del país sobre la liquidación de la comunidad judía de Cracovia, que ya se ha producido, y la de Lodz, que está en proceso de producirse [60]. ¿Qué debemos hacer ahora al respecto?

Más tarde, en una fecha que no podemos precisar, Zygielbojm recibió un despacho del Comité Central del Bund clandestino polaco, fechado el 13 de abril. En él, el firmante anunciaba que continuaba la liquidación planificada de los judíos, que el gueto de Stanislaw acababa de ser liquidado y que los alemanes, temiendo un recrudecimiento de la resistencia por parte de los judíos, estaban liquidando los talleres de los guetos. Solo el 10 % de la población judía polaca sigue con vida. El mensaje suplica urgentemente enviar dinero – mucho dinero – para salvar a los judíos proporcionándoles pasaportes sudamericanos, lo cual podría hacerse a través de Suiza o Suecia. El costo de estos “papeles” asciende a una cantidad de 1,500 a 2,000 dólares por persona. Se trata – indica el

corresponsal desconocido – de la última esperanza de salvar el residuo de la población judía de Polonia. Zygielbojm se referirá, como veremos, a este despacho el 30 de abril de 1943.

Pocos días antes – el 19 de abril – se había inaugurado la Conferencia de Bermudas. Anteriormente, ya se había pospuesto en varias ocasiones. Las potencias aliadas habían insistido en que se celebrara en un lugar aislado y de difícil acceso, lejos de la opinión pública. La delegación judía que había deseado presentar propuestas de ayuda no fue admitida. La Conferencia no adoptó ninguna medida concreta que pudiera ayudar a los sobrevivientes del Holocausto, rompiendo así de manera abrupta las esperanzas de los dirigentes judíos que esperaban iniciativas efectivas de su parte.

También el 19 de abril – ante la decisión alemana de aniquilar el gueto y la decisión de la Organización Judía de Combate de iniciar la insurrección – un llamado de la resistencia judía polaca dirigido a la Delegación del gobierno exigía la entrega inmediata de armas a los combatientes del gueto, la transmisión de esta solicitud sin demora a las autoridades de Londres y la difusión de un llamado a la población polaca instándola a brindar ayuda por todos los medios a las víctimas de la exterminación nazi.

30 de abril de 1943

Este despacho de Polonia sobre los pasaportes de países neutrales otorgados a ciertas personas determinadas es al mismo tiempo el más terrible. Lo que hay que deducir de ello es que todo está llegando a su fin, que cuando los últimos puedan ser salvados, no quedará nadie con quien o para quien quedarse. No es posible trabajar, continuar viviendo, siendo consciente de esto.

El mismo día, Zygielbojm expresa su desasosiego en una carta a su hermano:

Estoy trabajando movilizándolo lo que me queda de energía, no porque el trabajo en sí sea difícil, sino por ..este sentimiento de impotencia. Los informes que me llegan del país son cada día más horribles. Estoy atormentado por el siguiente pensamiento: "Yo estaba allí, junto a ellos. ¿Con qué derecho he intentado salvarme? ¿Por qué no me quedé para compartir su destino?". Ni siquiera puedo consolarme con la idea de que mi trabajo ha sido importante o de que haya salvado a alguien de una muerte implacable.

3 de mayo de 1943

El 1 de mayo, hice un discurso por radio, dirigido al país. Durante la reunión del PPS, Lucyan habló. Además, también participé en una reunión del partido laborista en Hull, una ciudad portuaria, y de hecho, era una reunión de estibadores. Es mejor dirigirse a ellos que al Consejo Nacional.

El 11 de mayo de 1943, Zygielbojm se reunió con Arthur Goldberg, colaborador cercano del general Donovan, director de una rama de la OSS (servicios secretos de Estados Unidos) en Londres. Goldberg le informó que no se daría seguimiento a su solicitud de bombardear las cámaras de gas de Auschwitz o el gueto de Varsovia. El mismo día, Zygielbojm conversó con su compañero en el exilio Isaac Deutscher sobre un telegrama que acababa de recibir del Bund, que le informaba de la liquidación del gueto de Varsovia. Un despacho que, sin duda, le llegó tarde. Deutscher informa que Zygielbojm se encontraba en ese momento en un estado de abatimiento extremo.

Al día siguiente, Zygielbojm se quitó la vida, dejando tres mensajes de despedida, destinados respectivamente al gobierno polaco, a sus camaradas más cercanos del Bund en Londres y a sus amigos y compañeros de USA [69].

Cartas de despedida de S. ZYGIELBOJM

“... la incredulidad relativa a la información sobre el genocidio encontraba su fundamento en el hecho de que las Potencias de este mundo prefieren no creerlo. Porque admitir los hechos los habría obligado a hacer algo y no querían o no podían hacer nada.” (Informe del Bund clandestino del 24 de mayo de 1944, en In di yorn fun yidishn khurbn, Nueva York 1948, p. 94).

Las tres misivas siguientes, redactadas por Zygielbojm inmediatamente antes de su suicidio, explican su gesto, que es tanto un mensaje desgarrador como un acto de desesperación. Al confrontar su carta a las autoridades polacas con la que destina a sus compañeros, se observa que el autor sentía que estaba asistiendo como un espectador impotente a la exterminación de los judíos polacos, y que la indescriptible amargura que sentía estaba impregnada de una culpa difusa, debido al hecho de que no había podido llevar consigo a su esposa y sus hijos (pues no dudaba de que sus seres queridos habían perecido en el gueto). Se sentía, por lo tanto, responsable de haberlos abandonado, de alguna manera, a su destino.

Zygielbojm estaba sin duda aún más abrumado por el hecho de que sus intercambios de correspondencia con sus compañeros en Nueva York dejaban entrever que tenía la impresión de que se le reprochaba una cierta pasividad. Y quizás le parecía que la representación bundista en Estados Unidos era demasiado complaciente con el gobierno polaco y obstaculizaba indebidamente sus intentos de denunciar la indiferencia mostrada por la Resistencia polaca hacia el judeocidio. También pudo haberse sentido aludido por las duras palabras de sus compañeros en Varsovia, que denunciaban la inacción de los líderes judíos occidentales. Finalmente, lo que debió terminar de sumirlo en el estado de postración que describe Deutscher (v. sección VI a

continuación) fue el fracaso de la Conferencia de Bermudas, que no había adoptado ninguna medida concreta para ayudar a los judíos (actitud que se puede relacionar con la decisión de los Aliados de asistir a la población griega que también se encontraba en zona de ocupación nazi).

Por último, sabemos (cf. arriba, nota 67) que Arthur Goldberg acababa de confirmar que no debía esperar ninguna intervención de la aviación usamericana ni para ayudar a los insurgentes del gueto de Varsovia ni para bombardear las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau.

Sin embargo, es lícito pensar que la idea de un suicidio ya maduraba en Zygielbojm desde que había conocido a Jan Karski (seudónimo de Jan Koziński), quien le había transmitido la urgente solicitud de los dirigentes del judaísmo polaco, entre ellos Léon Feiner del Bund clandestino, de que los líderes judíos occidentales aceptaran llevar a cabo una huelga de hambre hasta sus últimas consecuencias – incluso arriesgando sus vidas – para sacudir hasta sus cimientos la conciencia universal. Y hemos visto que los términos de este llamado parecían ponerlo personalmente en cuestión, al menos así lo sintió él.

Karski informa que Zygielbojm estaba visiblemente conmovido por este mensaje y que le dijo lo siguiente: “Señor Karski, haré todo lo que pueda para ayudarles. Todo lo que pueda. ¿Me cree, verdad?”. En el momento en que se pronunciaron estas palabras, el emisario polaco pensaba que se encontraba frente a algunos políticos vanidosos, acostumbrados a manejar la hipérbole y familiarizados con el lenguaje ampuloso y grandilocuente. Pero estas palabras debían ser tomadas al pie de la letra: Zygielbojm consideró su deber ejecutar fielmente, en lo que a él respecta, la instrucción transmitida por los sobrevivientes del judaísmo polaco. El 12 de mayo de 1943, a la 1:00 de la mañana,

sucumbió en el Hospital de Paddington, tras haber ingerido deliberadamente una dosis mortal de barbitúricos.

Al presidente y al primer ministro polaco

Al señor presidente de la República Polaca, Wladyslaw Rackiewicz,
Al señor presidente del Consejo de ministros,
el general Wladyslaw Sikorski,

Señor presidente,
Señor primer ministro,

Me permito dirigirme a ustedes con mis últimas palabras y, a través de ustedes, enviarlas también al gobierno polaco y al pueblo polaco, a los gobiernos y a los pueblos de todos los países aliados y a la conciencia mundial.

No cabe duda de que, según las últimas noticias que nos han llegado del país, los alemanes están masacrando ya en este momento, con su extrema crueldad, a los últimos sobrevivientes judíos que aún se encuentran en Polonia.

Detrás de los muros del gueto se desarrolla ahora el último acto de una tragedia sin precedentes en la Historia. La responsabilidad del crimen de exterminar a toda la población judía de Polonia recae principalmente sobre los ejecutores; sin embargo, indirectamente, también recae sobre toda la humanidad. Las naciones y los gobiernos aliados no han emprendido hasta ahora ninguna acción concreta para detener la masacre. Al aceptar asistir pasivamente a la exterminación de millones de seres humanos indefensos – los niños, las mujeres y los hombres martirizados – estos países se han convertido en cómplices de los criminales.

Debo constatar también que, aunque el gobierno polaco ha contribuido en gran medida a sensibilizar la opinión pública mundial, lamentablemente no lo ha hecho en una medida suficiente; no ha hecho nada extraordinario; no ha hecho nada que corresponda a las dimensiones del drama que se está desarrollando actualmente en Polonia (“... jednak nie dostatecznie, jednak nie zdobył się na nic takiego nadzwyczajnego...”). De cerca de tres millones y medio de judíos polacos y aproximadamente 700,000 judíos que fueron deportados a Polonia desde otros países, en abril de este año, según la información de los líderes de la organización bundista clandestina que nos fue enviada a través del delegado del gobierno, solo quedaban 300,000. Y la exterminación continúa sin interrupción [75].

No puedo permanecer en silencio. No puedo seguir viviendo mientras desaparecen los últimos restos del pueblo judío de Polonia, del cual soy representante. Mis compañeros del gueto de Varsovia han sucumbido, arma en mano, en un último impulso heroico. No se me ha concedido morir como ellos, ni con ellos. Pero mi vida les pertenece y yo pertenezco a su tumba común.

Con mi muerte, deseo expresar mi protesta más profunda contra la pasividad con la que el mundo observa y permite la exterminación del pueblo judío. Soy consciente del valor ínfimo de una vida humana, especialmente en el momento presente. Pero como no he logrado hacerlo en vida, tal vez mi muerte pueda contribuir a arrancar de la indiferencia a aquellos que pueden y deben actuar para salvar de la exterminación – aunque sea en este momento final – a este puñado de judíos polacos que aún sobreviven.

Mi vida pertenece al pueblo judío de Polonia y por eso se la dono. Deseo que el ínfimo residuo de los millones de judíos de Polonia que ha permanecido con vida pueda sobrevivir el tiempo suficiente para

conocer, junto a las masas polacas, la Liberación y que pueda respirar en un país y un mundo de libertad y justicia socialistas por todas sus penas y sufrimientos inhumanos. Y creo firmemente que una Polonia así surgirá y que un mundo así verá la luz.

Confío en que los señores presidente y primer ministro transmitan mis palabras a todos aquellos a quienes están destinadas y en que el gobierno polaco emprenda de inmediato las acciones necesarias en el ámbito diplomático así como en el nivel de la propaganda, para salvar de la exterminación a la pequeña cantidad de judíos polacos que han sobrevivido. Me despido de todo y de todos aquellos que me han sido queridos y a quienes he amado.

Londres, mayo de 1943

Shmuel Zygielbojm

Carta manuscrita de despedida a Léon Olar y Lucyan Blit [78]

11-V-43

Queridos Léon y Lucyan, [79]

Os ruego a ambos que me perdonéis por la angustia y las molestias que os estoy causando. Es tarde: no hay tiempo para largas explicaciones ni para efusiones sentimentales. Me despido. Os abrazo y os beso a vosotros, los únicos de todos mis compañeros que me fuisteis tan queridos, que fuisteis la vida misma para mí y que me tendisteis vuestros brazos. Comprenderéis todo muy claramente sin necesidad de explicaciones. Al igual que me entenderán los compañeros de Nueva York y los de Polonia, si es que alguno de ellos me sobrevive (¡qué alegría, qué alivio sería vivir sabiendo que es así!). No escribo por separado a los compañeros de Nueva York porque estoy muy, muy cansado. Ahora veo ante mí a cada uno de mis seres

queridos y me alegro por cada uno de ellos que ha sobrevivido; os abrazo a todos.

Dejo aquí cartas para el presidente, el primer ministro, Mikolajczyk y Kott. También dejo copias. Pasadlas inmediatamente a Nueva York y al PPS. Hacedlas traducir al inglés y pasadlas a las siguientes personas: al Dr. Wolf del *Manchester Guardian*, a Frum del *Times*, así como a Brailsford del Partido Laborista y a Huysmans [80]. Queridos amigos, no me lloréis demasiado. Tomadme en serio y procurad que se tomen medidas inmediatas para salvar a los últimos judíos que aún sobreviven en Polonia.

Os dejo un despacho que he escrito y que os ruego enviéis inmediatamente a Nueva York: es mi último adiós a todos mis compañeros.

Querido León, te dejo aquí 50 libras esterlinas y un cheque a tu nombre para que puedas descontar el saldo de mi cuenta en el banco (no sé exactamente cuánto es). Que esto se conserve como mi legado a mis seres queridos.

Queridos amigos, si alguno de vosotros ve alguna vez a Mania o a alguno de mis hijos, decidles que nunca podré perdonarme haberles abandonado a su suerte (*iberlozen*) [81].

Os envío mi amor y mi agradecimiento.

Su

(firma)

P.D.: Transfiera en mi nombre al Ministerio de Hacienda

- 500 dólares para nuestros <ilegible> aquí,

- 3.000 dólares para los compañeros en Polonia.

(iniciales)

León, múdate a mi alojamiento. Le estoy escribiendo a la casera.

Último mensaje de Zygelbojm a sus amigos y compañeros del Bund [82]

Telegrama

A Emanuel Nowogrodzki,
175 East Broadway, Nueva York [83].

ESTO ES PARA DESPEDIRME DE TODOS LOS CAMARADAS Y DE TODOS LOS QUE AMO STOP LOS ULTIMOS RESTOS DE NUESTRO PUEBLO EN POLONIA ESTAN PERECIENDO HOY NO HE PODIDO SALVAR NI A UNO SOLO DE ELLOS STOP HE CONTRAIDO UNA DEUDA CON TODOS LOS QUE DEJE ATRAS CUANDO ESCAPE DE VARSOVIA EN 1940 STOP LOS ULTIMOS DE NUESTROS CAMARADAS DE VARSOVIA ACABAN DE MORIR EN EL CURSO DE LA HEROICA RESISTENCIA QUE HAN LLEVADO A CABO DESDE EL 18 DE ABRIL NO PUEDO SOBREVIVIRLES MI VIDA LES PERTENECE STOP DEJO ESTE MUNDO PARA PROTESTAR CONTRA LAS NACIONES Y GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS QUE NO HAN TOMADO NINGUNA MEDIDA PARA DETENER EL EXTERMINIO TOTAL DEL PUEBLO JUDÍO EN POLONIA MI MUERTE QUIZÁS CONSIGA LO QUE HEMOS ESTADO INTENTANDO HACER. TAL VEZ MI MUERTE CONSIGA LO QUE YO NO PUDE CONSEGUIR EN VIDA, QUE POR FIN SE TOMEN MEDIDAS COORDINADAS PARA SALVAR A LOS 300.000 DE LOS 3,5 MILLONES DE JUDIOS QUE AUN QUEDAN EN POLONIA STOP AHORA ES EL ULTIMO MOMENTO PARA HACERLO STOP GRACIAS POR LA ALEGRIA QUE ME HABEIS DADO DURANTE LOS LARGOS AÑOS QUE HEMOS VIVIDO Y LUCHADO JUNTOS OS QUIERO A TODOS STOP LARGA VIDA AL BUND.

(firmado)

SHMUEL ZYGIELBOJM

Amigos míos, enviadlo todo en forma de despachos telegráficos.

R. AINSZTEIN (Londres) - El suicidio de Shmuel Zygielbojm visto bajo una nueva luz [84]

Lo que sigue es un resumen de una conversación que mantuve con Isaac Deutscher (autor de Stalin: *A Political Biography*, *The Armed Prophet*, *The Unarmed Prophet*, *Exile*, etc.) en Londres en noviembre de 1963 [85].

Isaac Deutscher y Zygielbojm eran amigos en Polonia, aunque tenían creencias y lealtades políticas diferentes. Como no era estalinista, Deutscher supo apreciar los considerables servicios prestados por la difusión del socialismo entre la clase obrera judía y consideraba al Bund como un partido socialista de un tipo muy diferente al oportunista Partido Socialista Polaco. Desde la misma tribuna que Alter, Erlich y Zygielbojm, Deutscher se dirigía con frecuencia a grandes reuniones de obreros judíos en Varsovia sobre cuestiones como la necesidad de un frente común antifascista de todos los partidos de izquierda, la guerra civil española, la amenaza de la Alemania nazi a Polonia y a los judíos de Polonia, etc. [86]

Zygielbojm era un obrero autodidacta que mostraba el respeto por el conocimiento y la teoría típico de los judíos de Europa del Este. Por esta razón, consultaba con frecuencia a Deutscher -considerado por los activistas de izquierda polacos como un destacado teórico marxista- sobre cuestiones de táctica socialista y política general. Siguió haciéndolo en marzo de 1942, cuando se trasladó a Gran Bretaña desde Nueva York y se convirtió en miembro del Consejo Nacional Polaco.

Zygielbojm se suicidó la noche del 12 de mayo de 1943. Deutscher no está seguro de si Zygielbojm le telefoneó unas horas antes de su

suicidio o el día anterior. Por teléfono, parecía estar en un estado de gran angustia cuando le dijo a Deutscher que tenía que verle inmediatamente. Deutscher intentó determinar la causa de la angustia de su amigo, pero Zygielbojm le contestó que no podía hablarle de ello por teléfono [87].

En aquella época, Deutscher vivía cerca de Gower Street y Zygielbojm se alojaba en un modesto hotel o pensión no lejos de Piccadilly. Normalmente se reunían en cafés, en diversas instituciones o en casa del matrimonio Ciolkosz, líder socialista polaco [88]. Deutscher cree que ésta fue la única vez que se reunió con Zygielbojm en su hotel o pensión.

Zygielbojm le mostró un cablegrama que había recibido de los dirigentes del Bund en el gueto de Varsovia. En él se le informaba de que el exterminio de los judíos que quedaban en el gueto de Varsovia ya estaba muy avanzado. No había otra salida para sus compañeros (los de Zygielbojm) que morir luchando. Sin embargo, continuaba el despacho, todos los intentos de obtener armas y municiones del Ejército Nacional habían sido bloqueados [89].

Zygielbojm dijo más tarde a Deutscher que había recibido antes varios mensajes similares y que había fracasado en todos sus intentos de conseguir que las autoridades polacas en Londres intervinieran ante el Mando del Ejército Nacional en favor de los judíos. Además, incluso cuando le hacían promesas, no las cumplían. Ahora parecía que sólo quedaba una solución: tumbarse frente al número 10 de Downing Street y hacer una huelga de hambre hasta que el gobierno británico hiciera algo para ayudar -o, mejor dicho, para armar- a los judíos supervivientes de Polonia. Le pidió a Deutscher que se uniera a él en esta protesta.

Deutscher trató de disuadirle de organizar una huelga de hambre frente al número 10 de Downing Street porque no creía en la eficacia de tal manifestación. Le dijo a Zygielbojm que estaba seguro de que la policía no permitiría que nadie se tumbara delante de la residencia del primer ministro y que, aunque alguien lo intentara, la censura de los tiempos de guerra ni siquiera permitiría que la prensa británica informara del incidente.

Continuó explicando a Zygielbojm que lo que se le pedía no era un gesto emocional, sino un acto político. Lo que tenía que hacer era lanzar un ultimátum al gobierno polaco: éste tenía que ordenar al Ejército Nacional que suministrara armas a los judíos del gueto de Varsovia, o él, Zygielbojm, dimitiría del Consejo Nacional Polaco y daría a conocer las razones de su dimisión al gobierno británico, a los miembros del Parlamento británico y a la prensa. Aunque la censura impidiera a la prensa británica hacer públicas las razones de su actuación -señaló Deutscher-, no sería imposible publicarlas en Estados Unidos. Dados los intentos del general Sikorski por conseguir que la administración usamericana apoyara su política, el gobierno polaco en Londres trataría obviamente de evitar que se produjera una situación semejante. Y Deutscher argumentó que, en tal caso, el gobierno polaco podría verse obligado a hacer un gesto para ayudar a los judíos polacos supervivientes proporcionándoles armas y refugio. Zygielbojm replicó que no podía estar de acuerdo con esa forma de proceder porque alimentaría la maquinaria propagandística nazi. Además, corría el riesgo de aislar aún más a sus compañeros del Bund en Polonia.

Deutscher argumentó que el intento de Zygielbojm de tumbarse en persona delante del número 10 de Downing Street y declararse en huelga de hambre proporcionaría a Goebbels un material

propagandístico mucho más poderoso que si informara al mundo de una situación que mucha gente ya conocía, a saber, el alcance del antisemitismo polaco.

Zygielbojm no pudo responder a los argumentos de Deutscher, pero se mostró muy reacio a aceptar este consejo. “Decidimos entonces (no recuerdo si fue idea de Zygielbojm o mía)”. - Cito aquí textualmente el relato de Deutscher- “enviar un telegrama a Churchill y describirle la desesperada situación de los judíos polacos supervivientes e instarle a utilizar su influencia ante el Gobierno polaco en Londres. Yo escribí el telegrama y Zygielbojm lo firmó. Creo que lo envió él. No estoy seguro. Pero le dije que no pusiera demasiadas esperanzas en el telegrama a Churchill y recuerdo bien que cuando le dije esto, Zygielbojm se deprimió aún más. Volví a decirle que tenía que amenazar al gobierno polaco con un escándalo público”.

Zygielbojm prometió a Deutscher que pensaría en lo que éste le había aconsejado y que le llamaría por teléfono al día siguiente para decirle lo que había decidido hacer. Pero al día siguiente, Deutscher se enteró de que Zygielbojm se había suicidado. Vuelvo a citar textualmente a Deutscher: “Con enorme sorpresa leí entonces la carta a Rackiewicz que supuestamente Zygielbojm había escrito antes de suicidarse y que fue publicada por el gobierno polaco en Londres. Esta carta, con sus declaraciones de lealtad y devoción al gobierno, era tan contradictoria con el contenido y el estilo de lo que Zygielbojm me había contado que tuve algunas dudas sobre su autenticidad. Por otra parte, era coherente con su reticencia a adoptar una postura abierta contra su gobierno” [90].

Preguntas dirigidas al Sr. I. Deutscher

Tras recibir este artículo, nos pusimos en contacto con el Sr. Deutscher a través del Sr. Ainsztein y le preguntamos si estaría dispuesto a responder, en la medida de lo posible, a una serie de preguntas que nos habíamos hecho al leer sus observaciones (tal y como nos las transmitió el Sr. Ainsztein). En primer lugar, le preguntamos si recordaba la carta que Zygielbojm le había mostrado aquella tarde, su fecha y su contenido.

Evidentemente, la carta no incluía un informe sobre la destrucción del búnker que sirvió de cuartel general de la revuelta del gueto, ni sobre la muerte de su comandante, el Sr. Anielewicz [91], el 8 de mayo de 1943. ¿Se podría suponer, sin embargo, que Zygielbojm había recibido ese día información directa a través del servicio de radio del gobierno polaco en Londres?

Si esta suposición resultara correcta, se entenderían los sentimientos de desesperación de Zygielbojm esa noche, así como el comentario de su carta al gobierno polaco: “El capítulo final de la tragedia que ahora se desarrolla tras los muros del gueto: mis compañeros del gueto de Varsovia han caído desarmados en esta última valerosa lucha” y, finalmente, el hecho mismo de su suicidio al día siguiente.

Por otra parte, no comprendemos del todo la extrema preocupación de Zygielbojm aquella noche por proporcionar armas al último sector superviviente de combatientes del gueto. Esto no nos queda suficientemente claro, incluso si suponemos que Zygielbojm sólo fue informado del estallido de la sublevación (el 20 de abril de 1943).

El suministro de armas al gueto fue un problema candente hasta que estalló la revuelta. A partir de entonces, las posibilidades objetivas de

abastecer de armas al gueto se volvieron extremadamente limitadas. No en vano, incluso en esta primera carta del 20 de abril, que anunciaba el estallido de la revuelta, no se mencionaba ninguna nueva demanda de armas, sino sólo el castigo que debían infligir los aliados. En cualquier caso, está claro que el 12 de mayo de 1943, hacer todo lo posible -incluida la celebración de manifestaciones como la propuesta por Zygielbojm- para garantizar el suministro de armas al gueto, ya no tenía el menor sentido [92].

Estas fueron las principales preguntas que el Sr. Ainsztein transmitió al Sr. Deutscher a petición nuestra. El Sr. Deutscher respondió con una carta, escrita en polaco y dirigida al Sr. Ainsztein, en la que decía que dejaba a nuestra discreción su publicación. La carta dice lo siguiente (Editor):

Respuesta al redactor jefe de Yediot Yad Vashem

8 de febrero de 1964,

Estimado Señor

Me gustaría mucho responder a las preguntas del Dr. Eck [93] con la precisión que merecen y recordar las circunstancias de mi última conversación con Zygielbojm. Muy a mi pesar, después de más de veinte años, mi memoria sobre los detalles de este período se ha vuelto tan incierta que temo confundir las fechas con los hechos. Como me reunía con Zygielbojm con bastante frecuencia, es posible que haya transferido mentalmente algunos recuerdos de conversaciones anteriores a nuestra conversación final. En todos los años que han pasado desde entonces, tuve la impresión de que una de las cosas que habíamos discutido en nuestra última conversación era el suministro de armas y que el telegrama que Zygielbojm me había mostrado se refería a una situación desesperada -casi sin esperanza- en el gueto;

pero no creo que habláramos de la revuelta (el subrayado es mío) en el gueto. No me es posible decir ahora qué telegrama me mostró Zygielbojm en aquel momento, sobre todo porque tanto antes como después de su suicidio vi varios telegramas en diferentes momentos, incluidos los que B. Mark reproduce en su libro (a).

También me resulta totalmente imposible descartar la posibilidad de que, poco antes de su suicidio, Zygielbojm pudiera haber recibido informes adicionales del gueto de Varsovia -informes que no me habría mencionado- de círculos gubernamentales de Londres. Pero recuerdo que con frecuencia se quejaba de las dificultades que experimentaba para mantener el contacto con sus compañeros y que le preocupaba el tiempo considerable que transcurría hasta que recibía los informes y que sospechaba que elementos del gobierno polaco en Londres le ocultaban cierta información debido a sus quejas, sus peticiones para obtener armas, etc., que les avergonzaban. También recuerdo muy bien el estado emocional -una situación de extrema desesperación e impotencia absoluta- en que se encontraba en el momento de nuestra última conversación. Mi mujer aún me recuerda llegando a casa en ese estado de ánimo y contándole la discusión.

Estoy absolutamente seguro de que durante nuestra última conversación Zygielbojm propuso que nos tumbáramos en el suelo frente al número 10 de Downing Street en señal de protesta y que yo le disuadí de llevar a cabo este plan. Pero me resultaba más fácil demostrar la inutilidad de semejante medida a modo de protesta que presentar propuestas positivas, sugerir planteamientos más eficaces o hacer algo que pudiera ser de alguna ayuda para los reclusos del gueto. Y, de hecho, nos fuimos tan deprimidos que me resultaba difícil pensar en nada. Estaba totalmente desesperado...

No tuve fuerzas para escuchar los elogios en el funeral de Zygielbojm y tuve que abandonar el crematorio durante la ceremonia. Recuerdo

que, durante el funeral, uno de los socialistas polacos se me acercó para decirme que el general Sosnkowski, que estaba presente en el crematorio, quería reunirse conmigo. Me negué - la presencia del general Sosnkowski - el responsable de Jablonna (el primer campo de concentración para judíos en Europa) (b) - me parecía una mascarada chocante [94]. Además, aún recordaba claramente las quejas de Zygielbojm sobre la actitud de los círculos militares polacos y del “A.K.” [*Armia Krajowa, Ejército Nacional*] hacia los judíos de Polonia. Además, esto había sucedido sólo un año después de que yo abandonara el ejército polaco en Escocia, donde había sido relegado a un campo disciplinario por haber protestado contra manifestaciones pro-Hitler (antisemitas). Este incidente molestó mucho a Zygielbojm [95].

Muy a mi pesar, eso es todo lo que recuerdo. Le ruego tenga la amabilidad de informar al Dr. Eck del contenido de mis respuestas y decirle que puede hacer uso de ellas del modo que considere oportuno.

Con mi agradecimiento, le devuelvo el libro de Mark.

Atentamente

Deutscher.

Por último, reproducimos las observaciones recientemente publicadas de Adam Ciolkosz sobre Zygielbojm y las circunstancias de su muerte. Ciolkosz era uno de los amigos más íntimos de Zygielbojm y trabajó con él durante la guerra, como él mismo señala, primero en París y luego en Londres (Editor).

Adam Ciolkosz,

Extractos de sus observaciones sobre Zygielbojm (c).

“... Zygielbojm estaba abrumado por la inmensa responsabilidad que su organización había depositado sobre él y sufría el martirio de la

inacción del mundo libre en un momento en que era imperativa una reacción inmediata. Fue presa de los mismos sentimientos trágicos que experimentamos durante el levantamiento de 63 días en Varsovia, (d)

“Cuando el gueto se levantó, las últimas esperanzas de Zygielbojm se desvanecieron con las llamas que consumieron el “barrio judío”. Zygielbojm me dijo que los líderes judíos deberían ir a Downing Street y suicidarse juntos delante de la residencia del primer ministro británico para llamar la atención del mundo sobre la destrucción de los judíos polacos. La idea iba muy en serio, pero pronto se dio cuenta de que estaría solo. Así que limitó el proyecto a su propio suicidio. Me lo contó. Intenté calmarle y convencerle de que, aunque los judíos de Polonia fueran destruidos por los asesinos nazis, seguiría existiendo un movimiento obrero polaco (el PPS). Le dije: “Tendrás un lugar en él; serás más que un camarada, ¡serás un hermano!”

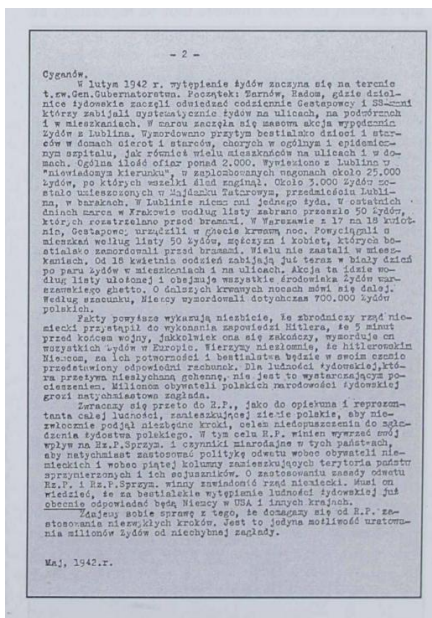
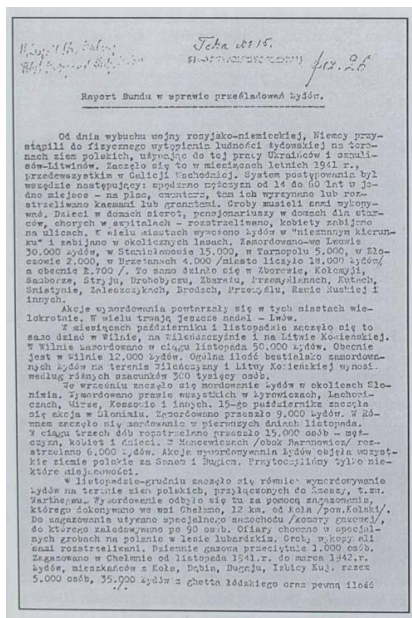
“Sí, lo sé”, dijo Zygielbojm, “pero no será lo mismo”. Entonces traté de convencerle de que todavía existía en América un movimiento obrero judío cercano al Bund y que él encontraría su lugar en él. “Sí, lo sé”, volvió a responder Zygielbojm, “pero no sería lo mismo”. Sólo podía imaginar su vida en Polonia, entre los trabajadores judíos de Polonia: era judío, pero judío polaco. Polonia era su patria. No quería vivir fuera de Polonia, fuera de su entorno judío polaco y de las luchas y esperanzas del Bund”.

Apéndice: documentos (*)

1 - Informe del Bund sobre la persecución de judíos (mayo de 1942)

A - Texto original

(Fuente: Yehuda Bauer, op. cit., pp. 54-55)



B - Traducción

Informe del Bund sobre la persecución de los judíos (**)

Desde el estallido de la guerra ruso-alemana, los alemanes emprendieron el exterminio físico de la población judía en suelo

NATHAN WEINSTOCK SOBRE SZMUL ZYGIELBOJM

121

polaco, utilizando a ucranianos y auxiliares lituanos bajo el mando de las SS (szaulisow-Litwinow). Las masacres comenzaron en Galitzia Oriental en el verano de 1941. En todas partes, el procedimiento era el siguiente: los hombres de entre 14 y 60 años eran reunidos en un lugar determinado -una plaza o un cementerio- donde eran asesinados, fusilados o exterminados con granadas de mano. Se les obligaba a cavar sus propias tumbas. Los niños de los orfanatos, los residentes de las residencias de ancianos, los enfermos de los hospitales eran fusilados, las mujeres eran asesinadas en las calles. En muchas ciudades, los judíos eran llevados en “dirección desconocida” y liquidados en los bosques de los alrededores. 30.000 judíos fueron asesinados en Lwow, 15.000 en Stanislawow, 5.000 en Tarnopol, 2.000 en Zloczow, 4.000 en Brzezany - había 18.000 judíos en esta ciudad, pero sólo quedan 1.700. Lo mismo ocurrió en Zborow, Kolomyja, Sambor, Stryj, Drohobycz, Zbaraz, Przemyslany, Kutu, Sniatyn, Zaleszczycki, Brody, Przemyśl, Rawa Ruska y otros lugares.

En estas ciudades se cometieron asesinatos en repetidas ocasiones. En muchos lugares, aún continúan: en Lwow.

Durante octubre y noviembre comenzó a ocurrir lo mismo en Vilno. En la región de Vilno y en Lituania (en el radio de Kowno. 50.000 judíos fueron asesinados en Vilno en el transcurso de noviembre. En la actualidad quedan 12.000 judíos en Vilno. El número total de judíos asesinados de forma bestial en la región de Vilno y en Lituania (en el radio de Kowno) asciende a 300.000, según diversas estimaciones.

El asesinato de judíos en los alrededores de Slonim comenzó en septiembre. Casi todos fueron asesinados en los alrededores de Zyrowice, Lachowicze, Mir, Kossow y otras localidades. En Slonim, la acción comenzó el 15 de octubre. Más de 9.000 judíos fueron asesinados. En Rowne, la masacre comenzó en los primeros días de

noviembre. En el espacio de tres días, más de 15.000 personas fueron pasadas a cuchillo: hombres, mujeres y niños. En Hancewicze, cerca de Baranowicze, fueron fusilados 6.000 judíos. El exterminio de los judíos abarcó todos los territorios polacos más allá de los ríos San y Bug. Sólo hemos mencionado algunas localidades.

En noviembre-diciembre comenzó también el asesinato de judíos en los territorios de suelo polaco anexionados al Reich, el llamado Warthegau. Los asesinatos se llevaron a cabo mediante gaseamiento, perpetrado en el pueblo de Chelmno, a doce kilómetros de la ciudad del distrito de Kolo. Para gasear a las víctimas se utilizó un vehículo especialmente diseñado, una cámara de gas. Las víctimas eran hacinadas en ella a razón de 90 personas cada vez. Fueron enterradas en tumbas especiales en un claro del bosque de Lubard. Se les obligaba a cavar sus propias tumbas antes de fusilarlos. Una media de mil personas fueron gaseadas cada día. De noviembre de 1941 a marzo de 1942, los residentes judíos de Kolo, Dabie, Bugaj e Izbica Kujawska fueron gaseados en Chelmno, un total de 5.000 personas. 35.000 judíos del gueto de Lodz y varios gitanos.

En febrero de 1942 comenzó el exterminio de judíos en el territorio del llamado Gobierno General. Comenzó en Tarnow y Radom, donde los gestapistas y los hombres de las SS empezaron a visitar los barrios judíos todos los días, matando sistemáticamente a los judíos en las calles, los patios y las casas. En marzo comenzó la expulsión masiva de judíos de Lublin. Mientras tanto, niños y ancianos de orfanatos y asilos fueron asesinados de forma bestial, junto con pacientes de hospitales con enfermedades generales y epidémicas, al igual que muchos lugareños fueron asesinados en las calles y en sus casas. En general, el número de víctimas superó las 2.000. Unos 25.000 judíos fueron llevados desde Lublin a “una dirección desconocida”, en

vagones de plomo, tras lo cual todos desaparecieron sin dejar rastro. Alrededor de 3.000 judíos fueron concentrados en barracones en Majdanek Tatarowy, en las afueras de Lublin. En Lublin no quedaba ni un solo judío. En Cracovia, durante los últimos días de marzo, más de 50 judíos fueron detenidos en base a una lista y fusilados frente a los portales de sus edificios de apartamentos. En la noche del 17 al 18 de abril, la Gestapo organizó una noche sangrienta en el gueto de Varsovia. Sacaron de sus casas a 50 judíos, hombres y mujeres, seleccionados de una lista preparada de antemano, y los mataron de forma bestial delante de la puerta de su edificio. A muchos no los encontraron en casa. Desde el 18 de abril, han estado matando a unos cuantos judíos cada día, a plena luz del día, en sus casas o en la calle. Esta acción se llevó a cabo según una lista preestablecida e incluía a todos los judíos de todas las clases sociales del gueto de Varsovia. Se supone que habrá más noches sangrientas. Hasta la fecha, se calcula que los alemanes han asesinado a 700.000 judíos polacos.

Los hechos anteriores demuestran irrefutablemente que el gobierno criminal alemán ha comenzado a poner en práctica la predicción de Hitler de que, 5 minutos antes del final de la guerra, y sea cual sea el resultado, mataría a todos los judíos de Europa. Estamos firmemente convencidos de que los alemanes de Hitler serán considerados responsables y tendrán que responder adecuadamente, cuando llegue el momento, por sus monstruosidades bestiales. Pero para la población judía, que soporta un infierno inaudito, este consuelo no es suficiente. Millones de ciudadanos polacos de nacionalidad judía están amenazados de exterminio inmediato.

Por lo tanto, hacemos un llamamiento al Gobierno polaco, como protector y representante de toda la población que vive en suelo polaco, para que tome sin demora las medidas necesarias para impedir

el exterminio de la judería polaca. El gobierno polaco debe ejercer su influencia sobre los gobiernos de las Naciones Unidas y sobre las autoridades competentes de estos Estados para asegurar la aplicación inmediata de una política de represalias contra los ciudadanos alemanes y contra la Quinta Columna que reside en el territorio de los Estados de las Naciones Unidas y de sus aliados. El gobierno polaco y los gobiernos de las Naciones Unidas deben informar al culpable gobierno alemán de que aplicarán este principio de represalias. Debe saber que, a partir de ahora, los alemanes de Estados Unidos y de otros países serán considerados responsables del bestial exterminio de la población judía.

Somos conscientes de que estamos pidiendo al gobierno polaco que tome medidas inusuales. Es la única manera de salvar a millones de judíos del inevitable exterminio. *Mayo de 1942.*

2 — Telegrama de Zygielbojm a Nowogrudzki fechado el 12 de marzo de 1943

(Fuente: archivos del Bund en Nueva York; la traducción del documento figura en la sección IV de este estudio).

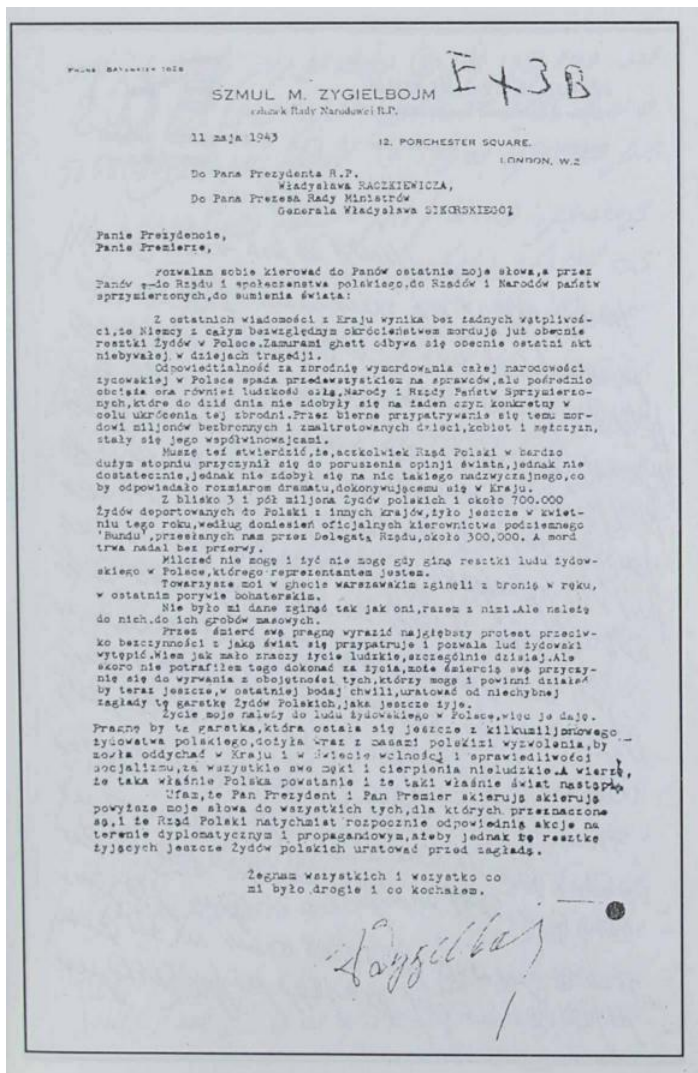
STANDARD TIME INDICATED RECEIVED AT 240 GRAND STREET NEW YORK, N. Y. CA 8-4-4 TELEPHONE YOUR TELEGRAMS TO POSTAL TELEGRAPH	Postal Telegraph Markey Radio Commercial Cables  All America Cables Canadian Pacific Telegraphs	THIS IS A FULL RATE TELEGRAM. CABLES UNDER THE REGULATIONS OF THE INTERNATIONAL UNION OF REGULATORY AUTHORITY.
NYJ302N 121 CABLE VIA COM=LONDON 11 NLT EMANUEL NOWOGRODZKI: =175 EASTBROADWAY (NEWYORK):		
*RECEIVED TODAY CABLE DATED FEBRUARY SEVENTH FIND JANCZYN AND BEREZOWSKI AS FOLLOWS QUOTE JANUARY GERMANS STARTED LIQUIDATION OF REMNANTS WARSZAW GHETTO STOP JEWS RESISTED TENS OF GERMANS AND A FEW HUNDRED JEWS KILLED AMONG THEM MERELSTEIN CHOLODENKO GITERMAN STOP AFTER THREE DAYS= 1943 MAR 12 AM 11 07 6-41582		

STANDARD TIME INDICATED RECEIVED AT 240 GRAND STREET NEW YORK, N. Y. CA 8-4-4 TELEPHONE YOUR TELEGRAMS TO POSTAL TELEGRAPH	Postal Telegraph Markey Radio Commercial Cables  All America Cables Canadian Pacific Telegraphs	THIS IS A FULL RATE TELEGRAM. CABLES UNDER THE REGULATIONS OF THE INTERNATIONAL UNION OF REGULATORY AUTHORITY.
NYJ302/2=		
GERMANS STOPPED ACTION TAKING AWAY SIXTHOUSAND JEWS STOP ALL OVER POLAND LIQUIDATION PROCEEDING STOP LIQUIDATION OF WARSZAW REMNANTS PLANNED MIDDLE OF FEBRUARY STOP ALARM THE WORLD STOP APPLY POPE FOR OFFICIAL INTERVENTION AND THE ALLIES FOR EXTRAORDINARY STEPS AGAINST GERMANS IN THE ALLIED COUNTRIES STOP WE SUFFER TERRIBLY THE REMAINING=		

STANDARD TIME INDICATED RECEIVED AT 240 GRAND STREET NEW YORK, N. Y. CA 8-4-4 TELEPHONE YOUR TELEGRAMS TO POSTAL TELEGRAPH	Postal Telegraph Markey Radio Commercial Cables  All America Cables Canadian Pacific Telegraphs	THIS IS A FULL RATE TELEGRAM. CABLES UNDER THE REGULATIONS OF THE INTERNATIONAL UNION OF REGULATORY AUTHORITY.
NYJ302/3=		
=FEW HUNDRED THOUSAND JEWS THREATENED WITH IMMEDIATE ANNIHILATION ONLY YOU CAN RESCUE US STOP RESPONSIBILITY TOWARDS HISTORY THROWS UPON YOU UNQUOTE= ISZMUL ZYGIELBOJM.=		

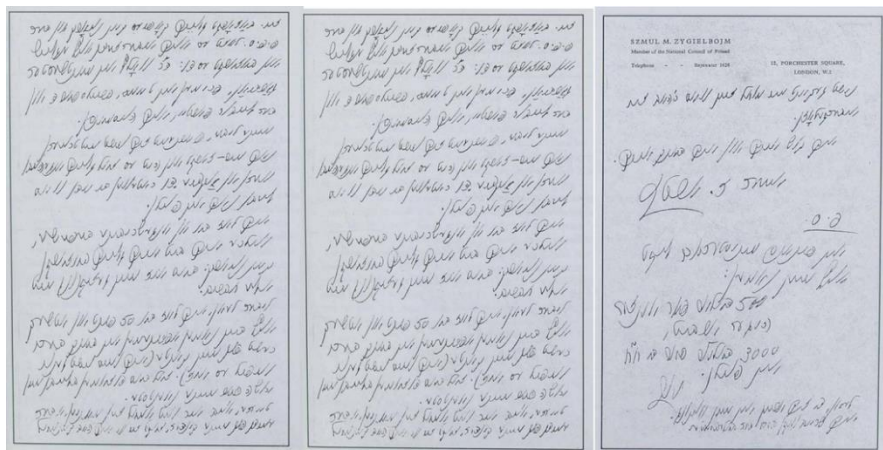
3 –Carta de Zygielbojm al presidente y al primer ministro polacos antes de su suicidio

(Fuente: *Studium Polski Podziemnej de Londres. La traducción de esta misiva figura en la sección V del presente estudio*).



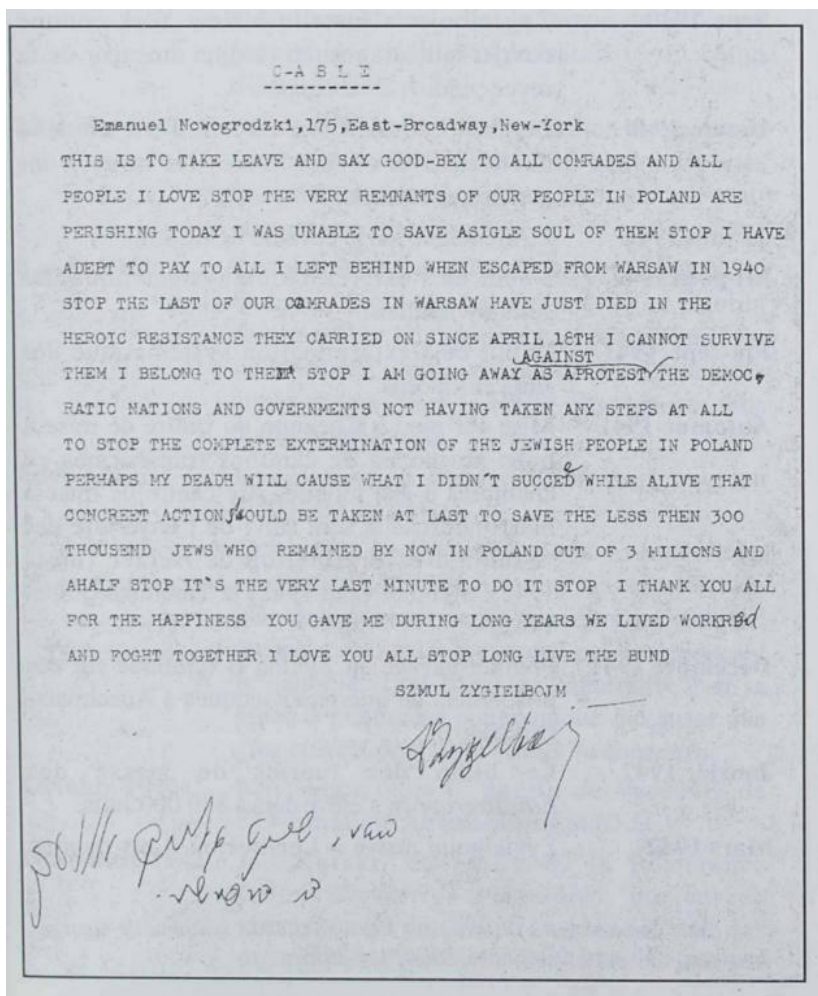
4 – Carta manuscrita de despedida de Zygielbojm a Blit y Oler, 11 de mayo de 1943

(Fuente: archivos del Bund en Nueva York. La traducción de este documento figura en la sección V de este estudio)



5 –Despacho escrito por Zygielbojm en el que se despide de sus amigos y compañeros en Nueva York

(Fuente: archivos del Bund. Para una traducción de este documento, véase la sección V de este estudio).



Cronología (***)

21 de febrero de 1895 Nace Zygielbojm en un pueblo cercano a Chelm (distrito de Lublin).

11 de septiembre de 1939 la Alemania nazi invade Polonia.

Enero de 1940 Zygielbojm consigue escapar de Varsovia pasando de contrabando a la Alemania nazi.

Marzo de 1940 La zona residencial judía de Varsovia es designada «zona epidémica» y se prohíbe el acceso al distrito.

Abril de 1940 Apertura del primer gueto polaco en Lodz.

Septiembre de 1940 Zygielbojm se traslada a Nueva York como sastre y más tarde como editor de la revista en yiddish *Di tsukunft*.

16 de noviembre de 1940 Se sella el gueto de Varsovia, rodeado por un muro de 3 m de altura con todas las salidas vigiladas.

22 de junio de 1941 La Alemania nazi invade la URSS.

Mediados de agosto de 1941 Comienza el exterminio sistemático de los judíos soviéticos.

Finales de septiembre de 1941 Comienza el exterminio sistemático de los judíos europeos.

Otoño de 1941 Se crea el centro de exterminio de Chelmno, en el que se utilizan camiones convertidos en cámaras de gas móviles. A este centro de exterminio industrial le sigue la apertura de los «campos de exterminio de Belzec (marzo de 1942), Sobibor (mayo de 1942) y Treblinka (julio de 1942)».

Diciembre de 1941 Primer gaseamiento con Zyklon B (llevado a cabo con prisioneros de guerra soviéticos en Auschwitz-Birkenau).

Enero de 1942 Los asesinatos en masa de los Einsatzgruppen suman ya 800.000 judíos.

Marzo de 1942 Zygielbojm llega a Londres, donde es nombrado miembro del Consejo Nacional (Parlamento polaco).

Comienzo del gaseamiento de judíos en camiones habilitados como cámaras de gas en Chelmno.

Mayo de 1942 Informe del Bund clandestino, primer análisis sistemático y detallado de la política genocida alemana.

Julio de 1942 Inicio de las «selecciones» -durante las cuales tres cuartas partes de los judíos deportados, juzgados «no aptos para el trabajo», son enviados inmediatamente a las cámaras de gas para su muerte inmediata en la rampa de Birkenau (centro de exterminio satélite del campo de Auschwitz).

22 de julio de 1942 Comienza la «Acción» para liquidar el gueto de Varsovia: de 5.000 a 7.000 judíos son deportados cada día hasta el 5 de septiembre para ser gaseados en Treblinka.

8 de agosto de 1942 Telegrama de Gerhardt Riener, delegado del Congreso Judío Mundial en Ginebra, al rabino Stephen Wise, informando condicionalmente sobre la información que había recibido acerca del plan de Hitler para exterminar a todos los judíos europeos.

Septiembre de 1942 El número de víctimas mortales del Holocausto ha alcanzado ya la cifra de 1.500.000.

El Comité Internacional de la Cruz Roja, plenamente consciente del plan de exterminio en curso, sigue el consejo de su presidente, Huber, se abstiene de cualquier llamamiento público denunciando el genocidio (en aras de la «neutralidad») y se limita a emitir un comunicado afirmando que «los civiles deben ser tratados humanamente».

Octubre de 1942 Nacimiento en el gueto de Varsovia de la Organización Judía de Combate (O.J. C).

Noviembre de 1942 Jan Karski, emisario de la resistencia polaca, llega a Londres con mensajes de la dirección clandestina de las organizaciones judías de resistencia en Polonia exigiendo una acción inmediata para detener el genocidio.

15 de noviembre de 1942 Informe detallado del Consejo Nacional Judío (organización unificada de la resistencia judía en Varsovia) al gobierno polaco, acompañado de un relato pormenorizado de la liquidación de las comunidades judías en Varsovia y provincias, apoyado por una serie de apéndices documentales, en el que se hace un conmovedor llamamiento a la acción efectiva inmediata para detener el exterminio en curso.

15 de diciembre de 1942 Zygielbojm recibe un mensaje en el que se le informa de que sólo quedan 40.000 judíos vivos en el gueto de Varsovia.

18 de enero de 1943 Comienza la segunda «Aktion» contra el gueto de Varsovia. 3.000 judíos son deportados, pero se enfrentan a la inesperada resistencia de la O.J.C., los alemanes se retiran desordenadamente.

7 de febrero de 1943 Telegrama de Orzech y Feiner (en nombre de la dirección del Bund clandestino) anunciando la inminente liquidación de los últimos supervivientes del gueto de Varsovia.

19 de abril de 1943 Mensaje del Bund clandestino anunciando la inminente liquidación de los últimos supervivientes judíos de los guetos.

Comienza el levantamiento del gueto de Varsovia.

Apertura de la conferencia internacional sobre refugiados en Bermudas, que se abstiene de tomar medidas concretas para ayudar a los judíos amenazados de exterminio.

11 de mayo de 1943 Zygielbojm se suicida en Londres en protesta por la indiferencia de la opinión pública mundial y la negativa de los Aliados a tomar medidas para detener la matanza planificada de judíos y salvar a los últimos supervivientes del genocidio.

Notas

[1] En el Zygielbojm-Bukh (pp. 357-363) se han reproducido extractos de los informes de actividades de Zygielbojm y de su correspondencia con la representación del Bund en Nueva York durante su estancia en Londres (noviembre de 1942 a mayo de 1943). Hay motivos para suponer que los pasajes de los originales que no se han reproducido se referían a las directrices dadas a Zygielbojm porque Nueva York controlaba muy de cerca sus actividades (Sobre este punto, véase Daniel Blatman. «On a Mission against All Odds: Samuel Zygielbojm in London (April 1942-May 1943)», en *Yad Vashem Studies*, Vol. XX (1990), pp. 237- 271). También he utilizado una serie de artículos de los archivos del Fondo Zygielbojm en los archivos del Bund en el Yivo, amablemente puestos a mi disposición por el Sr. Leo Greenbaum. Algunas de ellas se reproducen en el texto. Para localizar los documentos citados, me he remitido principalmente a las siguientes obras, que ofrecen una visión de conjunto del proceso de toma de conciencia de la Shoah y de las reacciones que provocó: Stéphane Courtois y Adam Rayski, *¿Qui savait quoi?*, París 1987; David Engel, *In the Shadow of Auschwitz: The Polish Government-in-Exile and the Jews*, Chapel Hill y Londres 1987; Walter Laqueur, *Le terrifiant secret* (transd. franç), París 1981; Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*. Oxford 1979 y Donald J. Wyman, *El abandono de los judíos*, París 1987.

Para evaluar los hechos con serenidad y sin caer en el anacronismo, también debemos tener cuidado de no olvidar hasta qué punto incluso los activistas de la resistencia bien informados en Europa Occidental podían mostrar una cándida ignorancia del proceso genocida. En Bélgica, por ejemplo, el periódico católico clandestino *La Libre Belgique* (Peter Pan), cuya redacción seguía de cerca las emisiones de la BBC, publicó en su número del 15 de septiembre de 1942 un llamamiento a la solidaridad con los judíos que no puede leerse sin emoción (pp.6-7. La revista no tiene, sin embargo, número de página). En él, el autor denunciaba indignado «... la barbarie de deportar judíos al norte de Francia y al este de Europa para trabajos militares, sin discriminación por edad o sexo; (...) ¿Cómo hemos

de juzgar a quienes hacían a hombres y mujeres jóvenes en vagones de ganado, sin tener en cuenta la moral elemental? ¿Cómo juzgar a quienes separan a una madre de sus hijos pequeños, sin preocuparse por su suerte, simplemente porque tienen el pelo negro o la nariz aguileña? Evidentemente, los autores de este valiente llamamiento, que proclamaban que «el problema judío debe ocupar hoy el primer plano de nuestras preocupaciones», ni siquiera sospechaban que las víctimas de las grandes redadas del verano de 1942 estaban condenadas a un exterminio sistemático. En el texto siguiente, las cartas de Zygielbojm se reproducen en cursiva.

[2] Llamado firmado por Berezowski (Léon Feiner) y Borowski (Adolf Berman), depositada en el Public Record Office FO 371/34.550, también reproducida en *Ber Mark, Uprising in the Warsaw Ghetto*, Nueva York, 1976, Doc. n° 56, pp. 160-161, que sin embargo data del 21 de mayo. 1976, Doc. no. 56, pp. 160-161, que sin embargo data del 21 de mayo.

[3] Texto del discurso radiofónico de Bergelson en Courtois y Rayski, *op. cit.* pp. 128-130. Si bien este llamamiento hacía hincapié en que el pueblo judío estaba «amenazado de extinción» y que ninguna de las masacres del pasado podía compararse con «la tragedia actual», otros pasajes atenuaban involuntariamente el alcance de estas observaciones y parecían reducir el fenómeno a atrocidades banales, por ejemplo, al mencionar la violación de mujeres judías. El tono propagandístico del programa también le restó ciertamente credibilidad, a pesar de que nos asombra la agudeza de la percepción en aquella época de la determinación alemana de ejecutar su plan con implacable precisión en todos los países bajo dominación nazi. Georges Bensoussan señala con razón que este análisis asombrosamente preciso del sentido de los exterminios llevados a cabo por los Einsatzgruppen precedió en más de un mes a la matanza «modelo» de los judíos de Kiev en el barranco de Babi Yar los días 29 y 30 de septiembre de 1941 (en *Génocide pour mémoire*, París 1989, p. 155).

El historiador Richard Breitman acaba de descubrir pruebas en los archivos de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de que Washington había sido informado de la existencia de asesinatos masivos de judíos en Bielorrusia ya en julio de 1941 (cf. Nicolas Weill, «Les télégrammes cachés du génocide» en *Le Monde*, 15 de noviembre de 1996. De hecho, la Shoah comenzó en torno al 15 de agosto de 1941, cuando, como parte de las masacres ordenadas bajo el Kommissardekret, el Einsatzkommando nº 3 comenzó a asesinar sistemáticamente a todas las mujeres y niños judíos (véase Christopher R. Browning «Hitler and the Euphoria of Victory: The Path to the Final Solution», en David Cesarini (ed.), *The Final Solution*, Londres y Nueva York 1994, p. 142. El exterminio de los judíos de Vilna llevó a Abba Kovner, líder del Hachomer-Hatzair, a pronunciar un discurso el 1 de enero de 1942 en el que diagnosticaba el destino de los judíos de Lituania como la primera etapa de un exterminio global (Dina Porat en Cesarini, «The Holocaust in Lithuania: Some Unique Aspects», op. cit., pp. 168-169).

El hecho de que la URSS, al tiempo que difundía cierta información sobre el judeicidio, se abstuviera de hacer campaña contra el exterminio de los judíos no escapó a la atención del dirigente comunista holandés Paul De Groot, que llamó angustiosamente a Moscú desde su refugio clandestino en torno a la Navidad de 1942 (los alemanes no tardarían en encontrar su rastro, y su mujer y su hija desaparecieron en las cámaras de gas): «Warum keinerlei Agitation gegen Judenverfolgung bei Rundfunkübertragungen niederländische und deutsche Sprachen. Tausenden niederländische Juden nach Polen deportiert» [Por qué no se agita contra la persecución de los judíos durante las emisiones radiofónicas en neerlandés y alemán. Miles de judíos holandeses deportados a Polonia]. Nunca recibió respuesta... (cf. Igor Cornelissen, *Paul De Groot Staatsvijand nr 1*, Amsterdam 1996, p. 70).

[4] Cf. Yehuda Bauer, «When Did They Know?», en *Midstream*, abril de 1968, pp.51-58 (El documento original que aparece en las pp. 54-55 constituye el Apéndice 1 de este estudio). Véase Laqueur, op. cit, p. 168 y Wyman, op. cit, pp.40-41. Wladyslaw Bartoszewski data este informe con

mucha precisión en el 11 de mayo (véase, en particular, «A Dialogue» en Polin, vol.1. Londres 1986, p.284 y «Polish-Jewish Relations in occupied Poland, 1939-1945» en Ch. Abramsky, M. Jachimczyk y A. Polonsky. *The Jews in Poland*. Londres 1986, p. 153) Sobre cómo se filtraron a Occidente los primeros rumores de la Shoah en curso y sobre el informe del Bund del 16 de marzo de 1942, véase D. Engel, *In the Shadow...*, pp. 175-6 y 295-6, nota 96. Ese mismo mes, el Consejo Nacional Polaco rechazó una propuesta presentada por Zygielbojm para tipificar el antisemitismo como delito penal (cf. Blatman, op. cit., p. 247). [5] Cf. Kazimierz Iranek-Osmecki, Joseph L. Lichten et Edward Raczyński, *The Polish Government in Exile and the Jewish Tragedy During World War II*, in *Wiener Library Bulletin, New Series*, Vol. XXIX (1976), n°37-38, p.62-67). Cf. D. Engel, *In the Shadow...*, p.176 El autor cita a una entrevista a Raczyński del 17-12-1983).

[6] Bauer, op. cit., pp. 52-53 ; Engel, *In the Shadow...*, p. 181.

[7] Wladyslaw Sikorski (1882- 1943): General polaco y compañero de armas de Pilsudski. Sucesivamente Jefe de Estado Mayor (1922), Jefe de Gobierno (1922-1923), Ministro de Guerra (1924-1925). Se retiró de la vida pública tras el golpe de Pilsudski. Asumió el mando de las fuerzas armadas polacas en 1939, fue nombrado Jefe del gobierno polaco en el exilio en Londres. Pierde la vida en un misterioso accidente de aviación.

[8] Laqueur, op. cit., p.93 ; Engel, *In the Shadow...*, p.180.

[9] Laqueur. op. cit., p.140.

[10] Cf. David Engel, *The Polish Government-in-Exile and the Holocaust*, en Polin, vol. II, p. 292, nota 3. 2, p. 292, nota 3. A la sombra..., p. 182. El profesor Stronski, Ministro de Propaganda del gobierno polaco en el exilio y miembro del Partido Democrático Popular, emitía programas de radio semanales para sus compatriotas, pero apenas mencionaba el destino de los judíos. A finales de 1942, se negó a hacer un llamamiento a sus conciudadanos para que acudieran en ayuda de los judíos (D. Engel, *The Polish Government...*, p.286, nota 5).

[11] Laqueur, op. cit., pp.95-96.

[12] Blatman, op. cit., p. 250.

[13] Wyntan, op. cit., p.42.

Arthur Greenwood (1881-1954), elegido vicepresidente del Partido Laborista en 1935, había sido miembro del Gabinete de Guerra sin cartera desde 1941.

[14] Carta inédita de Zygielbojm a un corresponsal no identificado, fechada el 29 de julio de 1942.

[15] Laqueur. op. cit., p.143, nota.

[16] Ibid., p.143.

[17] Detalles en Laqueur. op. cit., pp. 141-146.

[18] R. Poznanski en Courtois y Rayski, op. cit. pp.35-36 y Laqueur, op. cit. pp.97 y ss. Cabe señalar que a finales de julio de 1942, el representante del Bund en Estados Unidos ya estaba en posesión de un informe detallado del Bund clandestino polaco sobre el gaseamiento de judíos en Chelmno en camiones especialmente equipados (reproducido en *In di yorn fun yidshn khurbn*, Nueva York 1948, pp. 11-12). Al parecer, esta información se había enviado antes del informe resumido de mayo de 1942.

Dr. Stephen Wise (1874-1949), rabino, líder del judaísmo «liberal» usamericano. Destacado dirigente sionista, fue presidente del Congreso Judío Americano y presidió la primera asamblea del Congreso Judío Mundial en Ginebra en 1936. El rabino Wise fue el destinatario del famoso mensaje de Riegner sobre los planes genocidas nazis (cuya transmisión fue deliberadamente bloqueada por el Departamento de Estado). El 24 de noviembre de 1942 celebró una conferencia de prensa en Washington para denunciar la «campana de exterminio» de Hitler contra los judíos europeos.

[19] Herbert Stanley Morrison (posteriormente barón) (1888-1961). Político. Líder laborista. Al principio trabajó en varios oficios. Ingresa en el Partido Laborista en 1913. Elegido diputado en 1923. Ministro de

Transportes (1929-1931). Ministro de Abastecimiento y Secretario de Estado de Interior con Churchill (1940-1945). Formará parte del gobierno de Attlee tras la guerra - Jan Masaryk (1886-1948), hijo del fundador y primer Presidente de la República.

Tomas Masaryk. Ministro de Asuntos Exteriores en Londres en el gobierno en el exilio formado por Edvard Benes. Ocupó este cargo hasta su muerte, cuando se «suicidó» durante el golpe de Praga. [20] Laqueur, op. cit., p.97. Zygielbojm était parfaitement conscient que ses efforts désespérés faisaient planer des doutes sur son équilibre mental. Un de ses proches rapporte qu'il lui avait confié au début de 1943 : "Je passe mes jours et mes nuits dans les couloirs des administrations gouvernementales. Les gardiens me regardent comme si j'étais devenu fou. Ils finiront par me faire interner dans un asile d'aliénés" (H. Klepfisch, "La mission de Schmul Zygelbojm", trad. par H. Bulawko. in Le Monde Juif n° 149, sept.-Déc. 1993. p.163).

[21] Jan Karski, Mon témoignage devant le monde, París 1948, pp.305-307. En una entrevista concedida en 1982 - que cita Blatman (op. cit., p. 261) - Karski describe a Zygielbojm corriendo como un animal herido, gritando que lo que se le pedía era imposible, pero que lo haría: «El mundo se ha vuelto loco». Véase también el relato de Zygielbojm sobre esta entrevista (In di yorn..., pp. 38-51 <cita: p.39>). Más tarde. Feiner rindió homenaje «al heroísmo de la trágica protesta de Artur» y aclaró que los reproches de sus camaradas no iban dirigidos en modo alguno contra él (Informe del 24 de mayo de 1944. reproducido en In di Yorn.... p.96).

[22] Poznanski, op. cit., p.36.

[23] Zygielbojm-Bukh, pp. 349-350. Es posible que se trate del informe de Feiner de finales de agosto de 1942, del que tuvo conocimiento a través del gobierno polaco en noviembre (Blatman, op. cit., p.255). Engel (op. cit., p.302-303, nota 173) afirma que Zygielbojm no tuvo conocimiento de este documento hasta diciembre, lo que parece incorrecto, ya que menciona su contenido en su correspondencia a Nueva York de los días 27 y 28 de noviembre (Blatman, op. cit., p.256, nota 58). También se había quejado a

Nowogrudzki, el 18 de noviembre, de que el gobierno polaco le había prohibido mencionar la deportación de los judíos de Varsovia (Blatman, op. cit., p.255).

[24] Este informe, que procedía de organizaciones clandestinas judías del gueto de Varsovia (según Ber Mark), se reprodujo (en traducción al yiddish) en *Bleter far Geshikhte*, vol. IV, nº 2 (abril-junio de 1951), pp. 177-232. IV, nº 2 (abril-junio de 1951), pp. 177-234. Los autores subrayan el aspecto genocida del exterminio judío y su carácter sin precedentes: «En apenas dos meses, los hunos contemporáneos perpetraron un crimen cuyo horror no puede compararse con ningún otro. Ante los ojos del mundo entero, en el transcurso de 1942, trescientos mil judíos de Varsovia y al menos un millón de judíos de las provincias fueron deportados del llamado ‘G.G.’ [Gobierno General] a Treblinka, donde todos, desde los bebés hasta los ancianos, fueron exterminados por asfixia en las cámaras de gas». (p. 178, subrayado en el texto). O de nuevo: «Y todos ellos -padres, madres, niños, jóvenes y ancianos, artesanos, trabajadores de fábricas, oficinistas, eruditos y artistas, médicos, abogados, maestros, músicos y pedagogos: todos ellos estaban condenados al mismo destino”.

[25] Stanislaw Mikolajczyk (1901-1966). Estadista polaco. Líder del Partido Campesino (*Stronnictwo Ludowe*). Sucesivamente Viceprimer Ministro y Ministro del Interior, y luego Primer Ministro (de julio de 1943 a noviembre de 1944) del gobierno en el exilio formado en París en septiembre de 1939. Tras la Liberación, Vicepresidente del Gobierno Provisional de Varsovia y Presidente del Partido Campesino. Tuvo que huir de Polonia en 1947.

[26] El Consejo Nacional Polaco (*Rada Nadorowa*) actuó como parlamento en Londres para el gobierno en el exilio. Zygielbojm fue nombrado representante del Bund. Véase Gogolewski, op. cit. pp. 56-57.

[27] Esta exigencia de represalias contra los ciudadanos alemanes, justificada por el carácter extraordinario de la Shoah, un crimen absolutamente desorbitado según los criterios del derecho de guerra, se repite constantemente en los mensajes desesperados que emanan de los

dirigentes judíos polacos. Aparece ya al final del informe del Bund de mayo de 1942 sobre el exterminio de los judíos (véase el apéndice 1 del presente estudio) y se repite en la conclusión del informe del Consejo Nacional Judío (Zydowska Komitet Narodowy, que agrupaba a organizaciones sionistas, movimientos juveniles pioneros y comunistas y colaboraba con el Bund en el seno del Comité Nacional de Coordinación, Komisja Koordynacyjna) de 15 de noviembre de 1942 (p.223), citado anteriormente, así como en el mensaje enviado por Jan Karski en noviembre de 1942 (Laqueur, op. cit., p.280) y los del dirigente del Bund Léon Feiner (Laqueur, op. cit., pp. 147 y 169).

[\[28\]](#) *Estas son precisamente las tres propuestas contenidas en el mensaje que Karski envió a los Aliados en noviembre de 1942 en nombre de los representantes de la comunidad judía de Polonia.*

[\[29\]](#) *Conde Edward Raczyński, nacido en 1891, diplomático polaco. Embajador en Londres en 1934-1935. Director (kierownik) del Departamento de Asuntos Exteriores del Gobierno polaco en el exilio de julio de 1941 a julio de 1943, actuó como Ministro de Asuntos Exteriores.*

[\[30\]](#) *Las medidas de represalia previstas contra la población civil y los prisioneros de guerra alemanes -concebidas como una solución desesperada para frenar la maquinaria genocida- eran obviamente contrarias al derecho internacional. Por ello, el conde Raczyński se abstuvo de mencionarlas en su petición del 18 de enero de 1943 al Consejo de los Aliados (Laqueur, op. cit., pp.283-284). En cualquier caso, los Aliados rechazaron las peticiones del gobierno polaco de bombardear ciudades alemanas en represalia por las atrocidades cometidas contra la población civil polaca (véase David Engel, *The Western Allies and the Holocaust*. en Polin, Vol. 1, Londres 1986. p.310).*

[\[31\]](#) *Anthony Eden (posteriormente Lord Avon) (1897-1977), político y diplomático británico, Ministro de Asuntos Exteriores de Churchill de 1940 a 1945.*

[32] Laqueur, *op. cit.*, p.283. Podemos suponer que al gobierno polaco no le disgustó aprovechar esta oportunidad para intervenir una vez más ante la Santa Sede, ya que tenía sobrados motivos para sentirse irritado por la obstinada negativa de Pío XII a condenar por su nombre la Ocupación de Polonia y las atrocidades nazis, a pesar de la persecución de los católicos polacos y de las ambigüedades de la política vaticana respecto a las anexiones territoriales alemanas. Además, el intercambio de correspondencia diplomática entre la Santa Sede y el gobierno de Londres había tomado un cariz ácido a raíz de la negativa del Pontífice -en palabras del presidente Rackiewicz- a pronunciar «una palabra que (...) indicara claramente dónde reside el mal y que borrara a su servidor» (Cf. Léon Papeleux, *Les silences de Pie XII*, Bruselas 1980, pp. 112-113). Por su parte, el Papa sintió que había llegado al límite de la audacia cuando aludió -después de mucho insistir- en su radiomensaje de Navidad del 24 de diciembre de 1942 a los «centenares de miles de personas que, sin haber cometido ninguna falta personal, a veces (!) por razones de nacionalidad o de raza, están destinadas a la muerte o a la decadencia progresiva» (Ibid, pp. 107-109 y 230-231: cf. también Wasserstein, *op. cit.* p.175; el texto citado por Saül Friedlander <Pie XII et le IIIe Reich, París 1964, pp. 126-129> es ligeramente diferente, pero también se caracteriza por la ausencia de toda mención de la identidad de las víctimas o de los verdugos.

Durante sus conversaciones con los dirigentes de la comunidad judía de Palestina en diciembre de 1942. el ministro polaco Stanislaw Kott dejó claro a sus interlocutores que los dirigentes judíos estaban probablemente en mejores condiciones que la diplomacia polaca para intervenir ante el Vaticano: como todas las grandes potencias católicas, salvo Polonia, estaban del lado del Eje, la Santa Sede estaba dividida e incluso se negaba a intervenir en favor del clero polaco (cf. D. Engel, *The Polish Government-in-Exile...*, pp. 290-299).

[33] Wasserstein. *op. cit.*, p.172.

[34] bis -D. Engel, *In the Shadow...*, p. 200.

[35] Zygielbojm-Bukh, p.351.

[36] Laqueur, op. cit. p. 147. Hay que señalar que los retrasos en la transmisión de mensajes desde la Polonia ocupada a Londres podían ser considerables: por ejemplo, un informe fechado el 15 de diciembre de 1941 sobre las masacres sistemáticas de la población judía en el Oeste no llegó a Londres hasta el 14 de octubre del año siguiente, mientras que la carta de diez páginas de Feiner a Zygielbojm fechada el 31 de agosto de 1942 sobre la situación en Varsovia y la deportación de 300.000 judíos del gueto no llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores polaco hasta el 6 de diciembre (cf. D. Engel, *In Shadow...*, pp. 175 y 302-303, nota 173). D. Engel, *A la sombra...*, pp. 175 y 302-303, nota 173). Sobre el estado de ánimo de Zygielbojm en aquel momento, véase Blatman, op. cit. pp. 261-262.

[37] Probablemente se trate de una versión truncada de la carta. Según Blatman (op. cit., p.259), el autor también se refiere a la negativa de los representantes del PPS en el Consejo Nacional Polaco a permitirle el acceso a información sobre la Shoah en curso. Zygielbojm estaba convencido de que incluso los informes de Feiner sobre este tema habían sido censurados por la Resistencia polaca. Estaba tan horrorizado por ello que se planteó pedir la dimisión de Mikolajczyk (*Ibid.*).

[38] Es probable que se esté haciendo referencia al informe del Comité Nacional Judío de 15 de noviembre de 1942 (*supra*, nota 60), y no al informe del Bund de mayo (*supra*, nota 44).

[39] Texto del discurso (en traducción yiddish) en el Zygielbojm-Bukh. pp.351-352.

[40]: British Board of Deputies : fundada en 1760, la Junta Británica de Diputados Judíos es el órgano representativo del judaísmo organizado en el Reino Unido.

[41] Gran Rabino: Joseph Herman Hertz, Gran Rabino del Imperio Británico (1913-1946) había proclamado un ayuno público para el 13 de diciembre de 1942 (Wasserstein. op. cit., p. 176).

[42] *Downing Street: La residencia del Primer Ministro se encuentra tradicionalmente en el número 16 de Downing Street.* [43] Cf. Wyman, op. cit., pp. 106-107.

[44] Cf. Saül Friedlander, op. cit., pp. 128-129 y Wasserstein. op. cit., p. 175.

[45] El 23 de diciembre de 1942. Zygielbojm pronunció un discurso muy duro ante el Comité Nacional Polaco, denunciando la actitud de la población polaca en general y de su Gobierno ante el judeocidio. Obtuvo la siguiente respuesta de Mikolajczyk, que habla por sí sola: «Dado que casi toda la judería polaca ha sido exterminada, él [Zygielbojm] ya no se preocupa por preservar el honor de Polonia» (Blatman, op. cit., p.260).

[46] Berezowski: seudónimo en la clandestinidad de Leon Feiner, jefe del aparato clandestino del Bund en el bando “ario”.

[47] Wendell Lewis Willkie (1892-1944): fracasado candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos (1940). Decidido opositor a las políticas aislacionistas. Dio la vuelta al mundo y publicó *One World*. Defendió la inmigración judía a Palestina durante la guerra.

[48] Henryk Erlich y Viktor Aller: los dos principales líderes del Bund polaco. Huyeron a la zona ocupada por los soviéticos tras la invasión nazi en 1939. Detenidos en Brest-Litovsk por el KGB y condenados a muerte, su pena fue conmutada posteriormente por diez años de prisión en un campo de trabajos forzados. Ambos fueron liberados en septiembre de 1941 en virtud de una amnistía para ciudadanos polacos. Invitados a participar en un comité judío antifascista internacional, demostraron un espíritu independiente que les valió nuevos encarcelamientos.

Gracias a las investigaciones realizadas en los archivos soviéticos por Viktoriya Dubnow (nieta del célebre historiador S. Doubnow y sobrina de H. Erlich), ahora sabemos que Erlich se suicidó en prisión el 14 de mayo de 1942 y que Alter fue ejecutado el 17 de febrero de 1943 (véase el dossier presentado por Lukasz Hirsowicz, NKVD Documents Shed New Light on

Fate of Erlich and Alter, en East European Jewish Affairs, Vol. 22, N° 2 (1992), pp.65-85).

[49] *Co-operative Party : Partido Cooperativo. Fundado por Robert Owen, desde 1918 el movimiento cooperativo británico se había unido de hecho al Partido Laborista, por lo que, a pesar de su nombre, ya no era una organización autónoma. Participaba en la designación de los candidatos laboristas al Parlamento.*

[50] Véase nota 7.

[51] *Carta de 4 de enero de 1943 a Esther Iwinska (Nueva York), amablemente facilitada por M.L. Greenbaum. Esther Iwinska (o Ivinska) era hermana del dirigente del Bund Viktor Aller. Abogada y miembro activo del Bund, había sido concejala de Varsovia. Estudiante en Bruselas, antes de la revolución de 1905 se casó con Boleslaw Iwinski, miembro del ala izquierda del Partido Socialista Polaco y bibliógrafo de la Biblioteca Nacional de París. Fue tomada como rehén durante la ocupación alemana de Varsovia, pero Zygielbojm insistió en ocupar su lugar y consiguió hacer el cambio falsificando sus documentos de identidad (estaba empadronado en Lodz). Cuando Zygielbojm quedó varado en Berlín tras su huida de la Polonia ocupada, Esther -que se había trasladado a Bruselas- le consiguió un visado para que pudiera abandonar la Alemania nazi (véase Ravel, op. cit., p.53 y -Annetta Caratsch-Gattiker, «Jean Arens, diplomate soviétique», en Communisme, n°17 (1988), pp. 129-130.*

[52] *Documento de los archivos del Bund.*

[53] *Blatman, op. cit. p. 264. Lucyan Blit: ejecutivo bundista que había sido concejal en la capital en 1939. Se refugió en la zona rusa, donde fue detenido en 1940 y compartió celda con H. Erlich. Liberado en la amnistía de 1941. Abandonó Teherán con el ejército polaco del general Anders (formado reclutando polacos en la URSS). Estrecho colaborador de Zygielbojm en Londres durante las últimas semanas de su vida.*

[54] *Carta del 19 de febrero a Esther (archivo del Bund).*

[55] *Telegrama en los archivos del Bund. Janczyn era el seudónimo de Maurycy Orzech (1891-1943), uno de los dirigentes del Bund clandestino, fusilado en julio de 1943 en la prisión de Pawiak, en Varsovia (cf. Adam Rutkowski, «Quelques documents sur la révolte du ghetto de Varsovie», en Le Monde Juif, n°147-148 <avril-août 1993>, p.163, nota 8). La palabra «encuentra» es claramente un error: debería decir «de». Del mismo modo, en lugar de «arroja», léase «arrojados». La traducción francesa del mensaje de radio figura en Rutkowski, op. cit. pp.162-163, Doc. 2. Blatman señala la omisión en este mensaje de la petición de represalias (op. cit., p.266), lo que se confirma al compararlo con la traducción del mensaje original recibido, reproducida por Adam Rutkowski («Quelques documents sur la révolte du ghetto», en Le Monde Juif, número especial 147-148 (abril-agosto de 1993, pp. 162-163, Doc. n° 2).*

- Meir Mermelstein: activista sindical del Bund en Lodz. Refugiado en Varsovia al comienzo de la guerra, participó en las actividades clandestinas del partido, en particular en el sector de la «Cruz Roja» (es decir, ayuda a los militantes).

- David Cholodenko: miembro del Bund que participó en el grupo clandestino de recogida de archivos Oneg Shabbes, así como en las actividades de Entraide sociale.

- Yitzkhak Giterman: representante de la organización de ayuda social judía usamericana Joint en Polonia. Organizador de Ayuda mutua en el gueto de Varsovia.

[56] Documento de los archivos del Bund, amablemente facilitado por M.L. Greenbaum.

[57] Véase Zvi Avital, op. cit, p.51, nota 19 (basada en el Diario de Szwarcbart).

[58] Doc. de archivos del Bund facilitado por M.L. Greenbaum. He corregido el texto sustituyendo “poorest Jewry” por “Polish Jewry”, un error de mecanografía evidente. De hecho, la representación usamericana del Bund en Nueva York, de la que E. Nowogrudzki, consideraba que

Zygielbojm no tenía realmente el “calibre” necesario para defender en solitario las posiciones del Bund en el seno del Consejo Nacional Polaco. También temía que su impetuoso comportamiento comprometiera innecesariamente sus relaciones con el gobierno en el exilio, por lo que le instó a mostrar moderación, disuadiéndole de provocar incidentes (véase Blatman, op. cit., pp. 239-243). Por esta razón, a Zygielbojm no se le permitía tomar la más mínima iniciativa política sin antes someter el asunto a la aprobación de Nueva York. El 1 de febrero de 1943, Sikorski, de regreso de un viaje a Estados Unidos, se enteró de estas diferencias de opinión entre el representante usamericano del Bund y su representante londinense y las explotó contra Zygielbojm, al que acusó de hacer el juego a Moscú por sus críticas a la actitud de la población polaca ante el exterminio de los judíos (cf. Blatman, op. cit., pp.262-263).

[59] Error de fecha evidente (el 17 no puede ser el día anterior al 7) en el Zygielbojm-Bukh, p.362.

[60] El 13 de marzo de 1942, los judíos del “gueto A” de Cracovia fueron trasladados al campo de Plaszow, mientras que los del “gueto B” fueron enviados al día siguiente a Auschwitz para ser gaseados (véase Israel Gutman, *Encyclopedia of the Holocaust*, Nueva York 1990, Vº Cracovia). Sin embargo, la deportación masiva de judíos del gueto de Lodz no tuvo lugar hasta el 12 de septiembre de 1942.

[61] Despacho sin fecha y parcialmente ilegible de los archivos del Bund, recibido a través del consulado polaco, con la fecha del 8 de mayo de 1943 escrita a mano.

[62] Wyman, op. cit., pp.144- 168.

[63] Llamamiento en los archivos del Instituto Histórico Judío de Varsovia reproducido por Ber Mark en *Dokumentn un materialn vegn oyfshtand in varshever geto*, Varsovia 1953, p.268. El Comité Nacional Judío ya había enviado un SOS desesperado el 13 de enero de 1943 a los dirigentes del judaísmo usamericano, rogándoles en particular -para salvar a los 400.000 judíos polacos supervivientes- que “les proporcionaran armas para que

pudieran luchar por su vida y su honor” y que organizaran un intercambio que permitiera salvar a diez mil niños (Ber Mark, Uprising in the Warsaw Ghetto, Nueva York 1976, doc. n°18, p.118).

[64] *En Varsovia, el 15 de julio de 1942 -unos días antes del comienzo de la gran deportación de judíos de la capital polaca a Treblinka- se informó a los titulares de pasaportes judíos de estados neutrales o en guerra con Alemania de que debían presentarse en la prisión de Pawiak para ser intercambiados con ciudadanos alemanes detenidos en el extranjero. En las provincias se tomaron medidas similares. Un primer grupo de estos internados fue evacuado a Vittel el 18 de enero de 1943. El internamiento de judíos con papeles extranjeros anunciaba, por tanto, el exterminio masivo de la población judía (cf. Adam Rutkowski, «Le camp d'internement et d'échange pour Juifs à Vittel», en Le Monde Juif, n°102 abril-junio 1981, pp.38-39), Nathan Eck, en Yad Vashem Studies (ed. en hebreo), vol.1 1957, «Nesyonot-htazala al-yedé darkonot outeoudot-ezra'houtchel artsot Amerika halatinit», pp.93-111 y Wasserstein, op. cit. pp.231-234.*

[65] *Carta citada por Aviva Ravel (op. cit., p. 173) y conservada por el hermano de Zygielbojm (Carta de la Sra. Ravel al autor de 28 de agosto de 1996).*

[66] *Lucyan Blit : cf. nota 53).*

[67] *Cf. Laqueur, op. cit. nota en p. 120, que cita una carta de A. Goldberg fechada el 15 de noviembre de 1979. Cabe preguntarse sobre la fiabilidad dqe la memoria de Goldberg -que escribe treinta y seis años después de los hechos- cuando sitúa su entrevista con Zygielbojm en la víspera de su suicidio, es decir, el 11 de mayo. ¿Qué sentido tenía bombardear el gueto de Varsovia en esa fecha, cuando el levantamiento ya había sido aplastado? A no ser que Zygielbojm sólo estuviera muy imperfectamente informado del curso exacto de los combates en esa fecha (véase la nota 90).*

[68] Véase a continuación el estudio de R. Ainsztein

[69] *El texto de estos mensajes se reproduce a continuación en la sección V de este expediente. El certificado de defunción indica que la investigación forense se celebró del 18 de mayo al 8 de junio de 1943 y concluyó que el interesado se había suicidado por envenenamiento con amatol sódico «mientras el equilibrio de su mente estaba perturbado» (certificado D 48989 en los archivos del Bund, amablemente facilitado por M.L. Greenbaum).*

[70] *Sólo la primera de las tres cartas de despedida de Zygielbojm - dirigida al Presidente y al Primer Ministro polacos- ha sido publicada anteriormente en francés. Las tres aparecen en el Zygielbojm-Bukh (pp.364-367), pero las dos primeras habían sido publicadas anteriormente en la colección colectiva Geto in flamen (pp.161-162). Quisiera dar las gracias a la Sra. Jadwiga Olszewska, Presidenta del Studium Polski Podziemnej de Londres, que tuvo la amabilidad de enviarme una fotocopia del original de la carta de Zygielbojm a las autoridades polacas, y al Sr. Leo Greenbaum, archivero del Yivo, que tuvo la amabilidad de enviarme copias de los originales de las dos cartas inéditas en francés.*

Los originales de estos tres documentos se adjuntan como apéndices 3, 4 y 5 al presente estudio.

[71] *Véase Jan Karski, Mon témoignage devant le monde, París, 1948, pp.305-307. Para más detalles, véase el apéndice V de Laqueur, op. cit. pp.277-285 y la entrevista de Maciej Kozłowski a Karski, publicada en traducción inglesa en Anthony Polonsky, My Brother's Keeper, Londres 1990, pp.81-97. Véase el relato del propio Zygielbojm sobre este encuentro (In di yorn..., pp.38-51).*

[72] *La versión yiddish, que suele utilizarse como base para las traducciones (cf. Zygielbojm-Bukh, pp. 364-365, texto idéntico al de Geto in flamen, pp. 161-162), corresponde al texto polaco, del que se puede encontrar una copia en Bernard Mark (Walka i Zagłada Warszawskiego*

Getta, Varsovia 1959, pp.481-482), pero con toda probabilidad se trata de una retraducción realizada a partir del texto yiddish.

El Studium Polski Podziemnej me envió una copia de la carta original de Zygielbojm, firmada por él, y es este texto el que reproduzco aquí. También es posible que la versión distribuida por el gobierno polaco tras la muerte de Zygielbojm haya sufrido algunas alteraciones (véanse los comentarios de Deutscher en el artículo de Ainsztein publicado más abajo).

[73] Wladislaw Rackiewicz: Presidente del gobierno polaco en el exilio. Esta representación se estableció en París en septiembre de 1939 para garantizar la continuidad del Estado polaco.

[74] *Esta valoración más bien favorable de la actitud del gobierno polaco en el exilio -en el que, no obstante, había representantes de formaciones políticas de probado antisemitismo que no habían abdicado en absoluto de sus convicciones anteriores-, que queda así libre de la acusación de haber ocultado o minimizado deliberadamente la tragedia judía a la opinión pública, coincide con la opinión de W. Laqueur (op.cit., pp. 150-151 y 241-242).*

Pero este juicio debe ser fuertemente matizado. Las investigaciones de David Engel demuestran incontestablemente una voluntad constante de evitar poner de relieve la singularidad de la Shoah (A la sombra, pp. 173-202). Zygielbojm también lo dio a entender -como hemos leído- en una carta fechada el 17 de diciembre de 1942.

Dicho esto, ¿podemos reprochar a las autoridades polacas en Londres haber tardado en comprender la realidad del exterminio planificado, al igual que las organizaciones judías, o haber insistido en mezclar la tragedia de la aniquilación de los judíos con la tragedia general del pueblo polaco? Del mismo modo, la falta de reacción del gobierno de Sikorski ante la deportación de los judíos de Varsovia (julio-septiembre de 1942) podría deberse tanto a una auténtica incompreensión de la magnitud sin precedentes de esta tragedia como a una escandalosa indiferencia ante el

destino de sus compatriotas judíos. Tal vez deberíamos ser cautos a la hora de emitir juicios precipitados sobre este punto.

[75] *Mientras que Zygielbojm consideraba que el gobierno no había estado a la altura de la situación, que requería medidas extraordinarias para salvar a los judíos en peligro, la Resistencia polaca opinaba que las autoridades de Londres, deseosas de complacer a la opinión pública occidental, estaban haciendo demasiado a riesgo de enajenar las simpatías de los polacos «a los que no les gustan los judíos» (cf. El general Grot-Rowecki y el emisario político Celt, citado por Jan T. Gross en General Grot-Rowecki y el emisario político Celt, citado por Jan T. Gross en Polish-Jewish Relations During the War: An Interpretation, en Dissent, invierno de 1987, pp. 78-79). Por regla general, el Ejército Nacional se negaba a admitir judíos, por lo que de facto era -como Feiner señaló amargamente- Judenrein (In di yorn..., p. 49).*

Sobre el impacto del antisemitismo en la opinión polaca durante la Ocupación, véase el informe de J. Karski (que el gobierno polaco prefirió censurar), reproducido por Rafael F. Scharf, In Anger and in Sorrow, en Polin, Vol 1. Londres 1986, p. 274 (en inglés). Londres 1986, p.274 (Texto completo de este informe en David Engel, An Early Account of Polish Jewry under Nazi and Soviet Occupation Presented to the Polish Government-in-Exile, February 1940, en Jewish Social Studies, Vol. XLV, n°1 <Invierno 1983>, pp.1-16).

En marzo de 1940, Roman Knoll, miembro de la Delegatura, envió un memorándum al gobierno en el exilio en el que afirmaba sin rodeos que la elección que tendría que hacer la futura Polonia con respecto a los judíos sería entre «el sionismo o el exterminio».

[76] *En una carta fechada el 30 de abril de 1943, Zygielbojm ya había declarado que le parecía imposible seguir viviendo después de enterarse de la aniquilación del judaísmo polaco (cf. supra, sección IV), pero el tema de un posible suicidio ya había surgido en su relato autobiográfico de su huida de Polonia (Zygielbojm-Bukh, págs. 230 y 293). 230 y 293)*

También se lo había dejado claro a Klepfisch a principios de mayo de 1943 en los siguientes términos: "Mi pueblo es el judaísmo polaco. Debo unirme a mi pueblo. He venido con una misión. Si no puedo llevarla a cabo, debo sin embargo seguir luchando contra la indiferencia ante la masacre de mi pueblo. Mi vida pertenece al judaísmo polaco" (Klepfisch, op. cit., pp. 163-4).

[77] De estas palabras se hace eco el poema dedicado a Zygielbojm por Wl. Broniewski dedicado a Zygielbojm (Zydom Polski, última estrofa), que se publicó en una colección del autor en Londres en 1943. Agradezco al profesor St. Beres, de la Universidad de Wroclaw, que me haya enviado el texto polaco:

**"Llegará el día en que se iluminará nuestro cielo común sobre las ruinas de Varsovia
Cuando, al final de nuestros largos sufrimientos, suene la hora de la sangrienta victoria
Cuando la libertad, el pan y los derechos sean concedidos a todos...
Y sólo se conocerá una raza: la del noble pueblo".**

[78] Traducción basada en la carta manuscrita de los archivos de Yivo, que difiere de la versión impresa (véase la nota 70), que omite la posdata. Estoy en deuda con la Sra. Sonia Pinkusowitz, del Institut d'Études du Judaïsme, por haber descifrado la letra del manuscrito.

[79] Léon Olar: antiguo dirigente de las Juventudes Bundistas, estrecho colaborador de Zygielbojm en Londres.

[80] Max Wolf, ciudadano suizo, estaba en contacto con un servicio clandestino de información del Manchester Guardian en la Alemania nazi. Advertido de que la Gestapo le buscaba, tuvo que huir a toda prisa del país, abandonando sus efectos personales, para escapar a la orden de detención dictada contra él. Se instaló en Londres en 1935, donde siguió trabajando para el Manchester Guardian, diario que cubrió las persecuciones de Hitler con una precisión sin igual, llamando la atención

de los lectores en particular sobre un artículo del órgano de las SS, *Das Schwarze Korps*, publicado en agosto de 1938 y que anunciaba la «aniquilación absoluta» de los judíos alemanes (David Ayerst, *Guardian, Biography of a Newspaper*, Londres 1971. pp.515 y ss. et seq, información que debo a la amabilidad de la Sra. Emily Hill y del Sr. Gaynor Burns.

No he podido obtener ninguna información sobre Frum.

- Henry Noel Brailsford (1875-1958): Profesor universitario, político y periodista. Se afilió al Partido Laborista Independiente y dirigió su periódico, *The New Leader*, de 1922 a 1926. Posteriormente fue un destacado dirigente laborista que alcanzó gran notoriedad en los años treinta con un libro sobre la reforma económica. También era especialista en el movimiento protocomunista encarnado por el poeta Shelley. Había prometido a Zygielbojm incluir la cuestión de la liberación de Erlich y Aller por los soviéticos en el orden del día de la dirección del Partido Laborista.

- Camille Huysmans (1871-1968), líder socialista y estadista belga, Secretario de la Segunda Internacional (1905-1922). Retornó al cargo en 1939 a petición del Partido Laborista británico. Huyó a Londres en junio de 1940, donde fundó y presidió el Comité Parlamentario Belga. Siempre mostró gran simpatía por la población judía.

[81] – Mania, la esposa de Zygielbojm, participó activamente en el comité educativo creado en el gueto (véase Hillel Seidman, *Yoman Geto Varcha*, Nueva York 1957, p.147 y la versión en idish: *Togbukh fun varshever geto*. Buenos-Aires 1947, p.159). Bernard Goldstein cuenta que ella y su hijo lograron escapar de la deportación durante la redada de niños y personal del sanatorio Medem de Miedzyszyn refugiándose en un sótano (Goldstein, op. cit., p.94). A Mania le habían ofrecido la posibilidad de esconder a su hijo en el sector ario, pero no se atrevió a separarse de Artek y confiarlo a extraños (cf. Wladka, op. cit., pp. 142-143). Ambos perecieron, probablemente durante el levantamiento del gueto (Hertz, op. cit., nota en la página 28). En su informe sobre la actividad clandestina de la Resistencia bundista entre el 15 de noviembre de 1943 y mayo de 1944,

Feiner afirma que ambos estaban y seguían vivos en el momento del suicidio de Zygielbojm (In di yorn..., p.96).

El Sr. Sholem Rozenberg de París, que conocía a la familia Zygielbojm, tuvo la amabilidad de indicarme la nota biográfica sobre Miriam («Mania») Rosen-Zygielbojm en el vol. II de Y. Sh. Hertz. Doyres Bundistn, Nueva York 1956, pp. 297-299, en la que se afirma que Mania y su hijo murieron durante la revuelta del gueto, en un "búnker" de la calle Mila.

[\[82\]](#) *En el Zygielbojm-Bukh (p. 366) se incluye una traducción al yiddish de este despacho, cuyo original estaba escrito en inglés, pero el texto no es totalmente fiel al original.*

[\[83\]](#) *Emmanuel Nowogrodzki (o Novogrodski) (1891-1967). Secretario General del Bund polaco desde 1920, emisario del partido ante la Comintern durante las conversaciones abortadas sobre la adhesión a la III Internacional en 1921. Sorprendido por la guerra en Estados Unidos, donde se encontraba de gira, se instaló allí tras la Liberación para dirigir el Comité Coordinador Mundial de Organizaciones Bundistas creado en la conferencia de Bruselas de 1947.*

[\[84\]](#) *Traducción de un estudio publicado en el Boletín de Yad Vashem, nº 15 (agosto de 1964), pp. 8-12. Reuben Ainsztein, investigador e historiador, formado en las universidades de Vilna y Bruselas, especialista en la resistencia judía en Europa del Este, a la que dedicó un importante estudio (Jewish Resistance in Nazi-Occupied Europe, Londres 1974).*

Las notas que siguen son las de los redactores del Boletín de Yad Vashem. Hemos sustituido la grafía Zygelbojm por la original (Zygielbojm) y Anilevich por Aniliewicz.

[\[85\]](#) *El historiador marxista Isaac Deutscher (1906-1967) era de origen judío. De niño fue incluso un iluy, es decir, un prodigio en materia talmúdica, y se convirtió en uno de los líderes de la oposición de izquierdas, primero en el seno del Partido Comunista Polaco y después en la organización trotskista polaca. Sin embargo, se opuso a la fundación de*

la Cuarta Internacional en 1938 (cf. Pierre Frank, "Isaac Deutscher", en *Ive Internationale*. n° 32 (Nov.-Dic. 1967. p.62).

[86] A partir de 1934, siguiendo las instrucciones de L. Trotsky, sus partidarios aplicaron la táctica llamada "entrística" y se afiliaron a los partidos socialistas de masas para desarrollar en ellos un polo revolucionario. En Polonia, algunos militantes se habían afiliado al PPS (Partido Socialista Polaco), como Deutscher, mientras que otros, como Hersch Mendel, se convirtieron (o volvieron a convertirse) en miembros del Bund (véase P. Mine <Alexander>, *Di geshikhte fun a falshe iluzye*. Buenos-Aires 1954, p.336 y Hersch Mendel, *Memorias de un revolucionario judío*, Grenoble 1984, p.344). Dado que en esa época el Bund se había acercado mucho al PPS, sobre todo en Varsovia, no es de extrañar que Deutscher y Zygielbojm compartieran la misma plataforma (cf. Johnpoll, op. cit., p. 219).

[87] Hay que recordar (véase la nota 67) que Arthur Goldberg, director de una rama londinense de la OSS en aquella época y estrecho colaborador del general Donovan, declaró que había hablado con Zygielbojm en el hotel Claridge el día anterior y le había informado de la negativa usamericana a bombardear Auschwitz o el gueto de Varsovia.

[88] Adam Ciolkosz, uno de los líderes del PPS, exiliado en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, presidió el Consejo para el Rescate de los Judíos en Polonia, creado por el gobierno polaco en el exilio el 20 de abril de 1944. Posteriormente se convirtió en la principal figura de los socialistas polacos en la emigración. Fue el único de los cuatro representantes del PPS en el Comité Nacional Polaco con el que Zygielbojm mantuvo lazos de amistad (véase Blatman, op. cit., p.245). Zygielbojm se quejaba de que los delegados del PPS no le permitían conocer la información recibida de Polonia, a través de la Delegatura, sobre el antisemitismo popular (*Ibid.*, p. 259).

[89] Sobre la cuestión de la negativa del AK a suministrar armas a la resistencia judía, salvo en dosis homeopáticas (y a cambio de un pago por adelantado), véase Joseph Kermish, «The Poles and the Warsaw Ghetto

Uprising», en Yad Vashem Bulletin, nº 22 (mayo de 1968, pp. 13-18) y Gutman, op. cit. pp. 356-363 y 416-420, págs. 356-363 y 416-420. Jan Karski expresó una opinión más matizada y subrayó, en referencia al general Grot, que el arsenal extremadamente limitado de que disponía la resistencia polaca estaba sobrevalorado, dadas sus numerosas tareas y responsabilidades (cf. la entrevista de M. Kozlowski antes mencionada, pág. 86). En su mensaje enviado a través de Jan Karski, Leon Feiner expresó su amargura hacia el A.K.: "Que sepa Zygielbojm que tenemos un agravio con el "Comandante" por el que nunca le perdonaremos: le pedimos que nos diera armas para organizar la resistencia y así poder al menos morir como hombres, con las armas en la mano. Se nos negó y se negaron a darnos armas" (In di yorn..., p.50).

De hecho, el AK consideraba el levantamiento del gueto inoportuno porque era prematuro. A sus ojos, la revuelta corría el riesgo de incitar a la población no judía a seguir el ejemplo de los insurrectos y, en cualquier caso, hacer el juego a los soviéticos, aunque no hubiera sido fomentada directamente por Moscú, lo que parece haber sido la convicción de sus dirigentes. La resistencia polaca quedó así atrapada en el esquema mental antisemita del "judeo-comunismo". El radiograma en cuestión es sin duda posterior al del 7 de febrero de 1943 - recibido por Zygielbojm el 12 de marzo - cuyo contenido comunicó el mismo día a Emmanuel Nowogrudzki en Nueva York (cf. el telegrama reproducido en este artículo, que debo a la amabilidad de M.L. Greenbaum).

[90] El texto de la carta-testamento de Zygielbojm al Gobierno polaco que se publica aquí no contiene ninguna expresión similar de apego servil, pero se abstiene de mencionar la negativa de la Resistencia polaca a entregar armas (a cambio de un pago) a los llamados combatientes del gueto y su persistente omisión de denunciar el antisemitismo popular polaco durante la Shoah. La traducción al yiddish del Zygielbojm-Bukh no se corresponde con el original polaco firmado por Zygielbojm. No he podido comprobar si el texto distribuido en su momento por el gobierno polaco en Londres difería de la versión utilizada (véase la nota 72).

[91] Mordekhay Anielewicz, líder del movimiento juvenil sionista-socialista Hachomer-Hatzair, comandante de la Organización Judía de Combate durante el levantamiento del gueto. Muerto en combate en el búnker del nº 18 de la calle Mila.

[92] Uno se pregunta si R. Ainsztein no es demasiado categórico en este punto. En su SOS del 28 de abril de 1943 -que no sabemos cuándo pudo leer Zygielbojm- Feiner y Berman, informando sobre el levantamiento del gueto de Varsovia, hacían hincapié en la «ayuda inmediata y eficaz» (Natychmiastowej skutecznej pomocy moze teraz udzielic poterga aliantow) que los Aliados aún podían proporcionar. Este mensaje desesperado no menciona el envío de armas por su nombre, pero podría entenderse como tal (Documento 025/138 en los archivos de Yad Vashem, amablemente enviado por Judith Kleiman del Servicio de Documentación; traducción al inglés en B. Mark, Uprising.... Doc. nº 50, pp. 154-155).

[93] Nathan Eck. Superviviente del gueto, evacuado a Vittel gracias a unos “papeles” latinoamericanos. Consiguió escapar en mayo de 1944 del convoy que transportaba a los internados a Drancy, desde donde fueron deportados a Auschwitz. A continuación se trasladó a Israel, donde se convirtió en investigador del Instituto Yad Vashem.

(a) El Sr. Deutscher se refiere a El levantamiento del ghetto de Varsovia, publicado por Yidisz Bukh, Varsovia 1963 (publicado en polaco y yiddish), que mencionamos en las preguntas que le hicimos (Editor).

[94] General Kazimierz Sosnkowski, próximo a Pilsudski, ministro de Asuntos Militares a mediados de agosto de 1920, durante la victoriosa contraofensiva polaca contra el Ejército Rojo. Autor de la circular confidencial que ordena la detención de soldados y oficiales judíos (¡polacos!) y su internamiento en el campo de concentración de Jablonna bajo la vigilancia de las divisiones Posnanie, tristemente célebres por su antisemitismo (véase Pawel Korzec, Juifs en Pologne, París 1980, p.111).

[95] El antisemitismo del ejército polaco era proverbial y daba lugar a innumerables quejas allí donde estaba estacionado. Szwarcbart llevó a

cabo una investigación al respecto en abril de 1941 y obtuvo la confirmación de los estragos causados por la propaganda antisemita nazi en sus filas. En Gran Bretaña, este racismo antijudío pudo contar con el apoyo de dos ministros del gobierno en el exilio (el doctor Marian Seyda y el general Haller), así como con el del capellán jefe de las fuerzas polacas, monseñor Gawlina.

En Kubichev (sede provisional del gobierno soviético en aquella época), durante una reunión celebrada en octubre de 1941 en la embajada polaca, los dirigentes bundistas Erlich y Aller y el general sionista L. Seidenmann tuvieron que intervenir ante el general Wladyslaw Anders (1892-1972) para poner fin a la discriminación que sufrían los soldados judíos del ejército polaco, que también estaban sujetos a un numerus clausus. El general Anders estaba convencido -todavía bajo la influencia del clásico estereotipo antisemita del «judeo-comunista»- de que los voluntarios judíos eran el caballo de Troya de Stalin. El 14 de noviembre siguiente, el general emitió una orden del día en la que deploraba el comportamiento discriminatorio hacia los judíos, sólo para retractarse el 30 del mismo mes, cuando proclamó que la actitud «positiva» que Polonia se veía obligada a adoptar hacia la «cuestión judía» debido a su momentánea dependencia de Inglaterra y en vista de la «considerable influencia» de los judíos en el mundo anglosajón, daría paso «cuando seamos dueños en nuestro propio país» a una política «acorde con las exigencias de la grandeza y soberanía de nuestra patria y de la justicia humana ordinaria».

Consciente de la desastrosa impresión dejada por el antisemitismo polaco en la opinión pública aliada, el general Sikorski parece, no obstante, haber intervenido en varias ocasiones para condenar las actividades racistas, sin éxito aparente (Cf. Wasserstein, op. cit, pp. 97-130, especialmente pp. 120 y ss.; sobre Mons. Gawlina: Zyi Avital, op. cit. pp. 44 y 47; sobre el general Anders, cf. D. Engel, El gobierno polaco en el exilio..., pp. 270 y 286, nota 3 y A la sombra..., pp. 81-88 y 133-136).

(b) Jablonna, cerca de Varsovia. En la década de 1920, durante la guerra entre Polonia y la Unión Soviética, el gobierno polaco internó a soldados

judíos, y en particular a oficiales judíos, en un campo especial bajo sospecha de espiar para la Unión Soviética.

(c) - (Gén. T. Pelczynski y) Adam Ciolkosz : *Résistance armée dans le ghetto de Varsovie en 1943, Étude sur la clandestinité polonaise*, Londres 1963, Reimpreso de "Bellona", Año XLV, números 1 y 2, 1963 (los dos artículos de los autores se basan en las declaraciones que hicieron el 25 de mayo de 1963 en Londres).

(d) El levantamiento polaco que estalló el 1 de agosto de 1944 (NDLR).

(*) Quisiera dar las gracias a Sonia Pinkusowitz, profesora del Institut d'Études du Judaïsme (Instituto Martin Buber). Rena Gelernter y Maryla Michalowska por su valiosa ayuda, respectivamente en lo que se refiere al desglose de las cartas manuscritas de Zygielbojm y la traducción de los documentos al polaco

(**) Los autores del informe no parecen haber tenido conocimiento en el momento de su redacción del exterminio sistemático de judíos en Ucrania, en la Rusia blanca y en los Estados bálticos por los Einsatzgruppen, y ello desde la invasión alemana de la URSS y de los territorios bajo administración soviética.

(***) - Esta cronología se inspira esencialmente en la síntesis de Georges Bensoussan. *Histoire de la Shoah*, París P.U.F. 1996.



El Taller Glocal/The Glocal Workshop

Una iniciativa conjunta de...

ediciones workshop19, Túnez ♦ [Tlaxcala](#), la red internacional de traductores para la diversidad lingüística ♦ [Promosaik](#) - diálogo entre culturas y religiones ♦ [La Pluma](#), sitio web no alineado
...y muchas personas asociadas

Todos nuestros libros en español

<https://glocalworkshop.com/es/>



[contact\[at\]glocalworksop\[dot\]com](mailto:contact[at]glocalworksop[dot]com) o
[wglocal\[at\]gmail\[dot\]com](mailto:wglocal[at]gmail[dot]com)

Nuestros libros electrónicos son gratuitos. Todas las contribuciones son bienvenidas

Donar con **PayPal**

